

La noche hambrienta

RAFAEL BALANZÁ

Nuevos Tiempos **Siruela**



RAFAEL BALANZÁ

La noche hambrienta



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Sesión segunda

Sesión segunda

Conversación con Fabio (dos días antes)

Noche en el clínico

Sesión tercera

Sesión tercera

Noche en el clínico (2)

Noche en casa

Sesión cuarta

Sesión cuarta

Los problemas de Fabio

Noche en el clínico (3)

Sesión quinta

Sesión quinta

La visita sorpresa

Una vuelta por el centro

Reunión del equipo médico

Reunión del equipo médico (13 de noviembre de 2010)

Memoria confusa (delirio, sueño)

Noche en el clínico (4) (Epílogo)

Reconocimientos

Créditos

Rafael Balanzá

La noche hambrienta

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

La noche hambrienta

Hasta la muerte me negaré a amar una creación donde los niños son atormentados.

Albert Camus, *La peste*

Aquí no hay nadie... Ricardo ama a Ricardo... Eso es; yo soy yo... ¿Hay aquí algún asesino?

W. Shakespeare, *Ricardo III*

Sesión segunda

Sesión segunda

–¿Hemos empezado?

El proyector emitía un sólido cono de luz que pasaba sobre sus cabezas y estampaba su base contra la pared del fondo. Por tanto, los tres rostros que tenía delante quedaban en penumbra, en realidad casi en sombra –dos hombres y una mujer a quienes ya conocía–, pero no era éste el problema.

–¿Hemos empezado ya?

El problema era que ahora, al parecer, ni siquiera se tomaban la molestia de contestarle.

–¿No cree usted que ya hemos empezado?

A Beltrán esta pregunta le pareció un gran avance. No importaba lo desagradable que fuera el tono. Por lo visto, igual que la última vez, el más viejo iba a ser prácticamente su único interlocutor. Era él quien acababa de interrogarlo, y sería probablemente con él con quien hablaría la mayor parte del tiempo. Pero ignoraba de cuánto tiempo se trataría. Ni siquiera podía imaginarlo. Hasta que ellos se dieran por satisfechos, claro. Al menos habían empezado, y por eso el final estaba ahora infinitamente más próximo.

–Su esposa.

–Mi esposa...

–Díganos otra vez cómo fue.

Resultaba evidente que se avecinaba una nueva guerra de nervios. ¿Qué más querían saber?

–Usted perdone, pero creo que ya les he hablado de eso. ¿Qué es lo que quieren saber? ¿Qué más...?

Del corredor no llegaba ningún ruido. No parecía alcanzarlos ningún sonido procedente de punto alguno del edificio, ni tampoco del exterior. Y allí dentro apenas se escuchaba un murmullo muy leve, casi inaudible, que tal vez procediera de un purificador de aire.

–Maté a mi mujer siguiendo milimétricamente sus instrucciones. Él lo planeó y yo lo ejecuté. Milimétricamente. Seguí exactamente sus instrucciones. Sus instrucciones fueron muy precisas. Y todo salió bien, como ya sabe...

–Su amigo...

–Amando.

–De quien, por supuesto, no conoce su actual paradero, y a quien nadie ha visto tampoco recientemente...

–No sé dónde está y no me interesa si alguien más lo ha visto o no. Sí... Amando llevaba dos días en casa cuando me reveló los planes de Marian. Ella se proponía arruinarme, ¿sabe? Amando me proporcionó pruebas... Pruebas muy sólidas, indiscutibles. Era jueves, creo. Sí... Debía de ser jueves, porque él vino a casa el martes por la tarde, si no recuerdo mal. El jueves me dijo que pensaba contarme algo que me interesaba mucho. Me pidió que bajase para hablar con él después de la cena. Alicia había regresado por la mañana y se pasó casi toda la tarde durmiendo. A mediodía le había propuesto salir a cenar, pero estaba demasiado agotada. Era lógico. No insistí. Así que esa noche cenamos en casa. Y luego, más tarde, bajé al garaje y hablé con él.

–¿Y fue él quien le sugirió que matara a su esposa?

Desde luego que no había sido así. Una vez comprobada la veracidad de aquellas revelaciones, fue él mismo quien tomó la determinación: «Creo que voy a matarla», dijo expresamente. Ésas fueron sus palabras. Entonces –y sólo entonces– Amando le preguntó si quería saber una buena forma de llevarlo a cabo.

–Me dijo que tenía la solución a todo el problema. Me aseguró que tenía un plan infalible, y que me libraría de ella para siempre, sin consecuencias legales. Pero la idea de matarla... no estoy seguro. Puede que partiera de mí.

–Continúe, por favor.

–Tuve la impresión de que él llevaba siglos planeándolo. Siglos. Ni siquiera le pregunté cómo había averiguado todos aquellos datos acerca de mi vida actual. Todo era demasiado extraño. Empezando por su misma presencia, después de tanto tiempo. Me sentía desbordado. Mi capacidad de asombro, quiero decir... estaba desbordada. De pronto, no podía pensar en otra cosa que en librarme de mi esposa como fuera. Y él lo tenía todo minuciosamente planeado. Hablaba con seguridad. Sin mirarme. Febril. Manoseaba con fruición los mandos del batiscafo, casi con veneración... como uno de esos pioneros de las profundidades. Como uno de esos científicos, del estilo de Piccard, que descendían por primera vez a una fosa oceánica...

–¿Puede explicarnos qué es eso de un batiscafo? ¿De qué está hablando?

–El batiscafo. Sí... mi batiscafo. Stalker. Perteneció a la Royal Navy. Se lo compré en Panamá a un norteamericano... un tal McLean, que exportaba caucho a los Estados Unidos. Hará de eso unos doce o catorce años. ¿Qué ocurre? No me creen. No tengo por qué inventarme una cosa así. Además... no tienen más que ir a mi casa. Supongo que estará todavía en el garaje. Se llama Stalker.

–¿Un batiscafo? ¿Se refiere a una especie de submarino?

–Un sumergible para la exploración oceánica, exactamente. Lo compré en Panamá, como le digo. Me encapriché de él. Es una pieza única. Y en aquel momento mi situación financiera era algo más que desahogada. Podía permitírmelo. Tardaron cuatro meses en enviármelo... en un mercante italiano. A mi hijo le entusiasmaba cuando era pequeño. Ahora ya no le interesa. Nada mío le interesa. Por favor... ¿cuándo podré volver a ver a mi hijo?

–Lo siento. Por el momento eso no es posible. ¿Por qué estaba su amigo dentro del batiscafo?

–Guardo el Stalker en el garaje de casa. Es una vivienda de trescientos metros cuadrados, para que se hagan una idea. Dos plantas y un garaje. Un garaje muy grande. Tengo allí un Ford Mustang del '66, perfectamente conservado. Reluciente, si me permiten que lo diga. Mi Jaguar... Y también guardo allí el Stalker. Pueden comprobarlo. Pero supongo que bastará con que hablen con la policía.

–No... no será necesario. Entenderá que es algo insólito... un batiscafo. De todos modos, todavía no ha contestado a la pregunta. ¿Por qué estaba su amigo dentro de ese aparato?

–¿Y por qué no se lo preguntan a él? ¿Qué importancia tiene eso?

El interrogador hizo entonces un gesto negativo, terminante, con su mano sobre la mesa. Tenía algo en esa mano. Una pluma, o un bolígrafo. Ese gesto implicaba a la vez una admonición y una reiteración de la pregunta. Beltrán lo captó de inmediato: Amando no aparecía por ninguna parte, de modo que no había nada que preguntarle. Además, ellos esperaban que respondiera a todo, sin objeciones, y sin eludir nada. Y cuanto antes lo hiciera, antes terminarían.

–Siempre le ha gustado el mar, igual que a mí. Y siempre le han gustado las máquinas de toda clase... Recuerdo que tenía su casa de Caracas llena de juguetes. Nos parecemos en muchas cosas. Supongo que por eso nos hicimos amigos, ¿no? La cuestión es que le gustaba que habláramos dentro del batiscafo. No sé explicarlo de otra manera.

–Bien... Está bien... Quizá pueda explicarnos... –el hombre mayor fue interrumpido por la mujer joven que tenía a su izquierda. Ella le había parecido a Beltrán, la primera vez, casi bonita, aunque algunos de sus rasgos (los pómulos, por ejemplo) resultaban demasiado pronunciados. Ahora en cambio, sumida en aquella penumbra, tenía un aspecto siniestro. Y parecía mucho más vieja.

Cuando ella terminó de hablar al oído del principal interrogador, éste carraspeó y reanudó el discurso en el mismo punto en que lo había dejado.

–Sí... podrá... supongo que podrá explicarnos, al menos, cuáles fueron esos secretos que su amigo Amando le reveló. En fin... cuáles fueron los motivos para que usted tomara la... la decisión extrema de...

–Marian y yo estábamos separados desde hacía dos años. Han sido dos años de calvario legal para evitar que me esquilmaran... por completo. Quería quedarse incluso con la casa, ¿entiende? ¡Yo la había comprado mucho antes de que nos casáramos! Incluso antes de conocerla, cuando regresé de Venezuela. Eso fue hace... diecisiete años. Yo tenía... treinta y...

–Perdón... ¿Qué edad tiene ahora su hijo?

–Doce... No. Trece.

–Bien... por favor, continúe.

–Sí... Bueno... en resumen, Amando me explicó que los abogados de Marian

pretendían demostrar que soy un padre incompetente, que no cumplo con mis obligaciones. En realidad ella iba detrás de mis propiedades. Por lo visto, llevaban meses acumulando munición contra mí. Sólo si yo cedía me permitirían mantener la custodia compartida de Fabio. De lo contrario me acusarían de ser un padre irresponsable.

–¿Y lo era?

–Mi hijo es prácticamente lo único que me interesa.

–Sin embargo, ha iniciado una nueva relación...

–Algo inexcusable, supongo, y que me incapacita como padre. Aunque habría que preguntarse por la media docena de relaciones que ha tenido ella desde que se largó. Por cierto, no sé si ya les he dicho que se llevó todo lo que había en ese momento en nuestra cuenta corriente.

–Por favor, prescinda de las ironías. Dice usted que su esposa pretendía utilizar a su hijo para extorsionarlo. Si no le hemos entendido mal, parece que lo amenazaba con arrebatarle la custodia... pero eso no es tan fácil.

–Normalmente no –explicó Beltrán–, pero ocurrió algo. La primavera pasada. Un accidente. Todavía no he podido perdonármelo, ¿sabe? –mientras hablaba retorció los dedos de sus dos manos, entrelazándolos nerviosamente, amasándolos, aprisionando unos con otros–. Fue un accidente de tráfico, y Fabio estaba conmigo. Me lo había llevado a la bolera. Quería pasar más tiempo con él. Pensé que se divertiría. Y no me equivoqué mucho en eso, la verdad. Lo malo fue que luego, en lugar de tomar un taxi, le pedí a un amigo que nos llevase de vuelta a casa. Me aseguró que no había bebido nada hacía más de una hora. Por fortuna, el accidente no fue muy grave, pero la policía encontró alcohol en la sangre del conductor. Y después, también en la del chico. Le habían hecho la prueba porque lo vieron un poco mareado. La verdad era que Fabio se había tomado una cerveza. Una sola. Quería que entendiera que lo podíamos pasar bien juntos. Pero no debí permitir que... A veces tener buenas intenciones es parecido a tener armas cargadas en casa. Esa noche yo sólo había intentado acercarme a él. Y mire lo que pasó. Fue como un regalo para mi mujer. Después de eso, podía amenazarme incluso con pedir que me quitaran el derecho de visita.

–Bien... –intervino otra vez el que llevaba la voz cantante–, la cuestión es que su amigo le ofreció un plan aparentemente perfecto para matarla. ¿Por qué lo hizo? ¿Estaba en deuda con usted? ¿Quería dinero a cambio?

–¡Dinero! –Beltrán no pudo evitar que un conato de carcajada, en forma de tos, sacudiera su pecho–. No... no. Él... sólo... quería ayudarme. Nada más. Era yo quien... Creo que era yo quien estaba en deuda con él. Y no él conmigo.

En ese momento intervino el otro hombre. El que estaba sentado a la derecha del interrogador principal. Era calvo, aunque parecía joven:

–¿Cuándo se conocieron? ¿Dónde conoció a ese tal... Amando?

–Fue en México, hará unos veinte años. Yo trabajaba para una multinacional de telefonía que entonces estaba en plena expansión. Ya saben a cuál me refiero. Después

me marché. No era feliz, así que di el portazo. Por las buenas. Había ahorrado algo de dinero. Como para vivir cómodamente un par de años sin trabajar. Estaba soltero. No tenía obligaciones. Y entonces fue cuando me encontré con Amando en una cantina de Guadalajara. Simpatizamos. Nos hicimos amigos enseguida. Él estaba, más o menos, en la misma situación. También teníamos la misma edad. Y los mismos gustos, como les he dicho antes. Excepto en cuestión de mujeres... Bueno... Eso no importa. Él me habló de un buen negocio... en Venezuela. Algo relacionado con la exportación de maquinaria. En realidad era un chanchullo... Me di cuenta desde el principio. Pero en esa época yo me sentía... No sé cómo explicarlo... ¿hastiado? Supongo que estaba en alguna especie de crisis. La de la última juventud, la de la eterna adolescencia, la de la primera madurez... No lo sé. El caso es que viajé a Caracas con él, y me metí en asuntos cada vez más turbios. Siempre de su mano. Pero nos iba bien, la verdad. Ganábamos mucho, y lo gastábamos casi todo. Puede parecer una necedad. Hay que haber vivido de esa manera para entenderlo...

–Pero antes ha dicho –era otra vez el más viejo de sus interrogadores el que lo interpelaba–, ha dicho que hacía muchos años que no veía a su amigo. ¿Puede decirnos qué fue lo que los distanció, y por qué vino de pronto a visitarlo, después de todo ese tiempo?

Beltrán se sintió en ese momento como si le hubiera tendido la mano, por sorpresa, su propia efigie desde el otro lado del espejo. Algo no encajaba del todo en su cabeza. De pronto parecían haber cambiado de lugar todas las piezas en el tablero, y ya no sabía cuál era la partida que realmente estaba jugando.

Recordó entonces, con intensidad, aquella tarde de mediados de septiembre. Dos meses atrás, más o menos. Recordó lo que estaba haciendo exactamente cuando sonó el timbre de la puerta. Acababa de hablar con Alicia por teléfono y había sacado un helado de la nevera. Tenía la cuchara en la mano cuando oyó que llamaban, así que la hundió oblicuamente en el bloque de fresa y chocolate, estoqueando a conciencia al mismo tiempo que asimilaba su leve frustración antes de ir a ver quién era.

Cuando descubrió a Amando en la pantalla del portero automático, le pareció lo más natural del mundo. (Por mucho que ahora le costara entenderlo.) Y si no le abrió inmediatamente, fue sólo porque estaba haciendo unos gestos realmente extraños que lo desconcertaron y lo sumieron en una perplejidad difícil de vencer. ¿Qué era lo que señalaba? ¿La verja exterior de la casa? ¿A alguien que pasaba en ese momento por la calle? ¿Y por qué se tapaba la boca de ese modo, con la otra mano, como si ocultase la risa, o como si no quisiera que se le escapara una palabra inconveniente?

Sin embargo, cuando por fin le abrió la puerta, su conducta fue absolutamente natural. Un poco fría, pero eso no era raro en él. Ni siquiera lo saludó. «Qué... ¿No te dije que vendría?» Ésas fueron sus primeras palabras. Luego le estrechó la mano, puso la otra en su nuca y le estampó un sonoro beso en la mejilla. «No me creíste, ¿verdad?»

Beltrán se vio obligado a reconocer que había dado por sentado que no volvería a

verlo nunca. Y, no obstante, lo cierto era que había soñado con él recientemente. Incluso le había acometido el extraño impulso de llamarlo por la mañana, al recordar el sueño. Pero evitó mencionar nada de esto, porque supuso que Amando no lo creería. Lo cierto era que ahora, de pronto, lo tenía otra vez allí delante. «No esperaba que vinieras –le dijo–, no lo esperaba... pero me alegro. Me alegro de verdad.» Amando sonrió cruelmente, mostrando los caninos inferiores, igual que un bulldog. Dejaba así patente su escepticismo, pero se abstuvo de decir nada.

Al principio estuvieron hablando de los derroteros de la vida de cada cual desde la última vez que se vieron. Beltrán quiso disculparse por la forma en que había abandonado todo aquello, y por su conducta durante esos últimos días en Venezuela, pero su amigo no se lo permitió. «Hay algo bueno en estar solo durante mucho tiempo –le dijo, interrumpiendo sus lamentaciones–, y es que el pasado se convierte en una cosa tan insignificante como el futuro. Así que no le des más vueltas, ¿de acuerdo? Estoy aquí para pasar unos días contigo, y nada más. Quiero que hablemos, simplemente. Quiero ayudarte en todo lo que esté en mi mano.»

Estaba sentado en el diván de cuero blanco y llevaba ropa oscura. Prácticamente no había cambiado en absoluto. El mismo pelo crespo, una maraña de hilos de cobre oxidado, y esos pequeños e inquietos ojos de pájaro. Unos ojos ofuscados que parecían no ver nada, sin dejar nunca de observarlo todo, como si estuviesen tras el cristal de una pantalla, o como si una nube de fiebre los velara.

–¿Qué fue lo que los distanció? –repitió el interrogador–. ¿Por qué vino de pronto a visitarlo, después de tanto tiempo?

Beltrán no encontraba la forma de responder razonablemente a aquello. Claro que nada lo obligaba a brindar una respuesta razonable. Porque ya nada importaba, y lo único que quería era que lo dejaran en paz. Aunque sabía que aquel interrogatorio formaba parte de su purificación, de su necesario castigo. Y estaba, de hecho, dispuesto a vaciarse completamente, a no reservarse ninguna información. Lo que ocurría, sencillamente, era que no encontraba las palabras. No en ese preciso momento.

–Yo no... no puedo saber por qué vino. No puedo saberlo. Y de lo otro... hace demasiado tiempo.

–Díganos –era la mujer la que ahora se dirigía a él–, díganos exactamente cómo perpetraron el crimen. Y qué fue lo que sintió usted en esos momentos.

Cuando un recuerdo tan inconcebible como incuestionablemente cierto estalla de repente en el centro de la memoria, puede ocurrir que la realidad circundante, tan rotunda y sólida, mengüe y se pierda como una moneda por la rejilla de un sumidero. A Beltrán, el asesinato de su mujer le parecía en aquel momento un cortocircuito en su neocórtex. Un germen de irrealidad incompatible con cualquier presente o futuro razonablemente constituido; algo irreconciliable con casi todos sus otros recuerdos: los primeros cumpleaños de Fabio, cierto viaje a París, el cocker herido que encontraron cerca del río y que acabaron adoptando. Reflejos de un lábil pasado que se mezclaban

ahora con las impresiones de aquella noche agobiante y brumosa: el coche de ella junto a la malla metálica del recinto portuario, en el descampado que iluminaban absurdamente los focos instalados en las torretas del muro de hormigón, junto a los cercanos silos y a las descomunales grúas.

Ella lo estaba esperando, cuando llegó. Reconoció su coche en la terrosa desolación de la explanada. Aparcó a cierta distancia. Marian ni siquiera se movió. Esperó a que él se acercara y entonces bajó la ventanilla. «No creo nada de lo que me has dicho.» Ésas fueron sus primeras y ofensivas palabras. «No te creo, pero he venido para darte una oportunidad. Si intentas engañarme, te juro que no volverás a ver a tu hijo. Me encargaré de que no lo vuelvas a ver en tu puta vida.» Él, sin perder la calma, le pidió permiso para subir al coche. Ella se lo concedió. Hablaron allí dentro, y Beltrán fingió que estaba dispuesto a ceder, con la única condición de no perder la custodia y el derecho de visita de Fabio. Y luego todo lo demás: aquel giro inesperado de la situación. (Inesperado para ella.) Su pequeña pistola del calibre veintidós. Los calmantes. El camión. El coche en llamas.

—La cité en un descampado —empezó a responder, con la voz mermada, adelgazada por una opresiva sensación en su estómago, en su pecho, en su garganta—, la cité en un descampado cerca del puerto. Era un lugar relativamente próximo a su casa. Le dije que no quería que nadie nos viera juntos... que no tenía ganas de verla en un restaurante u otro sitio parecido. En fin... no fue demasiado difícil convencerla. El plan consistía básicamente en hacerle creer que estaba dispuesto a ofrecerle la mayor parte de lo que buscaba, un buen pedazo de mi patrimonio, a cambio de que detuviera su intento de apartarme de Fabio. A cambio de que parase a sus abogados. Eso era lo que le había dicho por teléfono. Pero no era más que un cebo, claro. Hablamos en su coche. Durante unos minutos mantuve la comedia. Hasta que, en un momento dado, saqué un tubo de calmantes de un bolsillo de mi chaqueta y le dije que quería que se tomase un par de cápsulas. Ella no entendía nada, por supuesto. Le dije que eran sólo calmantes y que no la matarían. Le aseguré que no le harían efecto hasta pasada una hora, y que lo único que buscaba era que durmiese bien y, de paso, asegurarme de que iba a tener una mañana demasiado espesa como para tramar nada nuevo con sus abogados, antes de nuestra cita, por la tarde. Le había prometido que nos veríamos en el despacho del notario, y que allí firmaría los documentos de cesión y transferencia de bienes de los que le había hablado. Lo que intentaba con todo eso era evitar que se pusiera histérica. Que sospechara lo que le esperaba a continuación, y entonces intentara algo desesperado. De todas maneras, no creo que se hubiese tragado nada de aquello, empezando por las cápsulas, sin la ayuda de la pequeña Beretta niquelada con la que la estaba apuntando. Sin que se diera cuenta... puse la bolsita con ²⁰⁰ gramos de coca en la guantera. Con bastante habilidad, para ser francos. No puedo decir que no hubiese hecho antes alguna cosa parecida... pero es que ejecuté la maniobra con la rapidez de un mago, justo antes de bajarme de su coche para dejarla marchar.

–Usted quería que la policía encontrara en el cadáver restos de aquella sustancia... Por eso la obligó a tomar esas cápsulas...

Beltrán recordó los ojos aterrados de su esposa, mientras la encañonaba con su minúscula pistola plateada; rozándole casi la fina blusa de muselina, a la altura del costillar, con el pequeño y frío cañón. Debió de pasar mucho miedo en esos instantes. Quizá intuyó su inminente final. Le dijo que estaba loco, pero se metió las cápsulas en la boca. Dos, de una vez. La obligó a chuparlas de la palma de su mano. Desde luego, no podía sospechar lo que él tenía preparado a continuación para ella.

Un poco más tarde, cuando regresó a su propio coche y la vio arrancar, marcó rápidamente en su móvil un número de teléfono que lo puso en contacto con los perpetradores, para avisarlos. Ni siquiera llegó nunca a verlos. Una «agencia» en Colombia. Gente a la que había conocido en sus años allí... Un número de cuenta, un ingreso, a través de intermediarios... Y nada más.

Justo cuando el coche de Marian llegó a la carretera de doble sentido, apareció el camión. Salió de una bocacalle, de entre las naves del polígono. Feas y grandes naves con tejados a dos aguas de fibrocemento. Era un robusto y gastado camión de reparto, que rugió en la noche como un oso enfurecido. Ella, probablemente, no lo comprendió hasta el último segundo, cuando ya era demasiado tarde incluso para intentar esquivarlo. Entonces ocurrió: el choque brutal, frontal. Y el espectacular estruendo que conmocionó la sofocante quietud de aquel paraje desabrido. Después, el coche en llamas... las dos remotas figuras que saltaban del camión y se alejaban a la carrera para perderse por una de las calles del polígono.

Resultado: un accidente. Un fatal encuentro, en un sitio muy poco recomendable. Sólo eso. Un camión robado, posiblemente. Dos ladrones sin experiencia. Inmigrantes ilegales, con toda probabilidad. Ése era el puzzle, armado. El cuadro completo. Una trágica y accidental colisión. Y la inevitable huida de los causantes. Así se cerró el caso, en la práctica, aunque oficialmente quedase abierta alguna línea de investigación. Una montaña rusa de cocaína y de tranquilizantes no discordaba demasiado, después de todo, con el estereotipado perfil de Marian: mujer madura de alto standing y bien acreditada voracidad que se halla en trámites de separación. Sus abogados, hipócritamente, se sintieron defraudados, casi ofendidos, y no se tomaron ninguna molestia que no fuera directamente encaminada a intentar el cobro completo de su minuta. La hipótesis de trabajo aceptada por los detectives fue que se había acercado a aquel lugar inhóspito para encontrarse con alguien. Uno de sus amigos. O tal vez un simple camello. Después de todo, su vida no era realmente ningún ejemplo de equilibrio y virtud; así que el asunto no extrañó demasiado a nadie. A él, a Beltrán, lo interrogaron tan sólo una vez, de puro trámite. El plan de Amando había funcionado como un cronómetro.

–Quería que encontraran esa sustancia en su sangre. Y la cocaína en la guantera del coche...

–Me sorprendió que encontrasen vestigios de cocaína después del incendio. Pero así

fue. Ni siquiera se equivocó en eso... Me refiero a Amando. Aunque todo esto ya lo he explicado varias veces. A ustedes y a la policía.

—Sin embargo... —el mayor de sus interlocutores había vuelto a tomar la palabra— debe comprender que nos resulte algo extraño y difícil de admitir que después de haber salido impune, habiéndose quitado de encima a su esposa, si me permite la expresión... que después de que su plan, o el de su amigo Amando, funcionara perfectamente... usted, de pronto, un buen día decida entregarse y autoinculparse, como hizo el mes pasado. Debe comprender que esto nos extraña. Como nos acaba de explicar, todo había salido bien. El plan había funcionado tan perfectamente que, de hecho, lo único que hay contra usted hasta este momento es su propia declaración... ¿Qué ha sido lo que le ha impulsado a confesar? ¿Sintió remordimientos? ¿Su crimen le resultaba insoportable?

Beltrán estaba dispuesto a colaborar. Pero ¿cómo podía responder a semejantes preguntas de un modo coherente? ¿Tenía realmente esas respuestas?

—Después de lo de... Después de lo de Marian pensé que todo mejoraría, pero no fue así. No fue así en absoluto. No se trataba de remordimientos. Ella era una malnacida. No es que me sintiera bien por lo que había hecho, pero en ese momento haberla eliminado me parecía un acto de legítima defensa. Me había amenazado con quitarme a mi hijo... Pensaba que no me había dejado otro camino. Ahora me arrepiento. Pero ahora sé cosas que no sabía entonces. Aprendí mucho en los días que siguieron al crimen. Aprendí mucho en esos días.

—Por favor —hablaba otra vez el mayor de ellos—, explíquese. ¿Por qué se expresa de ese modo tan... críptico? ¿Qué fue lo que aprendió en los días siguientes? ¿Qué fue lo que no salió como usted esperaba?

—Amando.

—Su amigo.

—Ya no era mi amigo. Fingía serlo, pero no lo era, se lo aseguro. Eso fue lo que descubrí en las dos semanas posteriores a la muerte de mi esposa.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

Beltrán se concedió unos instantes para ordenar sus ideas y seleccionar las palabras con verdadera precisión. Seguía sin saber cómo abordar el tema. Cómo lograr que sus explicaciones resultaran inteligibles para alguien que no hubiera vivido, paso por paso, todo lo que él había experimentado a lo largo de las últimas semanas, e incluso de los últimos años. ¿Cómo habían sido realmente aquellos turbios días en compañía de Amando? Su intransferible verdad no era más que el vaciado del molde de su experiencia. Había que captar plenamente el absurdo genuino para encontrar alguna lógica. Estaba amordazado por una paradoja: sólo la inexplicable verdad podía explicar su propia conducta. Su absurda pero, también, lógica conducta.

Concluyó que debía seleccionar, a modo de introducción, algún detalle significativo. Algo que sirviera de ejemplo, de muestra representativa. El episodio del pescado podía ser útil. Tal vez pudiera empezar con eso.

–Unos días después de aquello... quizá una semana más tarde, Amando me pidió que lo acompañara al centro de la ciudad para resolver cierto asunto. Alicia estaba otra vez fuera, en uno de sus viajes de trabajo. Un congreso acerca de las aplicaciones de la infografía en cirugía plástica... me parece recordar.

»Así que fuimos a la ciudad en mi Jaguar. Tuve la sensación de que estábamos reviviendo los viejos tiempos. Me sentía optimista, lo cual ahora me parece de una ingenuidad increíble. Y hace que me vea ridículo. Pero así era como me sentía aquella tarde. Es la verdad. Dejamos el coche en un parking. Después de pasar por una librería y por una oficina de correos, donde él tenía que hacer... no recuerdo el qué, se empeñó en que visitáramos la galería Goldmare. Quería que comprásemos alimentos de calidad para la cena. Al principio me hizo gracia. Pensé que no había cambiado. Él y sus caprichos repentinos. Todo aquello, en el primer momento, me pareció muy reconocible... muy familiar. Nada sospechoso. Hasta que exigió que visitásemos la pescadería.

La introducción no había estado mal, en su opinión, pero ahora se hacía necesario tocar el punto crucial, y aquí las cosas empezaban a complicarse. Los tres doctores lo escuchaban en un silencio respetuoso, algo intimidatorio. No se les podía reprochar, desde luego, falta de atención a su caso. Al contrario, en su opinión se estaban tomando demasiadas molestias, considerando lo muy poco que quedaba ya en juego. Por otra parte, no dejaba de sentir alguna curiosidad acerca de cuál sería finalmente su veredicto, su diagnóstico. Lo más probable, le parecía a Beltrán, era que acabaran dictaminando que estaba loco. Quizá, de hecho, lo pensasen ya. En todo caso, era muy consciente de que estaba a punto de allanarles el camino hacia dicha conclusión. Pero mentir carecía de sentido. Al menos tenía tan poco sentido como decir la verdad.

–Se empeñó en que comprásemos una lubina. Le preguntó a la chica que nos atendía si podíamos elegirla nosotros mismos. Ella dijo que no había ningún problema. Entonces tomó una de las piezas y nos preguntó si nos parecía bien. Y yo empecé a sentirme enfermo.

La doctora y el médico de más edad cruzaron una rápida mirada. Algo que Beltrán interpretó como una clara corroboración de sus especulaciones acerca del tipo de recepción, cada vez más suspicaz, que probablemente encontrarían en adelante sus palabras.

–Me obligó a tocarlo. Quería que tocara el pescado.

El desconcierto de sus interlocutores resultaba patente, pero al parecer se resistían a formular en voz alta la pregunta que él estaba aguardando. Así que amplió su relato con algunos detalles, para aclarar la situación en lo posible. Y para darles tiempo.

–La chica no sabía de qué iba todo eso... y estaba allí... esperando, con el pescado en las manos. ¿Comprenden? Llevaba unos guantes azules de goma, y me miraba a mí. Amando me había pedido que lo tocara, para comprobar si era lo bastante fresco. Yo dije que me parecía muy fresco. Cosa que la chica confirmó inmediatamente. Pero Amando insistió. Volvió a pedirme que lo tocara. Riéndose y clavando en mí su mirada de...

pajarraco, de cuervo. Y entonces yo tuve que poner mis dedos sobre las escamas. Escamas frías, relucientes, viscosas.

–¿Siente alguna aversión hacia el pescado? –preguntó, por fin, el médico calvo y relativamente joven. Beltrán experimentó un gran alivio.

–Me gusta el pescado. En el paladar. Pero no puedo tocarlo. No puedo tocar el pescado crudo. Es algo que me repugna. Me repugna totalmente. El contacto de las escamas me produce náuseas.

Los tres médicos volvieron a sumirse en uno de sus ridículos silencios valorativos. ¿Por qué no se reían? Beltrán hubiera encontrado mucho más natural que estallaran en una sonora carcajada. Pero aquellos tres se lo tomaban todo con la más estricta seriedad. ¿Por qué no lo encerraban de una vez? ¿Por qué no lo drogaban o lo sometían a electroshock? ¿Por qué no lo dejaban volver a su cuarto, con sus libros, con sus dibujos, con la foto de Fabio? Comprendió que sería inútil formular en voz alta aquellas patéticas preguntas, así que respiró profundamente, armándose de paciencia para seguir respondiendo a las de ellos.

–¿Conocía su amigo esa aversión?

–Claro que la conocía. De eso se trataba. ¿Entienden? Jugaba conmigo. Se divertía. Sabía que yo no sería capaz de negarle nada. Que no estaba en condiciones de negarme a nada. Ayudándome con lo de Marian había puesto una correa alrededor de mi cuello. Eso era lo que había hecho. Y aquella tarde, con esa lubina de mierda... aquella tarde, precisamente, empecé a darme cuenta de hasta qué punto pensaba tirar de ella.

Al constatar la triple efusión de perplejidad que había provocado, Beltrán se dio cuenta de lo inútil que sería narrarles cualquiera de los otros sucesos anómalos de aquellos últimos días y esperar algún tipo de comprensión por su parte. Por ejemplo, la tarde en que Amando lo llevó a un lugar apartado junto al río –una especie de vertedero, próximo al nudo de la circunvalación norte– para mostrarle algo que, según él, de ningún modo debía perderse. En el jardín de su residencia lo había estado exhortando a acompañarlo, justo antes de salir, mientras lo ayudaba a desplegar la lona sobre la piscina: «Es digno de presenciarse, te lo aseguro. Y hay un sitio desde el que es fácil mirar. Pero debemos salir ya, o se hará demasiado tarde».

Así que fueron hasta allí y dejaron el coche en el aparcamiento de una gasolinera. Habían cruzado la autovía por una pasarela de acero pintada de rojo, atravesando a unos diez metros de altura una decena de carriles de tráfico intenso. Luego, se internaron por predios cubiertos de matojos, sin otro aliciente para la vista que alguna carrocería oxidada o un derrengado cartelón publicitario, además de las consabidas colmenas de protección oficial que amurallaban el paisaje a uno o dos kilómetros de distancia. Bajo un cielo nublado pero reluciente, un cielo de amianto con vetas doradas, llegaron al borde de una especie de rambla, cerca de la margen del río y perpendicular a su cauce. Había escombros y desperdicios por todas partes. Se parapetaron detrás de lo que quedaba en pie de uno de los muros externos de algo que debía de haber sido en otro tiempo una

vivienda, u otro tipo de pequeña construcción; y, desde esa atalaya, presenciaron el hermético ceremonial.

Al principio, el vagabundo se encontraba solo, allí abajo. (En cucullas, como si estuviera defecando.) Pero enseguida, uno o dos minutos más tarde, llegó el otro. Este segundo individuo iba razonablemente aseado. Su ropa, al menos, resultaba más presentable. El recién llegado se lanzó por un terraplén. Llevaba algo entre las manos. Un tarro de cristal. Intentó, al principio, bajar manteniendo en lo posible la verticalidad, pero la pendiente era tan pronunciada que acabó deslizándose sobre sus posaderas por el talud de tierra, hasta que llegó al fondo agrietado del barranco. No intercambiaron una sola palabra. El vagabundo se arrancó de la cara (sufriendo atrocemente, a juzgar por su expresión) lo que parecía ser una barba y un bigote postizos. A continuación, el recién llegado le mostró el frasco. Contenía un pequeño ratón vivo, de color gris-pardo. El vagabundo desenroscó la tapa, mientras su compinche fabricaba una pelota compacta arrugando algunos papeles que extrajo de un bolsillo de su chaqueta. Luego, le aplicó a la bola de papel la llama de un mechero el tiempo suficiente para que prendiera; la metió en el frasco y el otro volvió a enroscar enseguida la tapa...

—Por lo que nos está contando, parece que no se sentía capaz de negarle nada a su amigo Amando... Antes nos ha dicho que estaba en deuda con él. Pero ¿se debía sólo a la ayuda que le prestó para librarse de su esposa, se debía... al plan que le brindó para eliminarla? ¿O quizá había algo más, algo que no nos ha explicado todavía?

Beltrán trataba de escudriñar la expresión de aquellos tres semblantes. Deseaba poder observar los cambios, las variaciones de sus rictus. Una mueca o un leve arqueado de sus cejas. Cualquier cosa que denotara su estado de ánimo. Su actitud (de compasión, de incredulidad, de reproche). Sin embargo, esto apenas era posible. Los tres médicos estaban envueltos en la sombra, y eso a Beltrán comenzaba a producirle cierta angustia; una creciente sensación de amenaza y desasosiego.

—La luz... Por favor... ¿Podrían...?

—Usted mismo ha pedido una luz distinta a la de los tubos, al principio.

—Sí, pero... si es posible, ahora preferiría...

—¿Quiere que encendamos los fluorescentes? —preguntó el mayor de los tres doctores.

—Por favor.

Aquel hombre pronunció entonces algo muy breve cerca del oído de la doctora, que estaba sentada a su lado. Ella se levantó, fue hacia la puerta y pulsó el interruptor. Los fluorescentes parpadearon con esa indecisa violencia lumínica que los caracteriza, antes de llegar a encenderse del todo. Así que por un instante Beltrán se sintió sumido en un clima extraño (delirante, quirúrgico) viendo aparecer y desaparecer delante de él aquellos tres rostros implacablemente analíticos, como espectros científicos materializándose desde alguna dimensión paralela con el único fin de viviseccionarlo.

—El doctor Berenguer —dijo el más viejo—, el doctor Berenguer le ha preguntado si había algo más. Algo en su relación con Amando que no nos ha revelado todavía...

Aquella luz blanca y cruda de los tubos parecía idónea para las más abruptas revelaciones. Había llegado la hora de la verdad. Un momento vivido hacía ya un océano de tiempo cruzó el cielo apagado de su memoria como un cometa triste. Se vio a sí mismo, entonces, arrojando a la corriente oscura de un río (una por una, con pensativa delectación) varias figuritas y miniaturas. Un jefe de estación vestido de azul. Un niño con un perro. Un depósito de agua. Una locomotora de juguete.

–Sí... –fue consciente de que con aquella afirmación se cortaba a sí mismo la retirada: ya no podía retroceder y sólo quedaba seguir hasta el final, quemar las naves–, había más. Claro que había más. Había que yo lo maté. Yo asesiné a Amando hace casi veinte años, en Venezuela.

Conversación con Fabio (dos días antes)

El patio interior, ajardinado, era austero y exhibía una geometría muy simple: ventanas rectangulares, setos rectangulares, dos rectangulares bancos de piedra; y sobre las paredes encaladas del edificio, un perfecto cuadrado de cielo vagamente brumoso en el que no era posible distinguir el menor accidente. Ni una sola nube. Tampoco se veía ningún pájaro sobrevolando el clínico. Beltrán se dio la vuelta sonriendo.

—¿Has venido por tu propia voluntad... o te lo han pedido?

Fabio observaba a su padre con una mezcla de indiferencia y suspicacia. Era un chico moreno, delgado y demasiado menudo para su edad. Catorce años recién cumplidos. La respuesta brotó de sus labios con timidez, pero aun así sonó rotunda:

—He venido porque tú eres mi padre —dijo, con desarmante naturalidad.

—Ah, sí... —dijo Beltrán, forzando una especie de risa sarcástica—, soy tu padre. Pero a ti eso nunca te ha importado mucho.

—Y a ti nunca te ha importado que no me importara, ¿no?

Beltrán miró de pronto a su hijo como si acabara de operarse en él —en Fabio— una metamorfosis asombrosa. No esperaba una respuesta tan fulminante. De pronto, sintió un deseo arrebatador de comunicarse sinceramente con él, e incluso de abrazarlo.

—Lo importante es que estás aquí. Lo importante es que has venido. Ya sé que he cometido contigo muchos errores...

—Sí. Como matar a mamá, por ejemplo.

—No era tu madre.

—Entonces tú tampoco eres mi padre... por esa regla de tres.

—Yo fui el que quiso adoptarte. Te lo expliqué este verano. Ella no quería tener hijos. Ésa es la verdad.

—¿Y tú sí?

—Yo sí. Siempre.

Como el muchacho lo seguía mirando con palmaria incredulidad, se sintió obligado a insistir:

—Te lo aseguro. Yo quería ser padre.

Después de un prudente silencio, y aunque no estaba nada convencido del paso que iba a dar, se decidió a pronunciar —en voz tan baja que parecía haber entrado en una competición de timidez con su hijo— las siguientes palabras:

–Ella no te quería. Lo sabes, ¿verdad?

Esperó durante unos segundos –quizá más de un minuto– para comprobar si el muchacho reaccionaba de alguna manera; pero lo único que hizo fue entornar los ojos un instante. También se apartó de la frente un flequillo negro y brillante, parecido a un ala de cuervo. Hizo esto dos veces. Y nada más. Excepto, quizá, un leve balanceo del cuerpo que parecía sugerir cierto hastío, un ligero cansancio de la situación. O, al menos, de la postura.

–Yo sí te quiero –se atrevió Beltrán a continuar, en voz aún más baja–. Nunca te lo he dicho... ¿Sabes por qué no te lo he dicho nunca? –ensayó una especie de pausa dramática–. Porque no lo sabía. Ya sé lo extraño que suena. Pero es así. Ahora sé muchas cosas que no sabía hace sólo... un mes.

–¿Por qué me mandaste a vivir con ella? –preguntó Fabio bruscamente, casi con irritación, como si saliera de un trance, o despertara de un sueño.

–Cuándo... –preguntó estúpidamente Beltrán, a quien aquella reacción lo había pillado por sorpresa.

–¿Cuándo? Después del verano.

Se sintió doblemente molesto. Consigo mismo y con Fabio, que parecía negarse a entender un principio legal tan claro y simple como ajeno por completo a su voluntad, pero hizo cuanto pudo por reprimir su disgusto y responder suavemente.

–Te lo expliqué. Le tocaba a ella... Le tocaba a ella tenerte. Ibas a volver conmigo por Navidad. ¿No te acuerdas ya de eso?

–¿Y te la has cargado para que vuelva antes?

Aunque la expresión de Fabio era absolutamente seria, Beltrán detectó una clara intención sarcástica en aquella pregunta.

–Eso no tiene nada que ver contigo. Bueno... –rectificó sobre la marcha–, sí tiene algo que ver: la verdad es que ella quería quitarme la custodia. Pero... de todas formas ha sido un error. Un error espantoso. He vivido muchos años completamente equivocado, ¿sabes? Tú eres mi único acierto. Por eso no quiero perderte.

–Eres raro, papá –dijo Fabio, que de pronto parecía divertirse–, eres muy raro.

–¿Con quién estás? –interrogó Beltrán.

–Con una familia de acogida.

–¿Quiénes son?

–Se llaman Almera, pero no importa. Es provisional. Eso es lo que me ha dicho Beatriz. Beatriz es...

–La psicóloga de los servicios sociales. Habló conmigo.

Beltrán ahora volvía a mirar por la ventana. Un remotísimo punto brillante iba dejando una nítida estela blanca: una secante perfecta que dividía el cuadrado de cielo en dos polígonos de distinto tamaño: un triángulo isósceles y un pentágono irregular.

–¿Cuántos son de familia? –preguntó sin volverse.

–Son cuatro. Tienen un hijo y una hija. Los dos son mayores que yo. Pero no mucho.

–¿Y cómo te caen?

–Son buena gente.

–¿Te gustaría quedarte a vivir con ellos?

–¿Siempre?

–Sí, siempre.

–¿Es que te van a tener encerrado aquí hasta que te mueras?

–No sé lo que harán –Beltrán respiró profundamente y miró a Fabio con una mezcla de aflicción y severidad–, ¿te gustaría quedarte con ellos?

Fabio miró al suelo, como si se avergonzara de algo. Después, levantó la vista y sostuvo la mirada de su padre durante tres o cuatro segundos, sin decir nada.

–¿Te da miedo? –preguntó después. Beltrán se tomó también su tiempo antes de volver a hablar.

–¿Dejarías de venir a verme?

Ahora Fabio sonreía de una forma sutil y hermética, como si un pudor infinito velara una infinita tristeza.

–Claro que no –dijo por fin–, tú eres mi padre, ¿verdad?

Noche en el clínico

No podía dormir. La sesión de aquella tarde había terminado de una manera abrupta, tormentosa. Era como si su última revelación hubiera sentado a los médicos mucho peor que nada de lo que hubiese dicho hasta entonces. Peor, incluso, que su explicación de los preparativos para asesinar a Marian. Parecía que los hubiese ofendido personalmente con aquella nueva confesión. Entre los tres, a cuál más nervioso y más contrariado, lo sometieron a una especie de interrogatorio intensivo en menos de diez minutos. (Le preguntaron si no le había extrañado ver aparecer por su domicilio a un amigo muerto veinte años atrás. Le preguntaron si estaba seguro de haberlo matado realmente, si no lo habría soñado o imaginado. Quisieron saber si oía voces o si alguna vez había tenido visiones de cosas extrañas e inexplicables. Lo interrogaron también sobre el número de horas que dormía a diario. Sobre si estaba tomando algún neuroléptico, o si en su juventud, alguna vez, le habían diagnosticado un brote psicótico...) Apenas le dejaban responder. Prácticamente, ya no le escuchaban. No le concedían el tiempo suficiente. Empezó a generarse, bajo el hervor obsesivo de los fluorescentes, una especie de clima de histeria inquisitorial. Y luego, de pronto, el más viejo decidió interrumpir la sesión. Decretó que todos necesitaban un descanso. Dijo que aquella nueva revelación exigía otra sesión completa, y que de todas formas se encontraban demasiado agotados para continuar.

Ahora, Beltrán llevaba mucho tiempo despierto, tumbado en la cama con la luz apagada. Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada, y la actividad eléctrica de su cerebro probablemente se parecería bastante a la de una gran borrasca. Cualquier intento de poner orden en su memoria venía a ser como agitarse entre los escombros después de un derrumbamiento: con cada nuevo movimiento destinado a librarse, aumentaba el riesgo de quedar aún más aprisionado. Ni siquiera recordaba con claridad cuánto tiempo llevaba interno en aquel hospital, y todo lo que sucedió en la comisaría, después de que se entregara, le parecía ahora una mala pieza de teatro de vanguardia, demasiado enrevesada, torpemente escrita: «No hay ninguna prueba de lo que usted nos ha contado –le dijo aquel policía, que tenía aspecto de mosquetero renegado, con ese bigote y esa media melena de rizos encanecidos–, ninguna prueba en absoluto. Eso ya se investigó. Su mujer murió en un accidente de tráfico. Y a nosotros no nos parece que usted tenga nada que ver con lo que pasó en esa carretera». Después de aquella conversación había un hueco en su memoria. Un fundido en negro. Y a continuación, se

veía a sí mismo gritando, aporreando el mobiliario, después de que le anunciaran que pensaban dejarlo en libertad. Tuvieron que reducirlo, claro.

Alicia no se había molestado en visitarlo. Hablaron por teléfono la primera noche. Ella parecía desbordada. Incapaz de reaccionar. Le dijo que iría a verlo durante la semana. Pero todavía no lo había hecho. Y Beltrán sabía que ya no lo haría nunca. No la culpaba. Era una mujer pragmática: una brillante profesional. No una abnegada heroína romántica. Eso había estado bien claro desde el principio. En realidad él no la echaba demasiado de menos. Su internamiento constituía una especie de eutanasia para una relación que, de todos modos, estaba abocada al colapso. Probablemente aquella era una circunstancia idónea para que ella la diera por definitivamente cancelada. Pero qué más daba.

Beltrán se incorporó en la cama. Palpó el cabecero hasta encontrar el cable con el interruptor. Encendió una luz del color del té, sacó las piernas de las sábanas y se calzó aquellas pantuflas afelpadas que habían puesto a su disposición las enfermeras, junto con el pijama reglamentario. Se puso de pie, se aproximó a la ventana y se agachó para mirar por debajo de la persiana. El patio interior estaba muy iluminado. Allí abajo había algo de césped y algunos naranjos... los dos bancos de piedra. Y un silencio tan absoluto que el tiempo parecía haberse detenido. En ese momento tuvo la sensación de que él era el único habitante del clínico, una especie de cadáver supérstite: un prisionero de su recalcitrante cuerpo, recluido en aquel pequeño cuarto del gran edificio. El corazón vacío de varias prisiones concéntricas. Pero debía encontrar el modo de dormir. Era necesario descansar, si al día siguiente lo esperaba un nuevo interrogatorio. ¿Cuántos trámites más lo separaban del refugio último de su soledad?

Sesión tercera

Sesión tercera

Había dado por supuesto que la sesión sería a puerta cerrada, al igual que las dos anteriores. Imaginaba que estarían los tres médicos, y que el interrogatorio se desarrollaría de nuevo en la sala de conferencias. Se había equivocado en todo. La mañana era soleada, tibia, muy agradable, y la doctora Perea lo miraba con una sonrisa que habría resultado casi dulce en un rostro un poco menos anguloso. Y sin embargo, ese rostro que ahora tenía delante no carecía de cierto tipo de hiperbórea belleza. Siempre que uno se esforzase lo suficiente como para percibirla bajo una capa de inveterada severidad profesional.

–Entonces... ¿vamos a hablar aquí, en el parque? –se atrevió a preguntar.

–¿Le molesta? –dijo ella, sin dejar de sonreír.

–No... –respondió Beltrán, reforzando su negación con una sacudida del cráneo, y sonriendo a su vez–, claro que no. Lo prefiero.

–Me alegro de que se encuentre cómodo.

Había allí algunos otros enfermos y visitantes paseando entre los rosales o descansando en el cenador, bajo la pérgola cubierta de madreselva. La fachada del adusto edificio era de un gris oscuro, brillante como el grafito. Ahora estaban sentados en un banco de madera, junto a la robusta desnudez de un castaño, y tenían el clínico a su espalda; pero, muy poco antes, Beltrán lo había estado observando, sumido en la más completa perplejidad, entre un rechazo y una atracción igualmente irresistibles; como un canario fugitivo que mira indeciso hacia su jaula desde la cortina de la sala de estar. No era la libertad, pero tampoco se podía decir que lo tuviesen encerrado bajo siete llaves. Le parecía un trato muy indulgente para un hombre que había confesado un homicidio (perpetrado por otros, pero por un encargo suyo), además de otro crimen más lejano.

–Me alegro...

La doctora no parecía del todo segura de por dónde comenzar, así que decidió seguir preguntando él:

–¿Podría decirme...? ¿Le molesta si le pregunto por qué hoy...?

–¿Por qué estamos los dos solos? –se anticipó ella.

–Sí. Exacto.

–Bueno... Yo soy su médico, a partir de ahora. Las dos sesiones anteriores han sido para... una especie de evaluación preliminar, ¿comprende? Mire... su caso... su caso no es un caso corriente. Usted tiene que ayudarnos, para que podamos ayudarle

–Claro –dijo Beltrán con gesto grave, casi sombrío–, lo intentaré.

–¿Le parece si empezamos por donde lo dejamos ayer?

–Como usted quiera.

–Nos dijo que... dijo que usted había matado a su amigo Amando. Hace unos veinte años.

–Así es. En Venezuela. Ocurrió en un gran río de Venezuela: el Caroní... –la doctora Perea permaneció en silencio, con las manos juntas y las piernas cruzadas y extendidas en toda su longitud (enfundadas en unos vaqueros y en unas botas negras, que asomaban por debajo de la bata), claramente dispuesta a escuchar todo lo que Beltrán tuviera que contarle–. Como les dije ayer, Amando y yo nos dedicábamos a un negocio bastante... turbio, podemos decir. Pero muy lucrativo. En pocas palabras, ayudábamos a los narcos de Bucaramanga, una ciudad de Colombia, a traer la droga a Europa. Nosotros habíamos puesto en marcha en Caracas un negocio tapadera: exportación e importación de maquinaria. Todo falso. Nuestros ingresos venían directamente de la cocaína. La droga viajaba de Bucaramanga a Caracas en autobús o en coche, y allí la metíamos en las piezas de las perforadoras y de los grupos electrógenos para enviarla a Europa por barco. Todo estaba muy cuidado. Si encontraban un alijo, por ejemplo, inmediatamente nos deshacíamos del negocio: cambiábamos de local, nos mudábamos de un almacén a otro en una mañana o en una tarde. Para eso teníamos en nómina a varios funcionarios, incluso a algún policía... Siempre nos avisaban a tiempo. Técnicamente, no éramos traficantes. Se suponía que no sabíamos lo que nuestros operarios escondían en aquellas cajas. Los narcos nos pagaban para que hiciéramos la vista gorda, pero no estábamos integrados en su red. De hecho, apenas conocíamos a nadie, lo cual reducía un tanto los riesgos. Nuestro acuerdo era doble: por una parte con los funcionarios corruptos y por la otra con las familias de la coca. Teníamos lo que se dice una posición cómoda allí... en Venezuela, bastante blindada. Le estoy hablando de los primeros noventa, justo antes de Chávez, cuando los colombianos, presionados por la primera administración Bush, empezaban a buscar rutas alternativas. Bien... es difícil resumir todo lo que ocurrió entonces... Mire, simplemente, yo quería liquidar el negocio y volver a Europa cuanto antes. Como le he dicho, el riesgo que corríamos no era excesivo, pero pensaba que ya había ganado suficiente... que era hora de volver a casa y cambiar de vida. Ya había cumplido los treinta, ¿sabe? No quería pasarme la vida bebiendo guarapita en una choza de palma de Los Roques, un fin de semana sí y otro fin de semana también, o asistiendo a fiestas de gringos en sus quintas de las afueras de Caracas. Estaba cansado de eso. Y también estaba muy harto de Amando. Él nunca tenía bastante. Nunca tenía bastante en ningún sentido. Hablemos de coca, de mujeres o de dinero... Nada era suficiente para él. Y sin su autorización, yo no podía tocar nada. No podía llevarme nada... Ése era el problema. Él lo controlaba casi todo. Además, la mayor parte del dinero estaba en bienes... en propiedades. Fincas, coches de lujo... cosas así. Yo tenía una cuenta propia,

desde luego, en un banco de Gran Caimán, pero eso no representaba ni la décima parte del total.

»Bien... Le hablaba de lo que pasó en el Caroní. Teníamos un barco, el *Tudela*. A veces pasábamos dos o tres días pescando en el río. Pescando y bebiendo ron de caña. Éramos tres: Amando, Carlos y yo. Este Carlos venía a ser un intermediario nuestro. Muy listo. Un rayao, dicen allí. Sabía arrimarse. Estábamos a punto de aceptarlo como socio. Pero a mí, de pronto, se me ocurrió otra idea. Se puede decir que todo surgió en el barco. Antes, ya había pensado en la posibilidad de librarme de Amando, sí... pero nada en concreto. Supongo que fue el ron. El sol y el ron. El caso es que de pronto lo vi claro. Aproveché un momento en que había bajado a su cámara a dormir para hablar con Carlos. Fui hábil, creo. Me arriesgué. Un poco imprudente, quizá. Pero salió bien. Le insinué que podría quedarse con la tercera parte del capital si me ayudaba a liquidarlo. Tenía su lógica... lo de la tercera parte. Ya le he dicho que estaba a punto de entrar en el negocio. Aceptó enseguida, como si hubiera estado esperando la oferta. Ya se puede imaginar qué clase de individuo era Carlos... No me pareció peligroso meterlo en el asunto porque en Caracas no podría nunca dar un paso sin mí. Por otro lado, yo sabía que no tardaría más de una semana en venderlo todo y regresar a Europa. Sin Amando de por medio, en un clima de corrupción generalizada como el que dominaba aquel país... en la práctica yo me convertiría en el jefe, en el dueño de todo. Y cuando se vende barato, los compradores no escasean. La gente no hace preguntas. Luego, comprobé que no me equivocaba mucho. Incluso lo hice en menos tiempo del que había calculado... pero eso... eso fue después. Como le digo, estábamos en mitad del río, habíamos hablado, y ya sólo quedaba decidir cómo lo llevaríamos a cabo. Era sábado, si no lo recuerdo mal. Habíamos zarpado de Ciudad Guayana la tarde anterior, y los tres estábamos bastante bebidos. Recuerdo que olía todo el rato a nafta. Por el motor. Si lo forzábamos, hacía mucho ruido. El *Tudela* no era elegante, ni mucho menos. Tenía veinte años... o treinta. De vez en cuando nos sobrevolaba algún zamuro... Llevábamos algo de carnada en la cubierta. El sol ya había empezado a bajar y el agua, verde... marrón durante el día, poco a poco parecía volverse tan negra como el petróleo a nuestro alrededor. Estábamos completamente decididos y ya no hablábamos. Nada. Ni una palabra. Los dos esperábamos... no sabíamos exactamente el qué. Teníamos la radio puesta. Radio Rumbos, creo. Un soniquete... no prestábamos atención. La señal se perdía a cada momento. Y luego volvía, con una crepitación como de lluvia, o de brasas... Detrás de la cabina, debajo del toldo, nos pasábamos el uno al otro una garrafillo de ron sin etiqueta. Era un jarabe que destilaba un amigo de Petare, cerca de Caracas... un pana que había trabajado para nosotros y que acababa de instalarse por su cuenta con la licorería. Cuando uno bebe algo como eso... cuando uno se ha pasado el día entero deslizándose entre dos paredes verdes, untándose la piel de repelente para mosquitos, debajo de un sol espeso, como un bidón volcado de melaza caliente, ya no le parece a uno encontrarse en la tierra. Empiezas a creer que estás en otro planeta. Yo qué

sé... O que has viajado a la prehistoria. En un momento dado, le dije a Carlos que parase el motor. Nos miramos. Bastó esa mirada para decidir que pasábamos a la acción. Que se había acabado ya la espera.

Beltrán interrumpió su relato, se llevó las dos manos a la cara, primero se tapó los ojos, luego se los frotó con los nudillos. Una nube acababa de ocultar el sol. Se movió algo de brisa y la temperatura pareció caer ligeramente. Algunas de las personas que paseaban por el parque, sobre todo algunos enfermos que andaban por allí en pijama, emprendieron inmediatamente la retirada hacia el edificio del clínico. Beltrán realizó un visible esfuerzo para continuar.

–Fue bastante desagradable y no creo que quiera saber los detalles. En resumen: Carlos lo llamó desde el espejo de proa, y en cuanto Amando asomó la cabeza por el tambucho le abrió la garganta con un machete, mientras yo, de rodillas, se lo sujetaba agarrándolo por el pelo. Lo degollamos como a un puerco, ¿se imagina? Luego, entre los dos, le abrochamos a la espalda una bombona de oxígeno y lo tiramos por la borda. Poco después la lluvia limpió la sangre de la cubierta. Así fue... Así de sencillo. Dicho y hecho. En un país como era aquél en ese momento, las cosas pasan simplemente así. Una vida no vale nada. Lo hizo casi todo Carlos. Ya ve que no soy un valiente. Siempre delego en otros. Pero en cambio, en mi favor puedo aducir que mis planes suelen salir bien. Como le digo, logré venderlo casi todo en unos cuatro días. A Carlos no volví a verlo nunca más. Le di su parte y se evaporó. Yo tomé mi vuelo un lunes por la mañana, y ya no he vuelto a pisar nunca Venezuela...

La doctora Perea no parecía demasiado impresionada. Todavía se la podía considerar una mujer joven, pero no debía de encontrarse muy lejos de los cuarenta; así que no era exactamente una principiante. Con seguridad, habría oído varias historias incluso más atroces que aquella a lo largo de su carrera. Sin embargo, el esfuerzo que hacía por mostrarse completamente impasible, y que se manifestaba de un modo especial en cierta visible tensión del maxilar, podría llegar a sugerir que en realidad sí la había impresionado el relato de su paciente.

–Usted –resumió ella– mató a su amigo. Ayudado por ese... Carlos. En Venezuela.

Beltrán asintió, con los brazos cruzados y la vista perdida en la grava del parque.

–No lo entiendo. No lo entendemos. Ayer insistía en que sus recuerdos son reales – Beltrán continuaba asintiendo en silencio, de un modo cada vez más imperceptible–, en que aquello ocurrió y no fue una alucinación... Pero Amando está ahora aquí. Usted mismo nos contó cómo vino a visitarlo un día, por sorpresa. Asegura que se quedó en su casa. Dice que fue él quien le brindó un plan para eliminar a su esposa... ¿No se da cuenta de que es imposible, de que no tiene ninguna lógica? Lo único seguro de su historia es que su esposa está muerta. Todo lo demás...

–Lo demás es absurdo –completó Beltrán–, pero ¿cree usted que yo no me doy cuenta de eso?

–Vayamos a la tarde en que Amando se presenta en su casa. Aparentemente a usted

no le extraña. Al menos, no le cuesta demasiado aceptarlo como un hecho, digamos, natural.

Beltrán se volvió en ese momento hacia la doctora con un rictus de estupor. Después, muy lentamente, se pasó la mano por la mejilla y se pellizcó el lóbulo de la oreja. De sus labios brotó una frase inverosímil, pero sincera:

–Es que no lo recordaba.

La doctora Perea trató de encubrir un brote de contrariedad, un principio de irritación con una forzada sonrisa, técnica de disimulo para la que no se encontraba particularmente dotada.

–¿Qué quiere decir? ¿Que no recordaba haberlo matado?

–En ese momento... no. Es absurdo, lo sé. Creo que lo recordé un poco más adelante. Quizá al día siguiente. O puede que esa misma noche. No estoy seguro. No estoy nada seguro. Es demasiado extraño, y comprendo que usted no pueda creerme.

–Bien... –dijo la doctora, después de una profunda inspiración, seguida de una exhalación igualmente prolongada–, bien... Intento creerle. Intento comprenderlo. Pero entonces, explíquemelo... con sus propias palabras. ¿Quizá su amigo sobrevivió? ¿Es eso? ¿Cree que no se quedó en aquel río?

–Sí –concedió Beltrán, después de respirar a su vez profundamente–, supongo que ésa es la única explicación, ¿verdad? No creo que haya ninguna otra.

–Es posible... Puede que, si me cuenta con detalle lo que sucedió cuando Amando se presentó en su casa, si me cuenta lo que ocurrió durante los días inmediatamente anteriores a la muerte de su esposa, quizá llegemos a alguna conclusión. Podría servirle para clarificar sus recuerdos. O... no sé... para variar su apreciación de las cosas. Para verlas de otra forma.

Beltrán empezaba a sentirse casi más culpable por no ser capaz de explicar todos aquellos sucesos que por su ominosa participación en ellos.

Escenificó su resignación (se encogió de hombros, arqueó las cejas, ensambló las manos) antes de comenzar el relato que la doctora le solicitaba:

–Como... como les dije ayer, Amando no había cambiado mucho. Supongo que yo estoy envejeciendo bastante peor. La situación fue extraña y familiar al mismo tiempo. Me cuesta explicarlo. Él se presentó en casa aquella tarde, sin aviso previo, y yo no veía la forma de reaccionar. De algún modo era como si no hubieran pasado los años. Como si todavía estuviéramos en Venezuela. Aunque él no quería hablar de eso, y no hacía más que repetir que no había venido a reclamar nada, sino simplemente a verme. Y, en todo caso, a echarme una mano con mis problemas. Le pregunté qué era lo que sabía él de mis problemas. No me respondió. Sonrió y cambió enseguida de conversación. Primero dimos una vuelta por toda la casa. Luego visitamos el garaje. Amando no había visto el Stalker. Compré el batiscafo en un viaje posterior a Panamá, ya con Marian. Eso fue dos años después de mi regreso de Venezuela. Amando no conocía ese capricho mío, y

parecía completamente deslumbrado. Dijo que era la mejor idea que había tenido, exceptuando la de asociarme con él y romper luego esa asociación. Noté el vitriolo de sus palabras. Estaba claro lo que quería decir. Pero no había en aquellas indirectas amargura ni reproche. Parecía una broma, un simple toque de humor negro. Nada más.

–Pero entonces –lo interrumpió la psiquiatra– en ese momento ya había recordado. Quiero decir... ya era consciente de lo que había pasado años atrás.

–Es difícil precisarlo –respondió Beltrán, inclinando por un momento a un lado la cabeza–, más bien diría que empezaba a serlo... en parte. De una manera indirecta. Como el que despierta de un sueño agradable a una pesadilla sólida y real. Como el que no quiere... darse cuenta de algo.

–Y usted invitó a su amigo a hospedarse en su casa. A pesar de todos esos sentimientos. A pesar de esos sentimientos tan tortuosos que su presencia le provocaba.

–Bueno... no exactamente. No se puede decir que lo invitara. No lo invité de un modo formal. Fue más bien algo que surgió espontáneamente. Recuerdo que era martes por la tarde. Estaba solo. No esperaba a Alicia hasta el jueves o el viernes. Ella estaba fuera por motivos de trabajo. En Melbourne, me parece. Alicia es una ejecutiva de una multinacional de productos de estética, ¿sabe? Cosmética y todo lo demás... Así que no es nada raro que viaje. De modo que no había problema por ese lado. Quiero decir que no tenía que darle explicaciones a nadie. El asunto ni se planteó. Los dos dimos por sentado que él pasaría la noche en casa. Hacía más de quince años que no nos veíamos. A Alicia y a mí nos sobraban cuatro, cinco dormitorios. Ni siquiera estaba el chico... Acababa de volver con su madre, después de pasar todo el verano con nosotros.

»En fin... Amando y yo estuvimos charlando hasta muy tarde. Antes de que nos diéramos cuenta, eran ya casi las cuatro. Le ofrecí una habitación en el piso de arriba, pero él la rechazó. Dijo que prefería quedarse en el cuarto pequeño que hay junto al garaje. No me extrañó demasiado, porque siempre ha sido así de imprevisible.

»Al día siguiente yo tenía algunos asuntos pendientes en la ciudad. No nos vimos hasta la noche. Había preparado un asado negro. Su especialidad. Yo no había probado aquello en veinte años; así que abrimos dos botellas de vino, y casi bebimos como en los viejos tiempos. Nos fuimos a dormir pronto. El jueves por la mañana regresó Alicia. Amando me había advertido que tenía algo importante que contarme, y me había pedido que bajase al garaje después de cenar con ella...

La doctora Perea hizo en ese momento un expresivo gesto, mostrándole a Beltrán la palma de la mano y tamborileando brevemente en una superficie imaginaria con los dedos.

–¿No se lo dijo? ¿No advirtió a Alicia de la presencia de Amando?

–No había ninguna necesidad. Ya le he explicado que nuestra casa no es un bungalow con cocina americana. Son trescientos metros cuadrados. Dos plantas. Yo sabía que ella probablemente no bajaría al garaje hasta el fin de semana... Además, no tenía por qué darle explicaciones. Nuestro acuerdo... estábamos de acuerdo en respetar nuestra

independencia. La verdad es que vivíamos bajo el mismo techo y poco más. Y es un techo suficiente para acoger a varios invitados, se lo aseguro.

–No se trata de eso... Reconocerá que es algo... como mínimo llamativo.

–Sólo puedo contarle lo que pasó. Era una situación imprevista. Yo estaba... desorientado. ¿Y qué podía decirle? ¿Que había venido a verme un amigo al que maté en Venezuela?

La psiquiatra torció el gesto y se aclaró la garganta antes de continuar. Carraspeó dos veces. En verdad no parecía muy satisfecha con aquella justificación, pero decidió abordar otro aspecto del problema.

–Dígame, ¿cómo le reveló Amando las maniobras de su mujer para arrebatarle su patrimonio, la custodia de su hijo...? Quiero decir... ¿qué le contó exactamente? ¿Cómo podía tener él toda esa información?

–Llevaba tiempo rastreando mi pista. Se había informado bien. Conocía mi situación. Creo que incluso había hablado con un antiguo empleado mío. Si quiere le daré el nombre. Pueden preguntarle. Es posible que él sepa algo más...

–Bien... quizá lo hagamos. Estaba diciendo que Amando le pidió que bajara al garaje.

–Sí... Alicia estaba agotada y se acostó pronto. Entré en nuestro dormitorio para comprobar que dormía. Y después bajé por las escaleras hasta el sótano. Él me esperaba dentro del Stalker. El garaje estaba oscuro, pero había luz en el batiscafo. No sé si sabe cómo es un batiscafo... –la doctora se encogió de hombros–. Bueno... la verdad es que no importa. Imagínese un cilindro, como una lata de cerveza o algo parecido. Un cilindro del tamaño de un utilitario pequeño, con una especie de burbuja, o de semiburbuja en la parte inferior, como incrustada en uno de los extremos. Se accede por una escotilla situada en la parte de arriba. El Stalker está instalado en una especie de plataforma, a metro y medio del suelo más o menos. Y cuesta bastante llegar a su interior. Mantengo funcional la batería interna para poder encender la luz del habitáculo. Estas cosas me divierten. Imagino que a usted le parecerá una chiquillada...

–Es un hobby, supongo, como otro cualquiera –desmintió comprensivamente la doctora y, sonriendo, añadió:– una amiga mía colecciona todavía marionetas. Lo hace desde que era una niña.

Complacido y animado por tan indulgente comentario, Beltrán continuó:

–Todo lo relacionado con el mar me ha interesado siempre. Sus enigmas. La exploración de las profundidades abisales... Amando y yo siempre hemos compartido algunas aficiones, ya lo ve. El dinero, las máquinas extrañas... Hay unas cuantas cosas que nos gustan con locura a los dos. Estaba encantado con el Stalker. Y supongo que por eso me esperaba allí dentro. Debo decir que meterme en el batiscafo cuando estoy solo me pone un poco nervioso. Pienso que la escotilla va a cerrarse por accidente, y que va a quedar bloqueada. Imagino que alguien me encontrará convertido en un esqueleto varios años más tarde. En fin... una tontería, pero no puedo evitarlo. Se lo digo porque recuerdo haber notado esa sensación de claustrofobia. Me resultaba desagradable

meterme allí con él, pero no le dije nada. Apenas hay espacio para dos personas. Uno casi no puede moverse, ¿sabe? Hay que sentarse en una especie de banqueta, con un respaldo mínimo. Y para mirar hacia el exterior, a través de la escotilla acristalada, tienes que agacharte, porque está situada más o menos a la altura de las rodillas, y no es nada sencillo.

»Perdone... ya estoy otra vez con los detalles... La cuestión es que estuvimos hablando allí dentro un buen rato. Una hora. Dos horas. No lo sé. Volvió a explicarme que había regresado de Venezuela hacía unos meses y que no le había costado mucho encontrarme. Insistió en que daba el pasado por zanjado, por olvidado, y que no tenía nada de lo que preocuparme que no fuesen mis propios problemas. Volví a preguntarle qué era lo que sabía él de mis problemas. Me explicó entonces, con la mayor naturalidad, que lo sabía todo, pero que no quería que le preguntara cómo lo había averiguado. No era ningún farol. Enseguida me lo demostró. Incluso sabía cosas de las que yo no tenía noticia. Me explicó de qué forma los abogados de Marian estaban planeando utilizar contra mí aquel accidente en el que se vio involucrado Fabio. Me explicó los planes que ella tenía para arrancarme la mayor parte de lo que habíamos compartido. Reconozco que encendió en mí un odio como nunca lo había sentido hacia nadie. Odio hacia Marian, claro.

–Y después, le reveló un plan perfecto para librarse de ella.

–Sí... Y ya sé que resulta incomprendible, pero es lo que pasó exactamente. Yo no entendía tampoco cuáles eran sus intereses en todo eso, pero me daba cuenta de que sus cálculos estaban muy meditados. No había la menor debilidad en su argumentación. Me engañé a mí mismo. Supuse que tal vez querría volver a asociarse conmigo... de alguna manera. Pensé que si era dinero lo que buscaba, a cambio de una buena idea para librarme de mi esposa, no me importaría dárselo. En ese momento llegué a odiarla como no había odiado a nadie jamás. Pero no era eso. Claro que no. No era dinero lo que buscaba.

Beltrán cruzó las piernas y miró alrededor, con los ojos muy abiertos, como si estuviera escuchando un sonido difícil de identificar. En el semblante de la doctora Perea parecía adivinarse, entre tanto, una expresión benévola, más bien compasiva, dentro de la muy restringida gama de disposición de los músculos faciales que se consentía. Durante uno o dos minutos guardaron silencio. En apenas un cuarto de hora, la gran cúpula azul que cubría el parque y el edificio del clínico había sido invadida por dispersas y ligeras nubes blancas, como torundas de algodón que tamizaban la luz solar haciendo variar su intensidad a cada instante. La psiquiatra miró con rapidez su muñeca y se inclinó hacia delante, metiendo los antebrazos entre los muslos.

–Es mi hora de consultas externas –explicó–, vamos a tener que dejarlo por ahora. Pero antes me gustaría que me aclarase algo. Después de la muerte de su esposa... usted nos ha referido una serie de... situaciones en las que su amigo Amando estaba

involucrado. ¿Eso significa que él se quedó a vivir en su casa durante todo ese tiempo? ¿Sin que su compañera notase nada extraño?

–Bueno... Amando no estaba en casa de manera permanente, ni mucho menos. Desaparecía durante horas. A veces durante más tiempo. Luego, de vez en cuando, se presentaba por la noche. Siempre muy tarde, cuando Alicia ya estaba acostada. Y entonces yo lo acompañaba al cuarto auxiliar del garaje. Solía dormir allí, como ya le he contado.

–Pero ¿le pidió algo? ¿Lo chantajeó de alguna manera? Y si no... ¿Qué lo impulsó a usted a confesar su crimen... su supuesto crimen a la policía?

–Mi crimen no es supuesto, doctora. Yo pagué a los asesinos de mi mujer, como ya les he explicado a ustedes varias veces; siguiendo milimétricamente el plan de Amando para acabar con ella. Y como también he repetido, salió todo muy bien. Tampoco hubo un chantaje en el sentido convencional. Quiero decir que no hubo un chantaje económico. Si me entregué a la policía fue... por otras razones.

La psiquiatra juntó entonces las palmas de las manos, apoyando los codos en los muslos y la barbilla en los pulgares. Miraba a su paciente con cierta intensidad, pero ahora todo vestigio de impaciencia o disgusto había desaparecido de su semblante, el cual tan sólo reflejaba una curiosidad muy viva. Beltrán no pudo dejar de notar la sensualidad de los caballones de tenue y rosada piel que recubrían los huesos de sus hombros y sus clavículas. Se fijó, asimismo, en el pálido y pecoso escote, muy fácil de inspeccionar gracias a una bata demasiado abierta.

–Pues dígame, por favor –se animó ella por fin a interrogar–, cuál fue la razón.

En el límite del jardín, cerca de la garita del guardia, junto a la puerta del recinto, había una familia que parecía entretenerse con algún tipo de curioso juego. Eran siete u ocho personas que formaban un corro. En el centro de ese corro había una niña pequeña, con un vestido azul, que se tapaba la cara.

–La razón fue el miedo... –declaró Beltrán, con una sonrisa indecisa en sus labios–, pero le hablo de un miedo de una clase especial. De ese miedo que hace que se piense en la muerte como en un refugio. Un tipo de miedo que hace desear que la muerte sea de verdad el final de todo.

Noche en el clínico (2)

Se había familiarizado ya con aquel cuarto hasta tal punto que le parecía que llevaba muchos meses, o incluso años, durmiendo allí, y no solamente los últimos nueve o diez días. Repasó mentalmente la cuenta. Era precisamente su novena noche, si no estaba equivocado; y en cierto modo se sentía a salvo. Comenzaba a considerar el hospital una especie de refugio inexpugnable para las fuerzas del mal. Las fuerzas que, tan insidiosamente, lo habían estado acosando durante casi toda su existencia. En realidad no echaba mucho de menos a Alicia, ni añoraba tampoco lo más mínimo la suntuosa residencia en la que había vivido los últimos quince años. Nunca llegó a ser de verdad su casa.

La doctora Perea lo había citado al día siguiente en su despacho, a las doce y media. «El miedo... –había repetido ella, al final de su conversación de aquella mañana al aire libre, mientras consultaba el reloj otra vez– se refiere a su amigo Amando, supongo...» Beltrán permaneció en silencio y no dejó traslucir el menor signo que pudiera interpretarse como negación o asentimiento. La doctora ya se había puesto en pie, y había repetido que debía ir a pasar consulta. Pero antes de marcharse le preguntó todavía si recordaba dónde estaba su despacho. Y aunque él esta vez sí asintió con claridad, ella remachó las indicaciones necesarias: «En la tercera planta. Verá mi nombre en la puerta...». Después de eso, se dio la vuelta y se alejó.

Beltrán decidió exactamente en ese instante, y de modo inconsciente, que era una mujer extraordinariamente hermosa. Lo era, claro, en su particular estilo de valquiria famélica, de vestal científica preocupada por no mostrar el más mínimo punto vulnerable. Pero en el fondo era cálida y dulce. De eso ya no le cabía la menor duda. Estos pensamientos lo avergonzaron de inmediato. ¿Acaso se estaba enamorando de la doctora Perea? ¿Se estaba enamorando de su médico? ¿Había algo más trillado, más típico de un adolescente y más ridículo en el mundo? No estaba dispuesto a tolerar tal deriva de sus sentimientos. Sabía que eso socavaría demasiado la poca dignidad que había conquistado a duras penas para sí mismo, después de haberse entregado y autoinculcado del asesinato de su esposa. Si asumir la responsabilidad moral y legal había sido el primer paso para empezar a respetarse, el dominio de los propios impulsos constituía una obvia condición de cualquier forma de madurez plena. Algo tan elemental, que le daba vergüenza el mero hecho de tener que pararse a pensar en ello.

Y sin embargo, ¿qué había de malo en que le resultara grato pensar que al día siguiente

volvería a entrevistarse a solas con la doctora Perea? ¿Qué tenía de vergonzoso el mero dato de que encontrase más agradable su compañía que la de los otros médicos? Después de todo, entre mujeres y hombres de una edad próxima era natural –pensaba Beltrán, con los ojos abiertos y fijos en los dos renglones y medio de guiones luminosos que había en la persiana–, era natural que siempre hubiese una cierta tensión sexual. Y contra la naturaleza, ya se sabe que no vale la pena luchar. Llegó consigo mismo al acuerdo de que se permitiría disfrutar, sin íntimo oprobio, de la compañía de la doctora; siempre y cuando quedase perfectamente claro, en todo caso, que no iba a dar ningún paso fuera de los límites de la más estricta cortesía y de la colaboración que formaba parte de sus obligaciones como paciente. Y gracias a ese acuerdo tardío (debían de ser las dos, o quizá las tres, y a las nueve ya lo esperaban en el comedor para desayunar), logró por fin conciliar el sueño.

Noche en casa

La doctora Ana Perea cruzó el salón con la botella de plástico de litro y medio llena de agua hasta casi el límite de su capacidad, y salió con ella al pequeño balcón. Llevaba puesto un chándal, y una rebeca sobre los hombros. A pesar de esa protección, notó el mordisco del frío en la nuca al agacharse, y se encogió un poco. Con la mano libre aferró las mangas de la rebeca para protegerse el cuello, y después fue echando agua en las macetas, una por una. Luego, con la botella vacía en la mano, se quedó respirando la fresca y áspera noche que la rodeaba. Era una oscuridad imperfecta, crepuscular todavía y algo violácea. Noche reciente, salpicada de luces por todas partes y de sonidos remotos.

A unos cien metros, había un edificio alto, como de catorce o quince plantas, y en una de las ventanas podía apreciarse cierta escena con la que estaba ya bastante familiarizada. Las protagonistas eran dos mujeres mayores. En realidad, una mujer mayor y una anciana. Discutían. Siempre discutían. Con grandes aspavientos. Seguramente a gritos, aunque ella no podía oírlos. Era una especie de pequeña obra de teatro, a base de pura mímica, que presenciaba casi a diario. La más joven desapareció de pronto en el interior de la casa, e inmediatamente después, como si se tratase de una consecuencia directa de la reyerta que acababa de tener lugar, reapareció armada con un mocho. A continuación, sacó medio cuerpo por la ventana para golpear la barandilla del balcón contiguo y espantar a los pájaros que allí anidaban. Su actuación fue tan expeditiva que la doctora llegó a temer que pudiera caerse, pero no ocurrió nada. Terminada la operación, la mujer volvió adentro y corrió las cortinas. Debían de causarles molestias aquellos pájaros.

Ella regresó al interior de su propia casa y puso la calefacción al máximo. Se descalzó y se arrellanó en el sofá. Tomó un libro de la mesa auxiliar de cristal y encendió el flexo de la lámpara de pie que tenía justo detrás. Apenas había empezado a leer cuando, sin que llegara a luchar para evitarlo, sus ojos se zafaron de las débiles cadenas de tinta y volaron hacia el mobiliario, hacia la decoración un poco adolescente, un poco naíf de su apartamento: los cactus, el Tintín sedente de escayola, el tapiz africano, el guiñol y las marionetas que guardaba en su dormitorio. Pensó en su divorcio, en la muerte reciente de su madre. Apenas dos ráfagas tristes, como si al levantar la vista del libro hubiera abierto por descuido alguna ventana o claraboya.

Recordó aquella última cena en compañía de su ex marido, en un restaurante que

siempre les había gustado mucho a los dos, una semana después de haber concluido los últimos trámites del divorcio. Fue una propuesta de él. Algo extravagante acaso, pero muy civilizada. «Para terminar bien, con buen sabor de boca... y quedar como amigos», le había dicho por teléfono. Y no le extrañó demasiado: todo había sido siempre tan racional entre ellos... Después de los entrantes y antes del plato principal hubo algunas confidencias por su parte, a modo de explicaciones extemporáneas, aderezadas con unas prudentes gotitas de *mea culpa*: «Si hubiéramos tenido más tiempo libre... –le dijo, amasando con los dedos una miga de pan y mirando fijamente la vela encendida del centro de mesa–, pero nuestras profesiones son demasiado absorbentes, ¿verdad? De todas formas, puede que tengas razón. Puede que yo no sea muy comunicativo. Creía que eso no te importaba tanto. La verdad es que necesito toda mi independencia. No sé vivir de otra manera. Ahí no me veo capaz de ceder».

A los postres ella confirmó aquellas reflexiones de carácter autoinculpatorio: «Es verdad eso que has dicho antes. Lo de que no te has esforzado nada en la comunicación –dijo Ana Perea, ya de pie y con el bolso al hombro, mientras cogía rápidamente con la mano un buen puñado de la macedonia de frutas asadas con helado de nata y galleta de naranja que aún quedaba en la fuente, y se lo restregaba por la cara–, y te agradezco mucho que lo reconozcas –añadió, limpiándose la mano despacio con la servilleta–, aunque sea tan tarde». Luego, la tiró sobre un plato hecha un burujo y salió del restaurante con las mejillas incendiadas, sin esperar a que les llevaran la cuenta. Había dejado, eso sí, algo de dinero en la mesa.

Después de sonreír en su interior (una sonrisa amarga) evocando aquel infantil desahogo, había comenzado a pensar en su paciente, cuando alguien puso la música demasiado fuerte en el piso de arriba. Dejó el libro a un lado y notó cierta humedad en las comisuras de los labios. Sin pensarlo, se relamió con la punta de la lengua. Sólo al notar el sabor salobre de las lágrimas cayó en la cuenta de que estaba llorando.

Sesión cuarta

Sesión cuarta

Aquel despacho era un cuarto de no más de dos metros y medio por tres, desde cuya ventana de triple hoja se divisaba una pequeña porción del mismo parque –la porción correspondiente a un flanco del edificio– en el que había tenido lugar la entrevista anterior. Se divisaba en la medida en que lo permitían las hojas de un eucalipto, ya que algunas de sus ramas podían muy bien alcanzarse con sólo abrir aquella ventana y extender un poco el brazo.

–Me decía ayer... –comenzó la doctora Perea, todavía concentrada en algún elemento de la pantalla de su portátil, situado en alto a un lado de su mesa–, me decía –pulsó un par de teclas y se volvió hacia Beltrán con un aire de circunspecto estupor– que el miedo fue lo que lo llevó a entregarse a la policía...

–El miedo, sí. Pero no miedo a Amando, como usted supone. O no principalmente a él. Más bien... miedo a mí mismo. A lo que quería hacer él de mí. Miedo a... aquello en lo que estaba intentando convertirme.

La psiquiatra entornó los ojos y colocó las manos –muy cerca una de otra, con los dedos extendidos– sobre el escritorio de formica.

–¿Y en qué estaba intentando convertirle... si puede contármelo?

–En lo que es él, supongo... –Beltrán se puso de pie y se aproximó a una estantería en la que había unos veinte o treinta volúmenes encuadernados en tapa dura. Leyó algunos de los rótulos plateados: *Histología II*, *Psicología evolutiva*, *Psicología fisiológica*–. Después de la muerte de Marian, inmediatamente después... yo me sentía... Me había librado de todos mis problemas, ¿comprende? O eso era lo que pensaba. Vinieron a casa un par de detectives de la policía. Me hicieron algunas preguntas rutinarias. Unos diez minutos. No más. Esa misma tarde, Alicia me preguntó, medio en broma medio en serio, si había tenido algo que ver con el asunto, cosa que yo negué rotundamente. En fin... Todos parecían sospechar de mí mucho menos de lo que yo había supuesto que sospecharían. Todo parecía muy sencillo. Así que me sentía optimista. Tranquilo. Casi del todo feliz... como hacía mucho que no me encontraba. Dos noches después, Amando apareció por casa. Alicia estaba otra vez de viaje. Había tomado un vuelo aquella misma mañana a los Estados Unidos. A Baltimore, creo. Era un martes o un miércoles, si no me equivoco. Amando parecía tan satisfecho como yo. Lo celebramos por todo lo alto. Fuimos al centro. A un buen restaurante. Y a un par de locales que hacía tiempo que no

visitaba. Ahora me parece ridículo, pero la verdad es que me sentía de alguna manera... rejuvenecido.

–¿Y por qué le parece ridículo ahora? –lo interrumpió la doctora.

–Me parece ridículo por lo que sucedió luego, claro. Por lo que empezó a pasar... muy pronto. Me parece ridícula mi ingenuidad. Mi conducta... la encuentro más propia de un veinteañero que de alguien con mi experiencia. Debí sospechar algo mucho antes. ¿Recuerda lo que les conté sobre el incidente en la pescadería? Hasta ese momento no empecé a darme cuenta de... de lo que me esperaba. Del peligro en que vivía. Pasaron otras cosas durante esos días. Los días siguientes. La siguiente semana. Por ejemplo, el asunto del delfín... en la galería Goldmare.

La doctora seguía el relato de Beltrán con una atención tan absoluta, y tan claramente plasmada en un severo y concentrado gesto, que la más leve mueca de sorpresa en su semblante se convertía en una especie de exclamación o de interpelación estridente.

–Sí... le parecerá algo descabellado. Cómico, incluso. Pero no hay nada cómico en todo esto, se lo garantizo. Para mí no lo hay... –Beltrán se tomó un respiro antes de continuar. Había vuelto a sentarse y se examinaba las manos como si intentara descifrar en ellas su destino. O su pasado.

–Me dijo que quería que hiciera arder el delfín delante de los niños. Un delfín de goma... el anuncio de un parque acuático, ¿sabe? Bueno... en Caracas hacíamos cosas así. Bromas... gamberradas... como quiera llamarlo. A veces, casi delictivas. Pero a nuestra edad... Me parecía totalmente grotesco, indecente... Y lo peor era que lo decía totalmente en serio. Quería que entrara en el recinto del hipermercado y que comprara un líquido inflamable. De verdad quería que prendiera fuego al delfín. Le dije que no me apetecía que me rompiera los huesos con su porra algún guardia jurado. Le dije muchas cosas, pero era inútil: no aceptaba excusas.

Beltrán hizo una pausa y sonrió al observar cómo, a pesar de su esforzada impasibilidad, el asombro se evidenciaba cada vez más en el rostro de la psiquiatra, igual que una mancha de vino extendiéndose despacio en un blanco mantel de hilo. En realidad, no le importaba que lo creyese o no. Pensaba ser fiel a su propósito de no ocultarle ninguna información. No dejaría de contestar a nada, y no evitaría ni siquiera los detalles más herméticos y más escabrosos.

–¿Y lo hizo? –preguntó ella por fin, con un gesto ahora más bien de incomodidad.

–Compré unas tijeras y rajé el delfín por un costado. Se conformó con eso. Pero imagínese: las madres gritando, los niños llorando... Algunos chicos algo mayores que había por allí debieron de pensar que se había abierto la veda. Lo digo porque volcaron la caseta de información. La volcaron con el azafato dentro. El pobre hombre tuvo que escapar a gatas, mientras los gamberros le azotaban la espalda con los cinturones que vendían en un puesto cercano. Entonces aparecieron los guardias de seguridad y los chicos salieron de estampida. También yo. Afortunadamente había mucho público a aquella hora, y conseguí escabullirme entre la gente. Bajé al aparcamiento a la carrera.

Estuve a punto de pegarme con uno en las escaleras mecánicas, porque había empujado a su novia o... no sé bien lo que pasó... Perdí de vista a Amando. Volví a casa solo, y él no apareció por allí hasta última hora de la tarde...

–Pero... ¿por qué? ¿Por qué cree que él...?

Contarlo todo, sí. Éste era su sincero propósito. Sin embargo, qué difícil sería, no ya explicar, sino simplemente relatar algunas cosas. Recordó la sensación áspera y fría, en su mejilla, de la gruesa lona de una enorme carpa blanca en medio de un solar; de noche, junto a las vías. La boca de Amando susurrándole, tan próxima que el aire tibio de su aliento le hacía cosquillas en el conducto del oído: «Siempre has deseado ver lo que hay al otro lado... Mira ahora». Aplicó un ojo a la rendija. En el centro del gran círculo iluminado había un taburete y, sobre él, la fea cabeza de un muñeco con los ojos vacíos. Una cabeza que estaba siendo picoteada por un pájaro. De pronto, en la cara de plástico aparecía una mueca, y le sobresalía por la estrecha abertura de la boca una lengua amoratada, casi negra. Al volverse, encontró a Amando sentado en un cajón. Tenía sobre las rodillas un estuche de madera del que extraía, uno por uno, pequeños juguetes. Los hacía girar con los dedos delante de sus ojos y luego volvía a guardarlos. Un jefe de estación vestido de azul. Un niño con un perro. Un depósito de agua. Una locomotora antigua.

–¿Por qué su amigo le pedía esas cosas tan infantiles y... tan extrañas? ¿Era una especie de juego?

–Todo era un juego, sí. Para él todo era un juego. Aunque eso no suponía una novedad. Porque siempre había sido así. Lo nuevo era lo que había preparado: su segundo plan. Su plan secreto. Quiero decir que esas peticiones... no eran totalmente caprichosas como yo suponía. Se trataba de una especie de preparación. Todo estaba dirigido a un fin concreto. Como en un ritual. Pero primero pasó algo que me desconcertó... que me desconcertó más todavía, si cabe. Y ahora veo que también formaba parte de su plan. Amando desapareció. Pasamos una tarde de domingo jugando al ajedrez, mirando viejas fotos, bebiendo hasta muy tarde... Y el lunes ya no estaba. Eso fue a mediados de octubre. No puedo decir que desapareciera sin dejar rastro, porque en su cuarto del garaje encontré una bolsa de nailon. Una bolsa marrón, grande, con varias cremalleras y bolsillos. Aunque por otra parte esa bolsa hubiera podido pertenecer a cualquiera. Dos días más tarde la registré y no encontré nada personal. Nada que pudiera relacionar específicamente con Amando. Había... lo que cualquiera se llevaría para viajar: ropa, un pequeño neceser con útiles de aseo... Pero eso no fue hasta el miércoles. Al principio, su ausencia no me extrañó en absoluto. Ya le he dicho que Amando salía con frecuencia sin decirme nada, sin advertirme. A veces durante un día entero, o incluso más. No me daba explicaciones. Luego, cuando regresaba, casi siempre por la noche, tampoco me contaba dónde había estado. Así que hasta el miércoles o el jueves no comprendí que esta vez era distinto. Y cuando me di cuenta, empecé a sentirme inquieto y a hacerme preguntas. Pero no daba con ninguna respuesta. Entonces Alicia notó que

estaba más nervioso de lo habitual, y también empezó a alterarse. Había mucha tensión entre nosotros. Hacía tiempo que no estábamos bien... Ya les hablé de eso... creo. El caso es que Alicia y yo tuvimos una fuerte discusión... el jueves por la noche.

–¿Y ésa fue la causa de que ella se marchara...?

–Bueno... fue la gota que hizo rebosar el vaso. La verdad es que Alicia nunca había dejado de pagar el alquiler de su apartamento. Aunque llevábamos unos tres años juntos y habíamos hecho algunos planes... como ya le he explicado, ella no quería renunciar a su independencia. No sé cómo describir exactamente nuestra relación. Al principio pensé que me había enamorado. Nos conocimos en un hotel de Helsinki. Se dieron dos o tres casualidades... Me descubrió intentando entrar en su cuarto, por error. Luego, coincidimos en el bar... en el solarium... descubrimos que nos divertíamos, que lo pasábamos bien juntos. Era guapa y... supongo que me interesaba su juventud, su energía. Y me imagino que a ella le interesaba mi dinero. Aunque debo reconocer que comparada con Marian se ha portado como una monja con voto riguroso de pobreza. No sé. No sé qué fue lo que empezó a ir mal. Ni cuándo.

–Me estaba contando que esa noche discutieron...

–Sí... Todo empezó... empezó por una tontería, por supuesto. Había muerto un pez del acuario, y yo, la verdad, no me había dado cuenta. No sé por qué, eso la enfureció. Me acusó de estar bebiendo demasiado (sinceramente, creo que exageraba), y de no prestar atención a nada de lo que a ella le importaba. Dijo que era imposible hablar conmigo, que me estaba convirtiendo en un borracho, en un amargado y... no sé qué más. Todo eso me resbaló bastante, la verdad; pero cuando añadió que era un mal padre, aquello sí que me enfureció. Me pareció injusto. Después de la muerte de Marian, Fabio no había querido venir a vivir con nosotros, y yo no quise forzar las cosas. Llegamos al acuerdo de que pasaría una temporada en casa de un amigo. Hasta diciembre. Los padres de ese chico estaban de acuerdo. Y yo pensé que sería bueno para él tener algo así como... un periodo de transición. Quería evitar forzarlo a venir... forzarlo a nada. Quería darle tiempo, ¿comprende? Pero Alicia me acusó de desentenderme de mi hijo. Y eso fue lo que me sacó de quicio. Entonces perdí los nervios y me puse a gritar y a romper cosas. No aguanto que me dé lecciones sobre mi hijo. Y mucho menos que me juzgue. En fin... se lo puede imaginar. Nos dijimos de todo, y ella se marchó por la mañana. Después hemos hablado por teléfono. Una vez. Ni siquiera ha venido a verme.

–Alicia se marchó... –resumió la doctora Perea, que de vez en cuando garabateaba algo en su cuaderno de espiral con tapas rojas–. ¿Y qué pasó después?

–Después... después empecé a caer en una especie de pozo de confusión. Me había quedado solo. Solo del todo, en medio de un vacío enorme. Marian había muerto, Fabio ya no estaba, Alicia acababa de dejarme y Amando... Amando había desaparecido, hacía ya varios días. Por la mañana llamé a Durán, mi abogado. Él lleva mis inversiones... en fin... todo. Se encarga de todo. Como les conté el primer día, tampoco en ese asunto estoy en el mejor momento. Los negocios no han ido bien este último año, por culpa de

la crisis. Yo sabía que había problemas, pero no quería enterarme de nada. Durán me dijo... y para qué llamas, si no quieres saberlo. Y desde luego tenía razón. La verdad era que lo había llamado simplemente para oír una voz familiar. Para hablar con alguien conocido. Aunque tampoco le di esa explicación. Simplemente le dije que confiaba en él. Y que sabía que haría lo mejor para mis intereses. Por la noche fui al puerto de San Juan. Quería estar solo. Ver el mar. Respirar un poco. Quería poner mis ideas en orden. Porque no entendía nada. Nada de nada. Empecé a tener ocurrencias muy raras. Empecé a pensar, por ejemplo, que Amando nunca había pisado mi casa. Era como si de pronto... lo que ocurrió en Venezuela, en el Caroní, se hubiese vuelto demasiado real, demasiado cercano. Y en cambio, lo otro, su visita inesperada, y todo lo que había pasado durante los últimos días, fuera simplemente un sueño, o una especie de alucinación. Algo imaginario. Pero...

—Pero Amando volvió.

Beltrán se sorprendió mucho de aquella certera anticipación de la doctora. La miró sin pestañear durante cuatro o cinco segundos.

—¿Ya se lo había contado?

—No, pero usted nos pidió que, si un tal Amando venía a visitarlo, no lo dejáramos entrar, ¿se acuerda? Insistió mucho en eso. Nos dijo que no quería ver a nadie, excepto a su hijo. Me imagino que si no hubiera reaparecido, si no lo hubiese visto recientemente, no tendría ese temor. Ha sido una suposición, nada más. Perdona la interrupción. Continúe. Estaba diciendo que se sentía solo, confuso.

—Me sentía solo y tenía miedo, sí. Ésa es la verdad. Miedo a que se descubriera lo de Marian. Miedo a perder la cabeza... a la propia soledad. Estar solo a mi edad empieza a ser muy difícil. Además, tenía la sensación de que no me podía fiar de mi memoria, de mis propios recuerdos. Y temía venirme abajo en cualquier momento. El viernes por la noche llamé a mi hermana Lourdes. Hacía uno o dos años que no hablaba con ella. Vive en Tenerife y apenas nos vemos. Por supuesto, no le conté ninguno de mis problemas. Ella no sabe nada de mis asuntos. No sabe nada de mi vida. La verdad es que nunca nos hemos llevado muy bien. Pero, a pesar de todo, esa conversación me ayudó a recuperar en parte el equilibrio... Ese fin de semana lo pasé en la sierra. En un hotelito rural que había descubierto con Alicia. Me dediqué a pensar y a andar por la montaña. Nada más. Necesitaba tranquilizarme. No volví a la ciudad hasta el lunes. Por lo menos en el hotel conseguí recuperar el sueño, así que al volver a casa me encontraba algo mejor. Dejé el Jaguar en el garaje. Subí por la rampa. Estaban el jardinero y la chica que viene a limpiar a diario. Se llama Luisa. Me alegré de verla allí. Estuvimos charlando un buen rato, dentro de la casa. Una hora, más o menos. Le gusta hablar de sus cosas, y... la verdad, en ese momento a mí me apetecía escucharla.

Una risa muda y convulsiva sacudió el pecho de Beltrán, que movió negativamente la cabeza y echó el tronco hacia delante, sentándose casi en el borde de la silla con los antebrazos apoyados en los muslos.

—Supongo que me compadecía —continuó, mirando con una sonrisa cuarteada a la mujer que tenía enfrente y que era su médico—, creo que quería hacerme compañía. Y yo me dejé acompañar. Cuando se está como yo estaba, uno tira el orgullo por el váter. Cualquier cosa vale para no quedarse solo. Pero claro... se hizo tarde. Luisa se marchó a las cinco o así... Se había quedado una hora más que de costumbre, y ya era prácticamente de noche. Por el cambio de hora... Entonces volví a ponerme nervioso y acabé bebiendo. Me quedé dormido delante de la televisión. Esto se repitió varios días. No sé exactamente cuántos. Era siempre más o menos la misma historia: me emborrachaba y Luisa me encontraba por la mañana en un estado... supongo que deplorable. Entonces me ayudaba a asearme, hablaba conmigo, procuraba animarme. Estaba empeñada en que fuese al médico. Me lo repetía mil veces, aunque yo no quería ni oír hablar del tema. Cuidaba de mí. Es verdad que yo le daba más dinero que de costumbre, propinas... No sé ni cuánto. Pero no creo que lo hiciera sólo por eso. Es una buena chica. Para comer me preparaba lo que sabía que más me gustaba, aunque yo no tuviera apetito. Me ayudó a separarme de la botella y, poco a poco, me fui recuperando. Un día me llamó Durán para contarme que las cosas estaban algo mejor. Había cerrado algunas operaciones ventajosas. Me pedía instrucciones. Aquello me alegró. Me estimuló. El caso es que esa misma tarde empecé a ver la luz. De pronto, empecé a pensar con ilusión en viejos proyectos. Me convencí de que era el momento de cambiar de vida, de que aún no era demasiado tarde. Así, dejé de pensar en Alicia, en Amando, en Marian... Los enterré a todos en la misma fosa, dentro de mi cabeza. Fue como si hubiera estado lloviendo a cántaros y escampara de golpe.

Beltrán no se sentía capaz de resumir en pocas palabras, de forma coherente, el caos en que había consistido su vida durante aquellos días, y su lucha feroz, realmente heroica, por salir de él. Sin embargo, la psiquiatra asentía con una convicción casi efusiva, como si comprendiera perfectamente los vaivenes de ánimo que él le describía. Así que decidió seguir adelante sin más explicaciones:

—Entonces, una noche, pasó algo con lo que ya no contaba.

Beltrán cayó en un mutismo involuntario. Se sentía completamente bloqueado, incapaz de continuar. Notó cómo una angustia abrumadora e imprevista lo dominaba. Era como si el terror de aquellas primeras horas en el clínico, el miedo a no estar completamente a salvo, ni siquiera allí, se reactivase ahora al recordar y revivir aquellos acontecimientos.

—Podemos parar... si lo necesita —dijo la psiquiatra, con atenuada calidez. Incluso con un adarme de ternura—. ¿Se siente cansado? ¿Quiere un poco de agua?

Él miró a la doctora Perea con un sentimiento de gratitud, de restringido afecto, y asintió con una débil sonrisa.

—Un poco de agua, sí... estaría bien...

Ella entonces se levantó, y fue hasta un diminuto frigorífico que había junto a la puerta. Parecía un minibar típico de una habitación de hotel.

—Usted puede ayudarme —continuó, mientras la doctora abría el botellín de cristal y se

lo entregaba, junto con un vaso blanco de plástico que sacó de un pequeño armario—, ayudarme a... librarme de todo esto. Y eso es algo que yo sé que necesito hacer. Pero contárselo... es difícil. No porque no confíe en usted. Lo que sucede... lo que ocurre es que, en el fondo, temo no estar seguro todavía, ni siquiera aquí dentro. Temo que lo que pasó pueda repetirse, de alguna manera que no imagino.

Beltrán respiró profundamente. Se arrellanó en su asiento. La doctora Perea ocupó la silla vacía que había a su lado, renunciando al sillón giratorio de cuero negro del otro lado de la mesa.

—Si se siente agotado, por favor, dígame. Estaba contándome que pasó algo. Algo inesperado, cuando ya estaba a punto de recuperarse de su melancolía.

—Sí... Eso fue a finales del mes pasado. Es decir, hace unos... quince días. Estaba a punto de reorganizar mi vida. Empezaba a encontrarme mejor. Aquel día lo dediqué a poner orden en la casa, con ayuda de Luisa. Algunas de las cosas que Alicia había dejado las reuní en un par de bolsas y las metí en uno de los cuartos de arriba. Había hablado con ella la noche anterior, y los dos nos habíamos disculpado. Empecé yo... pero ella se empeñó en echarse la mayor parte de la culpa. Todo muy civilizado. Bueno... quedamos en vernos un poco más adelante. Me parece que los dos necesitábamos dejar las cosas así. La verdad es que no había motivo para separarnos con hostilidad. En fin... al día siguiente, como le digo, estábamos limpiando. Luisa y yo. Ordenando algunas habitaciones. Cuando me llamó la atención una noticia del informativo. No sé por qué se me había ocurrido poner la televisión, y tampoco sé por qué la miré precisamente en ese momento. Hablaban de un niño desaparecido. Un niño de sólo tres años, al que sus padres habían perdido de vista en un centro comercial. Ni se me pasó por la cabeza que aquello pudiera acabar teniendo nada que ver conmigo, claro. A mediodía se marchó Luisa. Encargué comida por teléfono... a un restaurante oriental. Esperé a que me la trajeran escuchando a Brahms. Tenía esa sensación un poco estúpida de haber dado el primer paso para reformar mi vida, o incluso mi alma, por el mero hecho de haber puesto en orden algunas habitaciones. Había decidido ir a buscar a Fabio, por sorpresa, durante el fin de semana. El domingo, posiblemente. No tenía ninguna intención de obligarlo a venir, entre otras razones porque estaba seguro de que no me haría ninguna falta. No me cabía duda de que vendría conmigo voluntariamente. En cuanto tuviese con él una charla de unos... diez minutos. Me sentía eufórico.

»Otra decisión que había tomado aquella mañana era la de vender la casa. Claro que eso iba a ser un poco más adelante... después de Navidad... para trasladarnos a un piso en el centro de la ciudad. Formaba parte de mi nuevo programa: otra novedad para mi nueva vida... la que estaba empezando a construir en mi cabeza con materiales bastante ficticios. Después de comer di un largo paseo por la urbanización. A mi regreso ya había oscurecido. Serían las siete, más o menos. Me di una larga ducha y me puse de casa. Luisa me había dejado bien provisto el frigorífico, así que para cenar sólo tenía que calentarme algo. Después elegiría una buena película. Recuerdo que me apetecía ver algo

truculento y a la vez amable, entretenido pero no banal. Pensé en una de Hitchcock, y busqué en el menú lo que estaba disponible. Encontré *Los pájaros* y *Recuerda*. Me decidí por *Los pájaros*. Cené delante de la televisión, cambiando de canal... sin prestar atención a nada.

»Estaba a punto de llevar la bandeja a la cocina, antes de poner la película, cuando oí algo. Con claridad. Un ruido bastante fuerte que venía de abajo. Como si alguien estuviera lijando o raspando alguna cosa. Cuando se está solo en una casa tan grande y ocurre algo así... uno piensa enseguida en llamar a la policía. Es muy fácil tener miedo. No me avergüenza reconocer que sentí miedo desde el primer instante. Fulminé la imagen con el mando a distancia y me quedé quieto, escuchando. El ruido no paraba. Al contrario: cada vez era más fuerte. Parecía una señal deliberada. Parecía que se trataba de que no pudiera ignorarlo. Casi una especie de llamada. Una llamada desagradable, insistente... Un mensaje claro dirigido precisamente a mí, y desde dentro de mi propia casa, ¿comprende? Lo que quiero decir es que la cosa no empezó con una leve sospecha, sino que fui llamado de un modo inequívoco, brutal. Por supuesto, me refiero a mi manera de percibirlo. Interpreté ese sonido como si alguien estuviera empleándose a fondo con un serrucho, sin otra finalidad que la de hacerse notar. Sin otra finalidad que la de molestarme o asustarme.

»Para llegar a la escalera que baja al sótano hay que atravesar la cocina. Como ya tenía la bandeja entre las manos, decidí llevarla al fregadero de todos modos. Justo acababa de dejarla encima del banco de la cocina cuando el ruido cesó. Tan bruscamente como había comenzado. Es curioso que casi sintiera más ansiedad en ese instante. Al parar el ruido. Porque no se me ocurría ninguna explicación normal para lo que estaba pasando. Me quedé un momento allí de pie. Mirando las cosas que me rodeaban, y que desde luego no tenían nada que ver con aquel sonido: la panera, el microondas, la vitrocerámica, el paisaje canadiense del calendario, el armario rústico... la tetera de porcelana detrás del cristal... Creo que era la primera vez en quince años que me fijaba en esa tetera. Cuando pasa algo inexplicable parece que uno interroga a las cosas familiares, a los objetos de diario, como si ellos supieran algo. De alguna forma te transmiten la seguridad de lo cotidiano. Así que me quedé mirando alrededor como un auténtico idiota, esperando recibir algún tipo de revelación. No sé cuánto tiempo pudo durar ese lapso. No lo sé. El silencio era tan absoluto que cuando se me cayó del plato el envase vacío del yogur y la cucharilla de metal golpeó el suelo de plaqueta, me pareció que lo habrían oído en Marte. Recogí la cucharilla y la dejé con el plato en el fregadero. Arranqué un fragmento del rollo de papel y limpié el pequeño rastro de yogur que había quedado. Cuando estaba tirando las sobras a la basura, volvió el ruido. Incluso más fuerte que antes. Ya era demasiado, así que decidí bajar al sótano, en una especie de... raptó de furia. Un sonido más leve me hubiera hecho temer algún peligro concreto: alguien en casa... un ladrón. Pero aquello me parecía más irracional que peligroso. Así

que sentía la necesidad irrefrenable de averiguar qué lo producía. Y pararlo cuanto antes, a cualquier precio.

»Bajé las escaleras muy deprisa, y cuando encendí la luz del garaje tuve la sensación de que me merecía un par de buenas bofetadas, por no haber sido capaz de imaginar aquella posibilidad. No era la primera vez, aunque hacía bastante tiempo que no sucedía... La puerta de la rampa se había quedado enganchada...

La psiquiatra miró a su paciente, el cual acababa de tomarse un respiro, y lo aprovechaba ahora para terminar de calmar su sed, de una manera obviamente interrogativa. Beltrán depositó la botella sobre la mesa. Exactamente encima del pequeño rodal de humedad que había dejado allí antes. Después se secó los labios con un pañuelo de tela, y reanudó su relato en el punto en que lo había interrumpido.

—Como tiene un mecanismo para cerrarse automáticamente, cuando lleva algún tiempo abierta, cada cinco o diez minutos suena igual que un aserradero en pleno día de trabajo. El mecanismo funciona... pero la puerta sólo se mueve a derecha e izquierda uno o dos palmos. Luego, se para. Y vuelta a empezar, al cabo de unos cuantos minutos. Seguramente, se había estropeado por no haber dejado que se abriera del todo. Por haber intentado cerrarla enseguida con el mando. Por precipitación, en una palabra. Así que la culpa era totalmente mía. Había decidido entrar en la casa por la rampa, al volver de mi paseo, para coger del coche los folletos del hotel de montaña en el que había pasado el fin de semana; y la puerta, claro, debió de quedarse enganchada en ese momento sin que me diera cuenta.

»Por supuesto, no podía dejarla en esas condiciones. La desenganché tirando con fuerza del asidero. Tuve que luchar un rato con ella, hasta que conseguí cerrarla de golpe. Y luego fui a buscar el mando a distancia, para comprobar que el mecanismo no se había averiado del todo. Como pude abrirla y cerrarla con normalidad, pensé que había resuelto el problema. Ya estaba a punto de volver arriba, cuando el Stalker me atrajo con toda su fuerza, con su magnetismo fantástico de máquina de Julio Verne... A un juguete como ése es difícil resistirse, ¿sabe? Si te gustan esa clase de aparatos, no te cansas, aunque lo tengas muchos años. Delante de él te sientes siempre igual que un niño. No te puedes resistir, aunque estés harto de verlo allí, en tu garaje. Aunque hayas estado dentro un millón de veces.

»La cuestión es que subí a la plataforma y me metí en el batiscafo. Sin pensarlo mucho. Se entra por arriba, ya se lo dije. La escotilla está en la parte superior. Hay que conocerlo. A mí no me cuesta nada... Puedo entrar en dos saltos porque lo he hecho cientos de veces... El garaje estaba muy iluminado y no encendí la luz interna. Pensaba salir enseguida y supuse que no sería necesaria. Dejé la escotilla abierta... Entraba luz de sobra. Pero entonces pasó algo más extraño aún que lo de la puerta. No había hecho más que sentarme en el puesto de pilotaje, cuando la luz se apagó. Algo que no sucede sin que alguien toque el interruptor. La única posibilidad, aparte de eso, es que haya un corte de corriente. Pero entonces hay un grupo electrógeno de relevo, automático, que se pone

a funcionar de inmediato... cosa que no ocurrió. Por eso volví a sentir pánico enseguida, un angustioso vacío en el estómago. Porque sospeché que alguien estaba jugando conmigo. Tuve ese presentimiento muy claro. Al principio me quedé inmóvil, a la expectativa en el habitáculo. Escuchando. Me pareció oír varios pequeños ruidos en el exterior. Ya le he dicho que la escotilla estaba abierta. Tuve la seguridad de que había alguien afuera... en el garaje. Entonces fue cuando decidí encender la luz interior y mirar por el ventanuco de observación. La plancha de cristal es muy gruesa, y con la luz interna apenas se ve nada... Lo intenté, a pesar de todo. Me agaché y miré a un lado y a otro, con la cara casi pegada al cristal. Mi coche, la rampa... no percibí ningún movimiento. Nada en absoluto. De repente, me sobresaltó un golpe muy fuerte en la parte superior del batiscafo. Un golpe brutal, metálico, reverberante. Entonces me di cuenta. Era la escotilla. Alguien la había cerrado. Alguien tenía que haberla cerrado. Ya no era una sospecha, sino una certeza. Volví a agacharme y a mirar hacia fuera. El garaje estaba en penumbra. Casi no se veía nada. Y de pronto, delante de mí, como a medio metro o así... adiviné una mancha blanca. Una mancha que se fue convirtiendo lentamente en un rostro... En ese instante pensé en mi esposa muerta... en Marian...

Beltrán había hecho un expresivo gesto con las manos con el que daba a entender a la doctora Perea la distancia a la que había aparecido aquel semblante. Ella lo escuchaba con toda solemnidad, analíticamente. Sin embargo, aquella mañana, en sus ojos –le parecía a él– había por momentos algo distinto; algo nuevo: una leve fluctuación melancólica, una especie de inquietud que no estaba antes. Se preguntó si empezaba a verlo más como a un ser humano que como a un mero caso clínico. O tal vez se trataba de un efecto producido por una imaginación, la suya, demasiado propensa a fabricar ilusiones. En todo caso, estas ocurrencias las juzgaba Beltrán vergonzosamente juveniles.

–Todo el mundo sueña de vez en cuando –continuó, especulativamente– con personas que están muertas. Sobre todo cuando uno va cumpliendo años. Cada vez hay más fantasmas en la memoria. Y cuando te despiertas, te parece imposible que esas personas con las que has soñado tan vívidamente ya no estén en el mundo. Yo creo que la muerte y la vida se van mezclando a medida que envejecemos. No me hubiera extrañado ver aparecer a Marian. Lo digo en serio. Pero no... la cara que surgió delante de mí no fue la de Marian, sino la de Amando. Y tampoco me sorprendió demasiado. Un poco, al principio, quizá... pero después de la primera impresión, el miedo casi desapareció del todo. Incluso sentí verdadero alivio. Ya se sabe que es mejor una certeza que una sospecha. Entonces comprendí lo que significaba el que estuviera vivo y me hubiese encontrado. Significaba que nunca se alejaría de mí. Cerrar la escotilla era una broma típica suya. Era un poco... lo de siempre. Algo que yo conocía muy bien. Y por lo tanto, ya no tan temible. Conocía el juego. Su cara desapareció, y no tardó más que unos segundos en abrir y en meterse en el batiscafo conmigo. Se rió. Soltó una carcajada desagradable. Se sentó a mi lado... y me explicó que no había podido resistir la tentación de tenerme atrapado físicamente. Me dijo: «Te he estado vigilando, ¿sabes? Ni siquiera

te has dado cuenta». Le pregunté si se refería sólo a aquella noche, a las últimas horas o a los últimos días. Tal y como yo suponía, llevaba una semana vigilando mis movimientos. Lo sabía todo. Con el máximo detalle. Me lo demostró enseguida... más allá de toda duda. Era verdad que me había estado vigilando.

La psiquiatra preguntó con urgencia:

–Pero ¿cómo podía...? ¿Qué medios tenía él para vigilarlo?

La respuesta de Beltrán, otra vez, fue de una frustrante simplicidad:

–No lo sé. No tengo la menor idea. Pero el hecho es que me hizo un resumen completo de mis actividades. Incluso me dio detalles de la última conversación que había mantenido con mi abogado... No sé de dónde sacaba toda esa información, la verdad. Reconozco que a mí también me parece increíble. De todas formas, lo único importante a esas alturas era el dato cierto de que Amando me controlaba. Me tenía atrapado, en todos los sentidos. Yo lo sabía, aunque desde su desaparición me había estado haciendo ilusiones. Y ahora, su compañía me resultaba tan mortificante que me costaba mucho disimular. Me daban ganas de suplicarle que me dejara en paz de una vez. Me daban ganas... –Beltrán hundió los dedos en su encanecido cabello, y estiró hacia atrás la piel de su rostro con las manos– de gritarle en la cara que estaba muerto...

Miró a la psiquiatra con una sonrisa trémula y patética; volvió a ponerse de pie y se aproximó de nuevo a la biblioteca de madera de cerezo del despacho. Ella sonrió, en tímida correspondencia, y esperó a que él continuara con la narración. Pero al ver que no lo hacía (Beltrán estaba de pie, con una mano apoyada en una de las lejas, mirando absorto el cielo nublado que se divisaba a través de la ventana), lo interrogó:

–¿Qué era lo que quería de usted? ¿Por qué había vuelto?

Beltrán asintió con energía al oír la pregunta. Volvió a sentarse.

–Qué quería de mí –repitió–. Quería llevarme con él... arrastrarme a cierto lugar bastante oscuro, a gran profundidad.

–Como un descenso en batiscafo.

–Exacto –confirmó Beltrán, con una mirada húmeda, brillante, algo afiebrada–. En cierto modo sí... era como bajar al abismo. Exactamente eso... un descenso... ¿Sabe cómo llamaba cierto oceanógrafo que conocí en Panamá a la gran profundidad abisal? La noche hambrienta. Amando quería arrastrarme a la noche hambrienta. Me dijo: «Ahora, un poco más tarde... vamos a ir juntos a ver algo que tengo escondido. Lo guardo para ti. Es una sorpresa». Hablaba con una especie de falsa seriedad. Exagerando el tono. ¿Comprende? Dramatizando... Evidentemente, se burlaba. Incluso a veces afloraba a sus labios alguna sonrisita repugnante que no era capaz de reprimir. Yo tenía ganas de huir, pero sabía que estaba en sus manos. Por varias razones. Por muchas razones. Me tenía atrapado. Y no sólo porque pudiera denunciarme... No... Ni tampoco por el pasado. Era cierto... poder de su voz... de sus gestos, de su mera presencia. Un tipo de influencia frente a la que yo no podía hacer nada. Nada en absoluto. Estaba completamente desarmado. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, allí dentro, en el batiscafo. Era él

quien hablaba sin parar. Me decía cosas extrañas de las que no puedo acordarme. Aunque no había bebido nada en todo el día, empezaba a sentirme como si estuviera muy borracho. Creo que salimos bastante tarde... serían las once, más o menos... en mi coche... por la rampa del garaje. Me guió hasta un lugar del extrarradio. Dejamos la autovía y nos metimos por una carretera secundaria, hacia el oeste, hacia el puerto, no lejos de donde murió Marian, precisamente. Después salimos también de aquella carretera y nos metimos en una pista de tierra que estaba bastante embarrada. Había llovido la noche anterior, me parece... Llegamos a unos almacenes abandonados que hay junto al río. Naves con muros de ladrillo rojo y tejados abovedados. Algunas están destrozadas, casi derruidas. Dejaron de utilizarse hace unos treinta años, cuando desapareció el tráfico fluvial. Antes, allí se almacenaban el algodón, el grano y el carbón que venían del norte. Esto lo sé porque me lo explicó Amando nada más llegar, mientras aparcábamos en una especie de explanada con montículos de escombros por todas partes. Y dentro de las naves apenas quedaba otra cosa que... grandes vigas a la vista, humedad, cristales rotos y cascotes por todos lados. Ni siquiera hay vagabundos que duerman allí. Está demasiado lejos. Nada... ruina y abandono... Nada...

La voz de Beltrán se había debilitado otra vez, hasta convertirse en una especie de espeso y delgado hilo de angustia, lo que había obligado a la doctora Perea a aproximarse mucho a su boca para intentar discernir todavía las palabras. Esto volvía la situación semejante a una confesión sacramental. Por fin, como si se hubiera dormido con los ojos abiertos, enmudeció. Sin embargo, movía los labios. El relato continuaba en su interior. Pero sólo allí. Él ni siquiera se daba cuenta de que ya estaba hablando únicamente para sí mismo. Se sentía tan completamente exhausto como un jugador que de pronto ya no ve sus cartas y, aunque sabe que no puede continuar, tampoco se siente capaz de alejarse de la mesa.

–Tome un poco más de agua –lo invitó la psiquiatra, aunque el botellín estaba casi vacío–. Parece agotado. Dígame sólo qué era lo que Amando quería de usted... Dígame en pocas palabras para qué lo había llevado hasta allí. Y continuaremos mañana.

–En pocas palabras... –aquello despertó a Beltrán, y tal vez hubiera querido reírse, pero tampoco se sentía con ánimo para eso. Respiró profundamente y se frotó los ojos con los nudillos. Después se incorporó en la silla, apoyó las manos en los muslos y procuró expresarse con energía–. En pocas palabras, quería ofrecerme un trato –aquella voz metálica, más bien aguda, no era la suya–, una especie de trato.

–¿Qué clase de trato? –se impacientaba la doctora.

–Yo tenía que hacerle daño a alguien... un daño inimaginable... para librarme de él.

–Librarse...

–Librarme de Amando.

–Pero ¿a quién tenía que hacerle daño?

Beltrán se sentía ahora como alguien a quien hubieran obligado a desnudarse, y le exigieran, además, que se arrancase la piel a tiras. Estaba a punto de estallar cuando ululó

oportunamente el móvil de la doctora. Ella se levantó rápidamente y se precipitó sobre su chaqueta, la cual había dejado en una percha junto a la puerta. Lo único que Beltrán llegó a oír de aquella conversación fueron varias partículas afirmativas, alguna débil negación y las palabras «conmigo» y «problema». Todo ello pronunciado a media voz. Cuando la psiquiatra colgó, miró a su paciente con aire preocupado, casi ansioso. Claramente, tomó una decisión en aquel mismo instante.

–Parece que su hijo Fabio no durmió anoche en casa de los Almera... Pero no se preocupe –se apresuró a tranquilizar a Beltrán–, ya lo han encontrado y está perfectamente.

Los problemas de Fabio

Después de haber decidido revelarle el contenido de la llamada, la doctora Perea no se sintió capaz de impedirle que hablara con su hijo. Únicamente consiguió convencerlo para que esperase a la tarde, cuando se hubiera recuperado del esfuerzo de aquella larga sesión, que la psiquiatra dio, muy a su pesar, por concluida. Comprendía que no había modo de continuar en aquellas condiciones, así que se resignó a dejarlo para la mañana siguiente.

A mediodía, Beltrán no logró probar bocado. No tenía el menor apetito. Estuvo encerrado en su cuarto a partir de las dos, intentando dormir, pero tampoco lo conseguía. La doctora lo había autorizado a aumentar la dosis de hipnóticos, en caso de que no encontrara la forma de relajarse. Así que, en lugar de uno, aquella tarde ingirió dos comprimidos. Y de ese modo, por fin, se durmió. Soñó mucho.

Soñó que uno de sus antiguos amigos tenía un problema grave. Quizá su mujer lo había dejado por otro hombre. Él procuraba darle buenos consejos, aunque por dentro estaba pensando: «Es lo que te mereces». Y temía que en cualquier momento su amigo pudiera descubrir esos pensamientos. Cerca de ellos, había un hombre sentado, un mendigo. Ese hombre se estaba rascando con fuerza un brazo. Pero en realidad no había brazo: era un muñón. En un momento dado, de ese muñón asomaba por un instante la cabeza de un gusano parecido a una tenia.

Soñó que estaba con sus compañeros de clase en el comedor del colegio. Dios paseaba entre las mesas. Dios era calvo y vestía un chándal rojo de nailon que hacía mucho ruido. Había suciedad. Restos de comida aplastados y pegados bajo la mesa. Sentía una mano que le hacía cosquillas en la nuca. Salía corriendo al patio, se metía en los aseos y se masturbaba mientras sonaba la sirena del recreo.

Soñó que se asomaba por una ventana y veía a un grupo de gente apiñada en un patio. Algunos eran conocidos. Subía rápidamente por las escaleras y se asomaba desde otra ventana más alta. Repetía esta operación varias veces; hasta que, de pronto, se veía solo en medio del patio. Ahora estaba desnudo. Alrededor, sobre su cabeza, había mucha gente asomada a las ventanas y riendo. Entre ellos estaba la doctora Perea. Tenía delante un plato, en el suelo, y algunos le pedían que eyaculase en el plato.

A las cinco menos cinco despertó con un brazo completamente entumecido, insensible del todo, y sufrió mucho para devolverle el flujo sanguíneo. Permaneció un rato en la habitación, revolviendo entre sus cosas, intentando sacudirse el sopor de aquella pesada

siesta. Su equipaje era un caos. Apenas había sacado lo imprescindible, y en la bolsa de viaje encontraba continuamente cosas extrañas e inútiles. Por curiosidad, estuvo leyendo un rato un folleto publicitario, indudablemente relacionado con el trabajo de Alicia. Anunciaba tratamientos de depilación:

La crema H N M es un inhibidor del vello que libera a hombres y mujeres del proceso doloroso y costoso de la cera, electrólisis o láser.

El sistema H N M de retraso del crecimiento de los pelos es el favorito de los australianos...

No tenía la menor idea de cómo había llegado aquel folleto hasta su bolsa. «El favorito de los australianos...» Pensó en Sydney, en Melbourne, en las comunidades de aborígenes. Pensó, sin poder evitarlo, en una enorme multitud perfectamente formada en largas y rectas filas, en una anaranjada e inabarcable llanura desértica. Una muchedumbre de hombres y mujeres. Blancos y rubios algunos, de piel oscura otros. Todos perfectamente depilados. Todos tensos y rígidos, sudando y con los ojos entornados bajo el implacable sol austral. Repitió aquello mentalmente varias veces («El favorito de los australianos...») hasta que la frase perdió el último vestigio de sentido y se volvió transparente.

A continuación, esparció en la cama todos los libros que había traído. Seis o siete volúmenes de lo más diverso: desde *La genealogía de la moral* de Nietzsche, hasta *El principito* de Saint-Exupéry, pasando por un libro de historia de la Segunda Guerra Mundial, o *La filosofía en el tocador* del Divino Marqués. Habría sido mucho más cómodo, desde luego, llevar consigo el e-book que le había regalado Alicia por su cumpleaños. Sin embargo el e-book nunca le hubiera hecho la misma compañía que aquellos libros gastados. Decidió guardarlos, apilados, en el armario. Después, se vistió y bajó al parque a tomar un poco el aire y a dar un paseo.

Aunque a esa hora ya había empezado a oscurecer, la temperatura seguía siendo agradable. Vio un grupo de elegantes garzas reales en disciplinada formación triangular cruzar el cielo, sobre las copas de los cipreses y de los castaños. Estuvo un rato sentado en un banco, junto a la redonda fuente de piedra rodeada de evónimo. Un camino de grava, flanqueado por setos de mirto, conectaba dicha fuente con la exuberante pérgola de la que irradiaban todos los senderos del jardín. Intentaba calmarse y aclarar sus ideas antes de hablar con su hijo. Temía decir algo que lo alejase definitivamente de él. Temía mucho no volver a verlo.

En un momento dado, se le acercó un tipo menudo, más o menos de su edad, que vestía un pantalón de chándal y un anorak. En cuanto al calzado, llevaba unos náuticos. Lo saludó diciendo «Qué tal...», y a continuación, sin que Beltrán llegase a pronunciar más que un «Hola» más bien inaudible, el desconocido, resueltamente, se sentó a su lado. Era casi pelirrojo, lucía un ridículo bigote y sus ojos parecían dos inquietas canicas verdes. El hombre estaba claramente nervioso, pero parecía de buen humor. Miraba a

Beltrán y sonreía. Cambiaba continuamente de postura. Se veía que estaba deseando entablar conversación y que no se decidía. Por fin, dijo:

–Te conozco... Tú también estás en la quinta.

La «quinta» era la planta de psiquiatría. Beltrán asintió sin despegar los labios. Transcurrieron varios segundos. Puede que uno o dos minutos. Ninguno de los dos dijo nada. Luego, el pelirrojo volvió a la carga:

–Menos mal que tenemos este parque. Es un desahogo, ¿verdad? Si no... todo el día encerrados ahí –hizo un movimiento con la cabeza indicando el edificio–, nos volveríamos locos, ¿eh?

El tipo empezó a reír mirando a Beltrán fijamente, como si lo invitase a secundarlo. A la primera carcajada siguió otra todavía más fuerte. Así que, por puro reflejo, Beltrán no tuvo más remedio que dejar escapar una risa de compromiso. Después, estuvieron en silencio otro rato. El hombre del pequeño bigote había sacado su móvil y se había puesto a jugar a un juego de aviones de la Primera Guerra Mundial prodigiosamente miniaturizado, pero se cansó en menos de cinco minutos.

–Oiga... –dijo de pronto, volviéndose hacia Beltrán con los ojos muy abiertos, en frenético parpadeo–. Oye... ¿Te parece mal si nos contamos el uno al otro por qué hemos venido a parar aquí?

Beltrán pensó en levantarse y alejarse de allí, sin más. Pero no lo hizo, en parte porque sentía alguna curiosidad.

–Tú cuéntame lo que tú quieras. Yo no sé si voy a contarte nada de lo mío...

Su interlocutor pareció conformarse con eso.

–Yo estoy aquí porque me cargué a mi hija y a mi mujer. Si eres muy sensible no te lo cuento... –el tipo permaneció en silencio, otra vez, por espacio de varios segundos, como si aguardase a que Beltrán se pronunciara respecto a la cuestión de su mayor o menor susceptibilidad ante los relatos truculentos. Al comprobar que la esperada declaración no se producía, el desconocido dio una vuelta más de tuerca:

–¿Eres muy sensible?

Beltrán respondió encogiéndose de hombros y alargando un poco la cara:

–No... Creo que no.

–Bien... –dijo el hombre, algo dubitativo–, pues... te lo cuento. La cosa fue que ella... que Marta llevaba uno o dos días dándome garrote con lo de poner la estantería nueva en el cuarto de la niña, ¿sabes? Así que esa noche me fui a dormir con esa moscarda dentro del cerebro. Y no sé por qué me desperté a las cuatro de la mañana, más o menos. En plena madrugada, vamos. Entonces... de pronto me viene a la cabeza la idea de poner la estantería precisamente en ese momento. Como si fuera algo muy urgente, ¿qué te parece? Así que me voy a por mi taladro. Lo cojo y entro en el cuarto de la niña. Enchufé el taladro y... ¿Sigo?

Beltrán notaba el calor en sus mejillas y la indignación en todo su cuerpo. Pero ahora

quería saber a toda costa el final de la historia. Volvió a encogerse de hombros y soltó un pequeño resoplido mezclado con una breve risa:

–Ya que has empezado...

–Pues lo que hice fue que enchufé el taladro en la habitación de mi hija, me acerqué a su cama, la cogí por el cuello, apretando muy fuerte, y lo puse en marcha... el taladro... Intenté hacerle un buen agujero en la cabeza. Pero no había manera, porque empezó a chillar, a intentar morderme, a dar patadas... y todo... Además, la broca del taladro patinaba en el cráneo... No había manera. Aunque sangrar, sangró bastante.

La propia indignación fue, de un modo extraño, la que obligó a Beltrán a pronunciar aquella desafiante pregunta:

–¿Y luego?

–Luego... Pues luego se presenta allí mi mujer. Intenta quitarme el taladro y yo le doy una paliza. Le pegué tanto que la dejé sin sentido. La niña salió de la habitación y se encerró en el cuarto de baño. Después fui a por ella. Tuve que abrir la puerta a patadas. La emprendí a golpes con la niña. Con la niña de los cojones. Le machaqué la cabeza contra el bidé. O sea, que me la cargué enseguida. Y luego, después de cargarme a mi hija, volví a por mi mujer, que estaba recuperando el sentido en ese momento. Fui a nuestro cuarto a por las esposas... Yo era guardia jurado... o sea... que fui a por las esposas. Se las coloqué. La verdad es que no hacía mucha falta porque ella apenas podía moverse. Le puse una mordaza... que tampoco hacía mucha falta... la verdad... Agarré el taladro que estaba justo al lado de ella, en el suelo, y empecé a hacerle agujeros con el taladro por todo el cuerpo. ¿Qué te parece? En un momento dado... (pero yo creo que entonces ya estaba muerta...), en un momento dado me encendí un cigarrillo y ¿sabes lo que hice...? ¿No...? Pues se lo puse en uno de los agujeros que le había hecho en la cocorota... Te juro que era de coña ver cómo le salía el humo de la sien...

La indignación había dejado paso, en la mente de Beltrán, a una considerable sensación de alivio por el hecho de que su desquiciado compañero de planta hubiese concluido de una vez su sangrienta narración. Estaba seguro de que lo que había pretendido, sobre todo, había sido provocarlo. Tal vez, incluso, intimidarlo. Y no sabía realmente qué pensar del relato que acababa de oír.

–Bueno... pues me marcho –anunció el pelirrojo, al mismo tiempo que se ponía de pie–; y ya me contarás lo tuyo otro día, si quieres...

Sin decir más, se alejó de allí a paso rápido, en dirección a la mole gris del hospital. Beltrán siguió sus pasos un poco más tarde. Una vez en su planta, fue al control para buscar a un enfermero con el que tenía buena sintonía, y cuando dio con él le preguntó por un tipo pelirrojo que decía que había matado a su mujer y a su hija. El enfermero se rió. Le explicó que era completamente inofensivo y que no debía creer nada de lo que le contase. «Le gusta inventarse historias... hacerse el duro.» Beltrán no se sorprendió, porque aquello era precisamente lo que se había imaginado.

Un poco después, sacó de su cartera la tarjeta en la que la doctora Perea le había

anotado el número del nuevo móvil que los padres de acogida le habían comprado a Fabio, y se metió en su cuarto para hablar desde allí. En algún momento había extraviado su propio celular, no recordaba ni dónde ni cuándo. Así que marcó el número desde el teléfono de su habitación, sentado en la cama, notando cómo su respiración y su pulso se aceleraban un poco con cada tecla que presionaba. Sintió una leve punzada en el pecho cuando oyó la voz de su hijo: «Hola...».

–Fabio, soy papá... –la respuesta a estas tres palabras de presentación fue un silencio largo y descorazonador. Después, una interjección resignada, pronunciada apenas a media voz:

–Ya...

–¿Dónde estás?

–En casa... en...

–En casa de...

–Sí.

–Pero no has dormido ahí...

–No.

–Te emborrachaste –el chico callaba–. Me lo han contado. Tomaste algo y te pusiste mal. Te ha encontrado la policía esta mañana... en la estación de autobuses. ¿Adónde pensabas ir?

No hubo respuesta.

–No hablas.

–No.

–Por qué...

–Porque no tengo nada que decir.

Beltrán llenó sus pulmones de aire. Lo retuvo un momento y, antes de continuar, lo liberó lentamente por la boca, sin hacer ruido.

– ¿Con quién estuviste?

–Con amigos.

–Sí... eso ya me lo imagino. Me gustaría que vinieras a verme, otra vez.

–...

–Para hablar...

De nuevo sus palabras se estrellaban contra aquel silencio opaco, inexpugnable.

–Hablar de qué... –dijo por fin Fabio. Beltrán también se tomó su tiempo, buscando una réplica adecuada.

–Un padre y un hijo siempre tienen algo de que hablar –fue lo mejor con lo que pudo dar.

–No me dejan salir.

–Es lógico que de momento no te dejen. Te escapaste anoche y te han encontrado por ahí... dormido, borracho... Ésa no es forma de tratar a unas personas que te han acogido en su casa... En su propia casa, ¿entiendes?

—...

—Ya sé que tienes problemas, pero las cosas pueden arreglarse. Sigo siendo tu padre. Es lo único que sé con seguridad que sigo siendo. Y es lo único que quiero ser todavía. Supongo... Me imagino que te he fallado... en muchas cosas. Pero... me importa tu futuro, aunque no lo creas. Podemos empezar otra vez, Fabio. Si tú quieres...

—...

—Debes ser agradecido con las personas que te han dado acogida. Y mientras estés en su casa tendrás que someterte a sus reglas.

—Tú no eres quién para decirme cómo tengo que vivir.

—Soy tu padre.

—Eres un criminal. Tú mismo lo has confesado.

—Aun así, soy tu padre —Beltrán pronunció aquellas palabras con una firmeza de la que no se hubiera creído capaz sólo un momento antes—. Estoy arrepentido de lo que he hecho, sí. Pero no tiene sentido que tú me castigues convirtiéndote en un desgraciado. Lo único que quiero... Sólo te pido que seas más feliz que yo, Fabio. Nada más que eso.

—Ni siquiera tienes derecho a pedirme que sea feliz.

—No tengo derecho... tengo necesidad.

Esta vez, el silencio sonó todavía más reluctante que los anteriores. Y no fue sucedido por ninguna palabra o frase hostil, sino por el pitido continuo de cancelación. Aquello había salido tan mal como lo había previsto. Sin embargo, no se arrepentía de haberlo intentado. Continuó largo rato allí, sin moverse, viendo espesarse la oscuridad tras el cristal de la ventana, hasta que una enfermera golpeó la puerta con los nudillos. No esperó a la respuesta para entrar con la bandeja de la cena.

Después de tomar algo (muy poco: la sopa y media rodaja de merluza rebozada), todavía estuvo viendo la televisión una media hora.

Noche en el clínico (3)

A las diez y cuarto ya estaba metido en la cama, con la luz apagada y asediado por pensamientos aciagos. La conversación con Fabio no sólo había renovado la amargura que ya constituía el ingrediente constante y principal de su ánimo; sino que, además, había echado por tierra gran parte de la resignada y melancólica serenidad que había conquistado a partir de su ingreso en el clínico. Sin embargo, y más allá de la inevitable preocupación por su hijo adoptivo, seguía pensando que, al entregarse, había hecho lo único a su alcance para ponerse en paz con su propia alma, y soportar el resto de su vida como una especie de penitencia; lo cual, tal vez, alcanzaría a conferirle algún posible sentido. O, como mínimo, una promesa de sentido.

Ya no se trataba de vivir más, sino de arrancarle todavía a la muerte, a su anticipado influjo, la poca vida verdadera que había tenido. El problema era su deseo de que Fabio entrara en ese pequeño paquete de irrenunciables verdades. No podía obligarlo. No podía forzarlo de ninguna manera para satisfacer ese último deseo que lo atormentaba. Así que el conflicto era el de siempre: paz de espíritu frente a deseo. A Beltrán se le ocurrió que sería difícil encontrar algún problema genuinamente humano en que la felicidad no entrara en conflicto de algún modo con el deseo. Ése era, pensaba, el fuego en el que ardía todo el que aún estuviera vivo. Y le gustase o no, la realidad era que él todavía lo estaba.

En esos pensamientos chapoteaba aún con aprensión cuando alguien llamó a la puerta. Oyó tres golpes. Luego dos. Sintió el impulso de contestar, pero no llegó a hacerlo. La enfermera Consuelo abrió y asomó la cabeza para preguntarle si se había tomado su medicación y si necesitaba algo más. Beltrán afirmó y negó consecutivamente. Luego dijo: «Gracias», y la enfermera volvió a cerrar la puerta.

Estaba agotado, pero sabía que tardaría mucho aún en conciliar el sueño. Y cada vez que se volvía del lado del que solía dormirse, su mente regresaba a los muros renegridos y desconchados, a las altas claraboyas de cristales rotos, a la enorme nave encharcada por la que Amando lo había conducido aquella noche hasta el embarcadero. En el río había una vieja barcaza semejante a un arcón: su proa era roma, casi redonda, y el puente, poco más que un hermético promontorio, apenas sobresalía de la cubierta. Saltaron a bordo desde la putrefacta estructura de madera y hierro. Caminaron hasta una especie de fosa rectangular y descendieron por una escalerilla metálica, casi vertical, a las entrañas oscuras de aquella vieja nave abandonada. De ellas se desprendía, de vez en

cuando, algún remoto gonzido de óxido, como el quejido de un enfermo terminal. Mientras recorrían un angosto pasillo, Amando le seguía hablando en tono jocoso, pero recurriendo a giros extraños y a evocaciones incomprensibles, de supuestas anécdotas relativas a su pasado en común, a los viejos tiempos de Venezuela. Beltrán ya no era capaz de seguir su discurso. Apenas entendía nada de lo que le estaba contando, aunque fingía recordarlo. Olía a rancio allí abajo. De pronto Amando se volvió hacia él y lo deslumbró con su potente linterna: «Deja ya el disimulo –le dijo–, lo único que quieres saber es para qué te he traído hasta aquí... pero no te atreves a preguntármelo». Por supuesto, era verdad. Sintió un latigazo de hielo en el alma y no fue capaz de despegar los labios. Lo aterrizzaba reconocer que estaba aterrizzado. Ahora, Amando tenía el pleno control. Accedieron a una pequeña cámara por una estrecha puerta naval de ángulos curvos, y su antiguo camarada depositó la linterna en lo alto de una desportillada taquilla metálica. «Bueno... Te lo voy a decir. Los dos sabemos hasta qué punto deseas librarte de mí. Los dos sabemos cuán locamente lo deseas, ¿verdad? Ahora te voy a dar la oportunidad de que lo hagas. Pero, por supuesto, te voy a poner una condición. Y antes de eso, ahora mismo, me vas a ayudar a resolver algunas cuestiones... cuestiones... previas, del pasado. Para que las cosas queden completamente claras y puedas tomar con todo conocimiento, con toda lucidez, tu decisión. Piensa en esta pregunta: ¿cuál fue la verdadera razón por la que no te importó rebanarme el cuello en el *Tudela*? Piénsalo despacio. Me miras como si no me conocieras. ¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿No te la habrás comido tú mismo en un momento de nervios? No importa. Yo te lo diré: la razón fue que te considerabas mejor que yo. Mucho mejor que yo. Ésa es la simple verdad. Librar al mundo de una cosa tan sucia y odiosa como Amando no era pecado. Era menos que aplastar un insecto. En cambio... tú eras un pobre chico bueno arrastrado por una mala influencia. Aunque estuviéramos metidos en lo mismo, todo aquello no iba contigo para nada. Querías empezar una vida nueva, y considerar todo eso como una especie de paréntesis... largo y vergonzoso. Algo que no tendría que haber pasado nunca. Y mi muerte era la única forma de cerrar ese paréntesis. Porque yo no te dejaba alejarte con tu parte del botín... ¡Ah, sí! ¡Se me olvidaba! También querías llevarte del paréntesis una pequeña parte del botín, ¿verdad? Justo antes de cerrarlo. ¡Qué inteligente! ¡Qué precavido! Sin embargo, tú mismo, sin darte cuenta, estableciste el principio que nos iguala. Porque si se puede matar, si la vida, incluso mi vida, no es sagrada, entonces se puede matar siempre y de cualquier modo. Entonces se puede hacer todo, porque no existen más límites que los del mundo físico. Y tú te comportaste de acuerdo con esa premisa. Te consideraste libre para actuar. Ahora me acuerdo de aquellos libros de los que me hablabas de vez en cuando... Nietzsche, Dostoievski... entonces yo no sabía nada de ellos. Y posiblemente mi ignorancia te hiciera mucha gracia, aunque te cuidabas de reírte delante de mí. Pero ahora soy yo el que viene a impartir la lección. ¿Te consideraste libre? Pues sé libre ahora. Voy a llevarte al fondo de tu propia libertad. No me verás más en cuanto aceptes que somos iguales: hombres libres, hasta el fondo. Pero

tienes que convencerme de que lo has comprendido del todo, y de que lo has aceptado plenamente. Sólo quiero llevarte hasta el final del camino que iniciaste en aquel río de Venezuela. Quiero que bajes conmigo al abismo que yo encontré debajo de aquella agua tan oscura. Y cuando lo hagas, te prometo que te dejaré seguir con tu pequeña vida de mierda... Te lo juro.»

Después, Amando lo guió hacia una cámara contigua, y con un gesto casi cómico, de bufón, parecido a una reverencia, lo invitó a entrar. Antes de que llegase a trasponer la puerta le entregó la linterna. Y Beltrán entró allí solo. Sobre un jergón había un niño muy pequeño dormido, cubierto con una chaqueta de pana vieja. Por debajo de la chaqueta asomaban sus pequeños pies, sin zapatos, con unos calcetines amarillos en los que se distinguía el bordado de lo que parecía ser un animal... quizá una sonriente vaquita. El bebé dormía profundamente, con los labios entreabiertos, los ojos cerrados y sus pequeñas manos aferradas a la chaqueta. Beltrán iluminó el resto de la estancia. Había una silla. Encima de la silla, una especie de palangana de plástico. Iluminó la palangana, y en su interior distinguió varios objetos. Se aproximó, para explorar mejor su contenido: una soga, un reloj despertador, unas tenazas, una sierra, unos guantes. Le pareció como si le picara un enjambre de abejas y no pudiera moverse. Se sintió como el árbol que despierta de su sueño vegetal en el momento del hachazo decisivo. Estaba mareado. Empezó a notar arcadas. Las piernas se negaban a sostenerlo, pero aún tuvo fuerzas para coger el sobre que asomaba entre los demás objetos, pegado al borde de la palangana. Aún fue capaz de extraer el papel plegado y de leer las primeras de aquellas instrucciones detalladas. Lo dejó caer, y ya no pudo mirar otra vez al niño, como sentía el impulso de hacer. Ya no pudo más que iluminar la puerta, salir de allí tambaleándose. Igual que un hombre que escapa envuelto en llamas de un incendio.

Amando lo acogió, lo sostuvo casi con ternura. Tomó la linterna y volvió a dejarla sobre la taquilla. Luego, le acercó ruidosamente un pequeño y pesado taburete metálico para que pudiera sentarse. «Ya sé que es mucho», dijo con una voz lastimera. «Ya sé que parece mucho lo que te pido. Pero no es demasiado, si piensas en todo lo que tú me debes. No es fácil explicarte por qué necesito que hagas esto por mí. Es necesario el sacrificio de este niño para enseñarte la verdad sobre ti. Y quiero que vivas siempre con esa verdad. ¿Lo entiendes? Quiero que sepas lo que eres... demostrarte que no eres mejor que yo. Después de esto, no te pediré nada más. Te parecerá horroroso, inconcebible... pero tú sabes que todo eso no es más que un espejismo. Las cosas sólo son lo que son. Lo demás lo ponemos nosotros, con nuestra fantasía, con nuestra capacidad para engañarnos. Tú eres... demasiado inteligente. Siempre te has considerado más inteligente que la mayoría. Más inteligente que yo, por ejemplo. Y la experiencia así lo confirma. Entonces... ¿por qué no intentas enfocarlo de esta manera? Eres un hombre maduro. Eres todo un escéptico, dueño de ti mismo... Quizá no seas un depravado, pero, desde luego, tampoco eres un sentimental, ¿verdad? Nunca has creído en supersticiones de ninguna clase. Quiero decir que nunca te has dejado engañar por las fantasías de los

magos, de los sacerdotes... Tú sabes muy bien que no hay nada más que esta nube de electrones y protones. La materia, la energía que somos y que nos envuelve. Nada más que estas cuatro fuerzas que emergieron de la nada por un azar ciego. Piénsalo: nadie nos mira. ¿Te acuerdas de lo que viste dentro de la carpa del circo? Nadie nos mira. La gente habla. Se repiten unos a otros palabras sonoras, vacías, para ocultar este otro vacío. Se engañan poniendo mayúsculas a las cosas... a la humanidad, al hombre, al universo... Pero tú no te has engañado nunca. ¿O me equivoco? Si lo enfocaras con esa racionalidad fría de la que presumes tan a menudo, te darías cuenta de que lo que te pido, en realidad, no es más difícil que desguazar un microondas, o una televisión vieja...»

Cuanto más oía hablar a Amando, más borrosa, más deforme encontraba la imagen de sí mismo que le devolvía su espejo interior. Y más lo embargaba el deseo de abandonarse a la música sorda de su persuasión. Y ese deseo, precisamente, era lo que más lo aterraba. Se sentía desfallecer. Continuamente. Como si fuera posible un desfallecimiento dentro de otro. Como si cayera en simas concéntricas, en pozos dentro de otros pozos, cada vez más lenta, más blanda, más profundamente. Pero algunas incoherencias en lo que oía (Si no hay nada más que esto, como dices...) muy vagamente, muy confusamente percibidas (tú no deberías... estar aquí), le impedían terminar de rendirse, abandonarse del todo a la caída. Quería ponerse de pie.

«La idea de Dios... ¿te preocupa? No debería... Si existiera, no sería como la gente cree. Mira el mundo. Si existiera, Dios estaría sordo y ciego. Sólo tendría olfato y apetito. Nada más que eso. Como un gusano, o como un pez de las profundidades. Sí... Ya sé lo que estás pensando... Será muy penoso y muy desagradable. Mientras lo estés haciendo, mientras eso suceda, mientras dure... será casi insoportable. Tienes razón. Tus condicionantes, tus instintos, tu... empatía... Todo eso que la evolución ha puesto en tu genoma tan ciegamente, tan sin propósito... Todo eso estará ahí dentro, contigo, mientras estés haciendo lo que sabes que tienes que hacer. Mientras tus manos estén enredadas en la tarea. Pero tu voluntad puede estar muy por encima de los condicionantes. ¿En qué consiste el dolor? Piénsalo. Una corriente que pasa por un nervio. Unos específicos patrones eléctricos... Ciertas descargas insignificantes de los axones o de las dendritas... ¿Te extraña que ahora esté tan bien informado? He tenido tiempo... Piensa. De lo que vas a hacer no quedará rastro físico dentro de diez años. Y dentro de un millón, no quedará ni rastro de los que podrían haberte condenado si te hubieran descubierto. No habrá huellas. Nada. Nadie te acusará, te lo garantizo. Y después, ¿qué? Piénsalo. Aquí no dejarás más que un pequeño montón de materia orgánica inanimada. Al resto del mundo lo encontrarás en el mismo orden de siempre. El mismo cosmos. El mismo caos impasible. La tierra no se habrá salido de su órbita. Seguirá girando. Y tu páncreas segregando insulina. Y tu intestino funcionando. Y esta barcaza flotará todavía sobre el agua del río. Nadie habrá visto nada. Así que podrás meter esto también en tu paréntesis. Y seguir viviendo como si no hubiera pasado nunca. Como seguiste viviendo después de lo que me hiciste a mí... o a Marian. Nadie va a castigarte. Ni siquiera yo te castigaré

más, cuando hayas comprendido lo que eres y llegues al fondo de tu naturaleza. Así son las cosas. Siempre es necesario el sufrimiento de alguien. Ni tú ni yo podemos anular una ley que emana del orden mismo de las cosas. ¿Verdad?»

Recordaba haber intentado golpearlo, apartarlo de un empujón, para no seguir oyéndolo, pero antes de que sus manos lo alcanzasen Amando retrocedió con increíble rapidez hacia un rincón de la oscura cámara, como si un torbellino lo hubiese succionado. Entonces lo vio, junto al armario metálico, en una inverosímil postura: el cuerpo de frente, y el rostro vuelto de lado y pegado a la pared. Le pareció que se reía; pero no llegó a distinguirlo con claridad en medio de aquella penumbra. La linterna, en ese momento, rodó y cayó al suelo, produciendo un efecto semejante al de un relámpago, y él salió corriendo de allí. Dio un traspie (algo pequeño y compacto se le cayó de un bolsillo, pero ni siquiera se dio cuenta de lo que era), recuperó el equilibrio y continuó hasta encontrar las escaleras por las que antes habían descendido.

Cuando salió a la superficie, el cielo era una gran mancha violeta con una franja amarilla en el horizonte. Saltó a la cochambrosa plataforma, desde la barcaza, y, aunque acababa de comprobar, volviéndose un instante, que nadie lo perseguía, no aflojó el ritmo de la carrera. Hizo restallar el agua de los oscuros charcos bajo sus zapatos al cruzar la gran nave, junto al embarcadero: el mismo sórdido y vasto recinto que habían atravesado antes para llegar al cauce del río.

Su coche lo aguardaba allí afuera, donde lo había dejado. Al cerrar la puerta y ver iluminarse el salpicadero después de girar la llave del contacto, experimentó por fin algún alivio. Amanecía. Condujo de vuelta por aquella carretera embarrada, sin tener una idea del todo clara de dónde estaba o hacia dónde se dirigía. De pronto, se le ocurrió que no podía volver a casa. Sentía pánico ante la mera idea de encontrarse otra vez allí, solo. Unos diez minutos después de haber arrancado, se detuvo cerca de un puente que atravesaba el río, no muy lejos de la autovía. Bajó del coche. Le gustó notar en la cara el fresco de la mañana. Miró alrededor y respiró con calma. Por ahora, estaba a salvo. En efecto, más allá del cauce se divisaba la autovía; y una gran cantidad de luces anaranjadas y blancas a lo lejos. Las remotas luces del extrarradio, visibles por debajo del oblicuo y combado pentagrama de los cables de alta tensión. Esos cables pendían de una serie de torres en forma de triple T sobre A mayúscula hasta donde su vista alcanzaba. Y al otro lado, el mar; lejano, oscuro todavía. Aunque empezaba a teñirse muy rápidamente de añil, bajo un sol cada vez más brillante. Caminó hacia el puente y siguió contemplando desde allí el nacimiento del nuevo día.

Abajo, muy cerca del agua del río, a unos cien metros, distinguió entonces a una figura agachada. Le pareció que se trataba de algún vagabundo que estaría defecando. Aquel hombre empezó a hacerle señas para que se acercase. Afinó la vista, y se dio cuenta de que no estaba defecando, sino comiendo. Aunque en una postura muy extraña. Sin saber a qué impulso obedecía, caminó hacia él. Cuando estuvo lo bastante cerca para hablarle, preguntó: «¿Qué es lo que quieres? ¿Me llamas?». Era un pescado lo que estaba

comiéndose aquel tipo (más bien joven y muy barbudo), acuclillado junto a su petate. Tenía una caña de pescar y un infiernillo de gas. Le dijo: «¿Quieres un poco?».

Él sonrió, desconcertado, y negó con la cabeza. El vagabundo volvió a interrogarlo: «¿Qué haces aquí solo, tan temprano?». No sabía qué contestar. No dijo nada. «¿Te preocupa algo?», insistió aquel hombre, poniéndose de pie. «No tengo esperanza», se oyó decir a sí mismo, sin tener plena conciencia de haber pronunciado realmente aquellas palabras. «No tienes esperanza porque no conoces el perdón», le dijo el desconocido. «¿Y qué puedo hacer?», inquirió. «No preocuparte más por tu pasado –le respondió el vagabundo– y actuar bien en adelante. Con tus culpas cargo yo.» Al oír esto, sufrió una especie de desvanecimiento. Tuvo que sentarse en la hierba del talud que descendía en acusada pendiente hacia el río. Turbiamente, vio al hombre recoger sus cosas y alejarse. Hubiera querido detenerlo. Intentó gritar, pero no fue capaz. Y el extraño se alejó hasta perderse de vista.

Lo que sucedió en las horas siguientes, en la medida en que lograba recordarlo, había sido como un largo viaje hacia una luz dudosa al final de un túnel extenuante. Cuando se sintió con fuerzas, regresó al coche y emprendió el camino hacia la autovía; sin embargo, no regresó a la ciudad. Se dirigió hacia el sur, por la costa. Fue a parar, casualmente, a una población con un nombre compuesto que no recordaba bien. Las Falbias o Las Zalbias de San... algo. Un sitio que no conocía y en el que no recordaba haber estado nunca. Cuando llegó, serían ya las ocho o las nueve. Se refugió en un bar muy concurrido. Había obreros desayunando, y varias mujeres jóvenes que hablaban y fumaban sin parar. Bien entrada la mañana, decidió buscar alojamiento. No le costó mucho dar con un motel, junto a una gasolinera. Estuvo durmiendo hasta la noche, en la pequeña habitación que le adjudicaron. Despertó con cierta sensación de vértigo, más anímico que físico. Se sentía como al borde de algo, pero no llegaba a elucidar de qué. Se calzó los zapatos y salió a la calle. Pasó el rato en un bar, bebiendo. Más tarde regresó al motel y puso la televisión. Ahora estaba algo borracho y sus temores los había disipado casi completamente el alcohol. Las imágenes, en la pantalla del pequeño aparato (colocado en alto, sobre una especie de plataforma atornillada a la pared), se sucedían igual que las piezas de un caótico puzzle que él no tenía el menor interés en armar. Sólo buscaba mantenerse distraído, para aplazar el momento de tomar alguna decisión. Tumbado en la cama, cambiaba de programa con el mando a distancia: un tal Serge Latouche hablando de decrecimiento económico para hacer frente a la crisis, al agotamiento de recursos y a los problemas demográficos... En otro canal, un tipo gordo con un gran mostacho que sostenía una anguila viva entre sus manos, y que después la cortaba muy deprisa en rodajas y la cocinaba en un perol, removiéndola constantemente y echándole una gran cantidad de vino... En otro, el anuncio de una línea erótica... Durante varios minutos, prestó atención a un informativo: terrorismo a gran escala, un país entero inundado, millones de refugiados, una nueva amenaza de pandemia debida a un virus desconocido. Entre aquellos aciagos signos de un mundo convulso, se filtró una

noticia amable: aquel niño desaparecido días atrás había sido encontrado, en circunstancias no del todo claras. Ahora ya estaba a salvo con su familia.

Pasó toda la noche en blanco, intentando determinar lo que haría al día siguiente. Antes de que amaneciera, había tomado la decisión de entregarse.

Por la mañana, se duchó. (Hubiera deseado cambiarse de ropa y afeitarse; pero, sin bajar a la calle y perder mucho tiempo, no era posible hacer ninguna de las dos cosas.) Después de pagar lo que debía en el motel, se dio cuenta de que no recordaba dónde había dejado su coche. Renunció a buscarlo, y decidió preguntar por otro medio para regresar a la ciudad. Un cartero le dijo que podía tomar el tren, y le explicó amablemente cómo llegar a la estación.

No le costó demasiado dar con ella, pero, después de informarse, averiguó que debería esperar más de una hora todavía. Adquirió, en el kiosco del vestíbulo, una revista esotérica (*Mundo Oculto*) que conocía y había ojeado alguna vez. Sentado en una silla de plástico, estuvo leyendo una entrevista con un controvertido mago de fama internacional, un tal Gödel, algunos de cuyos insólitos trucos habían generado cierta discusión científica. La impaciencia lo llevó al andén demasiado pronto, y subió al que pensaba que era su tren casi veinte minutos antes de la hora prevista para la salida. Entonces, ocurrió algo extraño. Al ver detenerse otro convoy semejante en la vía contigua, sospechó inmediatamente que se había equivocado. En un primer momento se alarmó; pero de pronto cayó en la cuenta de que en realidad no tenía la menor importancia estar a bordo de un tren o de otro. Aquel contratiempo, de hecho, le hizo notar que era una estupidez regresar a la ciudad para entregarse allí, cuando muy bien podría hacerlo en la comisaría más próxima. Si es que verdaderamente estaba decidido a entregarse, claro. Este simple grado de conocimiento lo condujo a otro grado superior; aunque esta nueva noción era de una naturaleza mucho menos clara que la precedente. Comprendió, de modo enigmático, que en realidad sólo si se había equivocado de tren sería capaz de entregarse. Decidió no moverse de su asiento. Se resignó a su suerte.

Las puertas se cerraron. El tren de cercanías se puso en marcha. Al cabo de unos minutos pudo, en efecto, confirmar su error preguntando a una compañera de viaje. Bajó en la primera estación y enseguida se puso a buscar una comisaría. Todavía le sucedieron unas cuantas cosas extraordinarias, desde el momento en que se presentó ante la policía para autoinculparse del asesinato de su ex esposa hasta el día mismo de su ingreso en el clínico, tras su explosión de furia; pero no llegó a evocarlas porque ya estaba dormido.

Sesión quinta

Sesión quinta

Algún ruido debió de despertar a Beltrán a las once menos diez de la mañana. Absurdamente, lo primero que le vino a la cabeza fue el contenido de un folleto que había hecho pedazos la tarde anterior. Aquel que pregonaba cierto sistema de depilación como el preferido por los australianos. Al incorporarse y mirar la hora se sorprendió mucho de que no lo hubieran avisado para desayunar. Lo peor era que había quedado en pasar a las once y media por el despacho de la doctora, para someterse a una nueva sesión de análisis. Debía resignarse a otro interrogatorio, tan inútil como los precedentes, aunque igualmente bienintencionado. Sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que su más que probable demora lo angustiara lo más mínimo. Así que se estiró y bostezó, antes de entrar al aseo. Mientras orinaba, pensó que pediría a alguna de las enfermeras que la avisara de su retraso. Resultaba innegable que se sentía inclinado a mostrar toda la deferencia posible hacia ella. Se sentía obligado a cierta forma de lealtad. Éstas («deferencia», «lealtad») no fueron, desde luego, las palabras precisas en las que pensó Beltrán mientras se vestía. Ya que en realidad no pensó en ninguna palabra en concreto. Pero sí notó una vez más, con incomodidad, los extraños sentimientos que la doctora Perea le suscitaba, y ante los que se imponía a sí mismo la obligación de avergonzarse de algo. No sabía exactamente de qué.

No fue necesaria la llamada de aviso a la que había previsto recurrir, ya que, tras un rápido café con leche, consiguió llegar al despacho de la psiquiatra, en la tercera planta, con tan sólo diez minutos de retraso. La doctora lo recibió con una sonrisa espléndida. Al parecer, no pensaba tenerle en cuenta su falta de puntualidad.

–Perdone el retraso –se excusó Beltrán, de todas formas.

–No se preocupe –dijo ella en un tono más bien cálido, y sin dejar de sonreír–. ¿Qué tal ha descansado esta noche?

Beltrán colgó su anorak de una percha, junto a la chaqueta y la bata blanca de la doctora Perea. Luego se volvió hacia ella, le dedicó una amplia sonrisa y tomó asiento, antes de responder a su pregunta.

–Me costó algo dormirme –dijo–, pero tengo la sensación de haber descansado bien... No sé por qué no me han despertado para el desayuno, pero la verdad es que creo que mi organismo lo ha agradecido.

La psiquiatra volvió a sonreír, aunque esta vez corrigió rápidamente su expresión para adoptar un gesto deliberadamente grave, mientras echaba un vistazo a sus notas del

cuaderno de tapas rojas. Beltrán se preparó para la primera andanada. Y, en efecto, ésta no tardó mucho en llegar:

–Usted, ayer, me contaba que Amando regresó después de varios días de ausencia. Al parecer, se presentó en su casa, por la noche. Me dijo que, más tarde, lo obligó a ir a un sitio del extrarradio. A... unas fábricas abandonadas, o algo parecido. Me dijo también que allí le había ofrecido una especie de pacto. Si no lo entendí mal, usted tenía que hacerle daño a alguien. No me dijo a quién. Ni tampoco llegó a explicarme lo que obtenía a cambio de eso.

Beltrán levantó el mentón apartando los ojos de la psiquiatra, y dirigió su mirada a algún punto situado detrás y por encima de su interlocutora. Un punto más o menos próximo a uno de los ángulos de la pequeña estancia. Había decidido de antemano cuál sería su actitud ante aquella cuestión, pero deseaba encontrar el modo más delicado posible de expresarla.

–Mire, doctora –empezó a decir, con aire compungido–, no puedo darle muchos detalles sobre este tema. Usted me hace dos preguntas... Puedo responder claramente a la segunda. Qué obtenía yo a cambio... Eso se lo puedo decir. Mi recompensa consistía en librarme de él. Así de simple. En que me dejara en paz. Ni más ni menos que eso. Lo otro... es muy difícil de explicar, ¿sabe? Es tan difícil, que... de verdad, yo no sabría cómo hacerlo –Beltrán volvió a enmudecer después de este avance, no demasiado satisfactorio, de la que sería su posición definitiva durante aquella nueva entrevista–. Mire –continuó, después de unos segundos–, me gustaría que usted comprendiera mis limitaciones. Hasta ahora he intentado colaborar en todo. Espero que esté de acuerdo con esto. Creo que les he contado con detalle lo que me siento capaz de contar. Que es, como habrá visto, casi todo. Pero hay ciertas experiencias que no se pueden poner en palabras sin... alterarlas. Sin cambiar su sentido y su significado. Yo... espero que usted comprenda esto. Quiero decir que hay cosas de las que no se puede hablar, excepto muy indirectamente. Bueno, digamos que Amando quería convertirme en algo muy semejante a lo que es él, obligándome a hacerle daño a un ser completamente inocente. Sus razones... yo no podría explicárselas. Él buscaba... escapar de su propio sufrimiento. Como cualquiera. Como todos. Sólo que de una forma absurda, abominable. Eso es lo que le puedo decir sin equivocarme. De eso sí que estoy seguro. Y también de que la única escapatoria para mí, al final, fue entregarme.

La doctora no lograba disimular del todo su decepción (comprensible decepción, pensaba Beltrán) pero supo encajar aquella alambicada negativa con estoicismo, casi con cordialidad.

–Usted sabe –le dijo– que aquí no pretendemos otra cosa que ayudarle. Ayudarle a superar esta crisis. De todos modos, tengo que respetar su decisión. Sean cuales sean los hechos que lo han traído hasta nosotros... lo importante es que está aquí, y nuestra obligación es hacer todo lo posible para llegar a la verdad.

–Lo sé. Y se lo agradezco –Beltrán sonrió con tristeza. Después de pensarlo durante

unos segundos, se decidió a invertir los papeles, asumiendo el de interrogador, y también el de víctima, con una pequeña dosis de sarcasmo—. De todos modos, supongo que no necesitan más detalles para llegar a la conclusión de que mi locura no tiene remedio. ¿Podría decirme... podría preguntarle qué decisión cree que tomarán respecto a...? Quiero decir, ¿me llevarán a otro sitio? ¿Me quedará aquí mucho tiempo? ¿O cree usted que acabaré en la cárcel?

La doctora sonrió y cerró su cuaderno. Su mirada era comprensiva, cálida, casi protectora. Muy diferente, le parecía, de la de las primeras sesiones. A no ser que su memoria o su percepción lo estuvieran engañando. Pero no... Beltrán estaba seguro de que algo había cambiado en la actitud de la doctora Perea hacia él. Y sin embargo, la tentación (y en aquel momento se enfrentaba a ella, precisamente), la mera tentación de interpretar todo esto en clave romántica, le seguía pareciendo tan espantosamente ridícula que se vio obligado a apartar la vista de aquellos ojos verdes (antes glacialmente analíticos, ahora vagamente seductores), para no acabar sonrojándose.

—Ni yo ni mis colegas —dijo ella, con un tono de voz sereno, convincente— opinamos que esté loco... ni mucho menos que no tenga remedio, Julián. En absoluto. La verdad es que todavía no tenemos un diagnóstico lo bastante concluyente. Mire... usted vino aquí porque agredió a varios agentes de policía, en el momento en que le anunciaron que iban a dejarlo en libertad. Se acordará de eso, claro. Ingresó hace una semana, y lo primero que nos dijo fue que no podía volver a su casa, que no deseaba ser puesto en libertad. ¿Se acuerda? Tenía miedo. Estaba muy nervioso, excitado. Pero ha mejorado mucho desde entonces. Yo no creo que ahora realmente sea peligroso para nadie excepto, quizá, para usted mismo. Su conducta ha sido bastante racional y sensata en estos últimos días. Tengo que reconocer que me parece un hombre amable, respetuoso, básicamente tranquilo, que ha pasado por una evidente confusión. Por una etapa de su vida... muy compleja y tormentosa. Usted mismo lo admite. Y admite que no le resulta fácil discernir en su experiencia reciente lo que podría ser fruto de... las apariencias, o de una interpretación errónea de los hechos, y lo que son datos tomados directamente de la realidad; es decir: verdaderos hechos, en el sentido estricto. Declara haber matado a su esposa, sí... Pero la verdad es que no hay ninguna prueba que lo confirme. Ni siquiera usted ha sido capaz de aportarla, ¿se da cuenta? Los investigadores no encuentran ni un leve indicio que indique pruebas circunstanciales. Todo es demasiado vago, demasiado frágil y poco concluyente. No creo que vaya a la cárcel. Ni siquiera creo que haya juicio. Claro que yo soy médico. No abogada. Verá... En mi opinión debería quedarse con nosotros algún tiempo. Creo que podríamos ayudarle. Claro que no puedo tomar sola esa decisión. Mañana me reuniré con los doctores Nabiús y Berenguer. Supongo que en esa reunión tomaremos las decisiones que nos parezcan más beneficiosas para usted. Para su futuro. Naturalmente podrá opinar. Le prometo que le escucharemos.

Ambos, médico y paciente, compartieron un silencio amplio, ligero, confortable. Una

serena pausa completamente depurada de toda la tensión que había caracterizado a la entrevista de la víspera.

–¿Qué tal con su hijo? –preguntó por fin la doctora Perea.

–No muy bien –respondió Beltrán con franqueza.

–Se le pasará. Ya lo verá. Creo que es un buen padre. Y creo que él le quiere.

Beltrán sonrió, bajó la cabeza y cruzó los brazos sobre su vientre. Permaneció así, pensativo, absorto, por unos segundos.

–Fabio es lo único que me importa, ¿sabe? –dijo después, en apenas un susurro–, pero tengo miedo. No sé lo que haría si tuviera que renunciar a él por su propio bien. En ese caso... yo no sé lo que haría...

Ella lo miró con indulgencia, sonriendo y moviendo negativamente la cabeza.

–No se precipite –dijo–, puede que eso no sea necesario...

La visita sorpresa

La tarde de ese mismo día, Beltrán la pasó en la sala de recreo, jugando al ajedrez con otro paciente psiquiátrico. Un esquizofrénico, según había oído decir. La doctora Perea fue a buscarlo allí para darle una grata sorpresa. Al verla entrar en la sala, por encima del hombro de su contrincante, y dirigirse directamente hacia él, tuvo inmediatamente el presentimiento de que, a pesar de su ademán inexpresivo, más bien serio, era portadora de alguna buena noticia. No se equivocaba.

–Perdonen que los interrumpa, ¿les queda mucho? Tengo... algo para usted, Julián... Si quiere acompañarme...

Beltrán no era un gran jugador de ajedrez, y tenía la partida claramente perdida. Para contrarrestar el ataque combinado de alfil/torre, se había visto obligado a adelantar un peón, rompiendo su enroque. Tenía la dama paralizada, un caballo amenazado y no controlaba el centro. Su oponente era mucho más fuerte, había que reconocerlo.

–Me ha ganado otra vez, Patricio. Creo que me voy a rendir...

–Doctora... –empezó a decir aquel hombre rechoncho, calvo, con gafas de pasta gruesa, desentendiéndose por completo de compañero de juego y de partida–, me parece... me parece que últimamente estoy progresando mucho... ¿Me dejará ir al baile del domingo?

En sus palabras había una evidente carga de sorna.

–Claro que puede usted ir al baile del domingo, señor Ventura –contestó ella, con mucha calma, haciendo gala de una cortesía delicada e irónica–. Igual que cada domingo... ¿Acaso se lo hemos impedido alguna vez?

El hombre pareció quedar satisfecho con esta respuesta. Se despidió de su contrincante estrechándole la mano. Después, le dio la vuelta al tablero y se quedó allí, sentado, muy concentrado, estudiando la posición de las piezas.

–No se imagina por qué vengo a buscarlo, ¿verdad? –lo interrogó la psiquiatra, metiendo las manos en los bolsillos de su bata y mirándolo fugazmente con una sonrisa tan tímida como taimada.

–Pues... la verdad es que no.

La sala de recreo estaba en la primera planta. Médico y paciente recorrieron juntos, deprisa, el largo y ancho corredor en forma de L que conducía hacia el distribuidor y los ascensores. Después, ella lo guio decididamente a la planta baja por la escalera, sin despegar ya los labios, abroquelada en una enigmática reserva. Cuando llegaron al

vestíbulo, se plantó en el umbral y retuvo a Beltrán un momento por el brazo (primer contacto físico entre ellos, como él no pudo dejar de notar), e hizo inmediatamente un gesto con el mentón, invitándolo, al parecer, a encontrar algo con la vista en medio de aquella agitación.

Había gente por todas partes: cruzando el amplio recibidor, informándose en el mostrador, agrupados en corrillos, charlando, o sencillamente esperando sentados en las gastadas poltronas de cuero, junto a las chatas palmeras y las araucarias de aquellos grandes maceteros cúbicos y cromados que había muy cerca de las puertas automáticas. Y entonces lo vio. Estaba allí, precisamente. Era uno de los que aguardaban sentados. Su hijo. Fabio había venido a visitarlo. Decidió instantáneamente aplazar la euforia hasta haber entendido del todo la situación.

–Ha venido... a verme... –dijo–, ¿por voluntad propia?

–He hablado con él esta mañana –confesó la doctora–. Después de nuestra sesión. Pero no he tenido que insistirle mucho. Los Almera me han contado que anoche se disculpó con ellos, poco después de hablar con usted...

Beltrán comprendía lo importante que era, en aquella situación, mantener el control de sus sentimientos. Así que respiró hondo y miró a su médico, buscando apoyarse en su característico aplomo. Pero, para su sorpresa, encontró cierto brillo en los ojos de ella. Cierta brillo que parecía sugerir una incipiente emoción. De modo que supuso que debería confiar exclusivamente en sus propias fuerzas.

–No voy a saber qué decirle. Ya me pasó la otra vez. Hay muchas cosas que no sé cómo explicarle, ¿sabe? –la psiquiatra permanecía en silencio y ninguno de los dos parecía dispuesto todavía a dar un paso hacia el chico. Y entre tanto él, jugando con su móvil, no advertía que lo observaban–. ¿Tendremos mucho tiempo?

–Tendrá todo el tiempo que quiera –respondió ella con una sonrisa–; había pensado que... quizá le gustaría salir... dar una vuelta por la ciudad esta tarde.

La capacidad de sorpresa de Beltrán ya no podría dar mucho más de sí.

–Pero eso... ¿no está prohibido? Quiero decir... pensaba que estaba aquí... recluido. Creía que...

–Sí... técnicamente es así. En teoría está usted aquí en régimen de internamiento, claro. Para su observación. Pero... si los acompañase algún responsable de nuestro servicio... –comprendió entonces que ella estaba dando rodeos para decir algo que él ya había captado de sobra; sin embargo, todavía la dejó esforzarse un poco–, siempre se puede hacer una excepción. Si no le parece mal, yo misma...

Una vuelta por el centro

Después de saludar a su hijo (ni siquiera se atrevió a abrazarlo), Beltrán subió a su cuarto para cambiarse de ropa. Aquélla era una gran prueba de confianza. Ya no le cabía ninguna duda de que la doctora Perea se preocupaba por él de un modo personal, más allá de sus estrictas obligaciones médicas. Sin embargo, se negaba a llevar más lejos sus suposiciones. Aquello, después de todo, podía muy bien entenderse como una especie de iniciativa terapéutica; y en cualquier caso, lo más importante en aquel momento era el hecho de poder pasar una tarde entera con su hijo, fuera del recinto del hospital clínico. Cualquier nueva oportunidad de ganarse la confianza del adolescente era para Beltrán al mismo tiempo una difícil prueba y un valiosísimo regalo. Fabio había sido siempre un muchacho inteligente y afectuoso, aunque Marian y él nunca le habían prestado la atención debida. Las cosas no habían ido del todo mal los primeros años, hasta que ella empezó a cambiar. Nunca había sido exactamente cariñosa, pero en los últimos cinco o seis años se había vuelto extremadamente irascible, además de codiciosa y vengativa. Empezó una relación con otro hombre. Un ingeniero que estaba divorciado y tenía dos hijos mayores. Y después de éste, hubo varios más. Así que Marian acabó abandonándolos, marchándose definitivamente de casa, y entonces él tuvo que encargarse de todo. Fabio había pasado algún tiempo en un colegio especial. No era un internado exactamente, pero se ocupaban de los chicos durante todo el año. E incluso les programaban las vacaciones de verano, a base de excursiones, campamentos, viajes organizados... Era un centro muy caro. De verdadero lujo. Pero Fabio acabó aborreciéndolo. De modo que aquel curso lo había comenzado otra vez en su antiguo colegio. Y viviendo en casa de su madre. Ella, de pronto, parecía muy interesada en él. Sus motivos eran espurios, desde luego. Lo sobornaba, concediéndole toda clase de caprichos. Fabio hacía continuamente lo que le venía en gana. No era extraño, pensaba Beltrán mientras se vestía, que con semejantes padres, y con todo lo que había sucedido últimamente, el chico acabara mezclándose con amigos poco recomendables. No era nada raro que se hubiera adentrado por un sendero peligroso. Pero él estaba todavía dispuesto a luchar para impedir que arruinase su futuro. Incluso desde la cárcel, si era necesario. O desde un psiquiátrico. Daba igual. Todavía era su padre, y le quedaban algunos recursos. Todavía tenía legalmente la custodia. Su hijo era lo único por lo que estaba dispuesto a seguir luchando. La cuestión era cómo hacerlo.

El rumbo que tomaron las cosas aquella tarde no fue, ni mucho menos, el peor

posible. Beltrán logró una intermitente felicidad en compañía de su hijo Fabio y de la doctora Ana Perea, hacia quien el adolescente demostró una gran fluidez comunicativa. Algo que sorprendió mucho a Beltrán, ya que no se le habría ocurrido nunca que su hijo pudiera ser tan comunicativo. No hicieron nada de particular: dieron, simplemente, un paseo por el centro de la ciudad, a donde llegaron en el coche de la doctora, y después entraron en un mesón para tomar algo. Las primeras dos horas transcurrieron en una fácil armonía. Conversaron sobre asuntos más o menos banales: películas de cine, anécdotas relacionadas con famosos, y otras cosas por el estilo. La tarde transcurría, en fin, como si a ninguno de ellos le hubiera sucedido nunca nada grave. Hasta que, después de cenar, Fabio le hizo a la doctora Perea una pregunta comprometida: «Tú eres psiquiatra, ¿no?». La mujer respondió afirmativamente. Y el joven añadió: «Pero mi padre no está loco...». «No... Mira... –respondió ella–, los psiquiatras no sólo nos ocupamos de los locos... ¿sabes? A veces, simplemente intentamos impedir que la gente pierda la cordura...» Esa respuesta pareció dejar a Fabio medianamente satisfecho. Era muy natural que el chico estuviese completamente desorientado. Después de todo, y aunque no se comportase como tal, Marian había sido su madre. Y ahora él, su padre, se había autoinculcado de la muerte de ella. ¿Cómo podía esperarse que un niño de tan sólo catorce años asimilara una cosa así? ¿Cómo se le podía pedir que se enfrentara a eso? Y, sin embargo, en compañía de la doctora Ana Perea, arropados por el bullicio del viernes noche en el centro urbano, rodeados de los primeros adornos navideños detrás de las lunas de los escaparates, casi parecían seres normales, invitados comunes al banquete de una felicidad seriada y sin complicaciones.

Pero la angustia y la culpa, claro, estaban todavía ahí. Tan sólidas como el granito de las redondas mesas del parque. Tan apabullantes como el tráfico de las avenidas. Y más acuciantes, incluso, que los neones de las sex-shops o los rótulos luminosos de los bazares chinos. Beltrán no podía eludir esos sentimientos. Por eso su felicidad de aquella tarde resultaba intermitente, indecisa.

Si intentaba abandonarse a ella y no pensar en el futuro, entonces se sentía insoportablemente culpable. Decidía que no tenía derecho ni siquiera a unas horas de paz. Pensaba que tenía la obligación de estar muerto, o de fingir que lo estaba. Cuando conseguía amargarse lo suficiente con estas ideas, empezaba a encontrarse mucho mejor, pero entonces la tentación de gozar del momento volvía a atosigarlo. Y el ciclo empezaba otra vez.

Salieron del mesón pasadas las diez. Se les había hecho tarde. Se retiraron un poco precipitadamente. La doctora llamó a los Almera para advertirles del retraso. Regresaron al aparcamiento donde habían dejado el coche. Primero llevaron al chico con su familia de acogida. Ana Perea lo acompañó hasta la puerta misma de la casa. Beltrán observó la escena a través de la ventanilla, desde su asiento. Después, médico y paciente regresaron al hospital, como dos abejas díscolas volviendo a la disciplina de la colmena. Apenas si

cambiaron alguna palabra. Estaban cansados. Agradablemente cansados. Eran las once.
En la puerta los saludó un guardia jurado.

Reunión del equipo médico

Reunión del equipo médico (13 de noviembre de 2010)

La doctora Perea no había descansado demasiado bien aquella noche, y no se encontraba de muy buen humor. La reunión estaba prevista para las once, pero llegó tarde. Encontró la puerta de la sala abierta, y al doctor Nabiús gateando por el suelo, metido prácticamente debajo de una mesa de contrachapado, apenas visible a causa de los muchos papeles que se acumulaban allí en espectacular desorden. Lo primero que se le ocurrió fue que su colega y mentor andaba buscando argumentos para alimentar el explotado tópico humorístico (y terrorífico) del «psiquiatra lunático», pero cuando le oyó decir, dos veces seguidas, con la voz ahogada por el esfuerzo y la tensión de la postura: «Tiene que estar por aquí... no puede haber ido muy lejos»; concluyó, mucho más plausiblemente, que al doctor Nabiús se le había caído algo, justo antes de que ella entrase en la habitación.

–En fin... no hay que ceder a la obsesión –dijo el viejo doctor, incorporándose con dificultad–, ¿no le parece a usted?

La doctora Perea se limitó a sonreír y a preguntarle a su jefe por el tercer miembro del equipo, el doctor Berenguer.

–Sí, sí... acabo de llamarlo. Dice que no tardará ni cinco minutos. Viene de consultas externas. Estaba hablando con él, precisamente, cuando se me ha caído mi colirio ocular. Un frasquito con cuentagotas. De plástico. ¿Lo ves por alguna parte?

La doctora Perea respondió negativamente, después de un rápido y formulario vistazo al suelo de la estancia, mientras tomaba asiento y sacaba de una pequeña y elegante cartera de cuero su vulgar cuaderno de espiral con tapas rojas, además de varios papeles relativos al caso de Julián Beltrán, único asunto que tratarían en aquella reunión del sábado por la mañana.

–Ayer tuvimos la última sesión –dijo, entrando directamente en materia–, pero no fue muy provechosa, que digamos. Por lo visto hay algo que no puede... no sabe o... no quiere contarme.

–Pero supongo que eso –replicó Nabiús, sentado enfrente de ella, aunque con la cabeza todavía debajo de la mesa, al estilo avestruz–, supongo que a estas alturas una actitud como ésa no le sorprende lo más mínimo, ¿verdad, doctora?

–Bueno... Lo que no me encaja... lo que diferencia este caso de casi cualquier otro en el que haya trabajado antes... son varias cosas, pero lo más extraño de todo es que hasta

ayer parecía totalmente dispuesto a colaborar. En las otras sesiones de análisis se ha mostrado siempre muy solícito, además de coherente y comunicativo. Incluso locuaz, diría yo. Su empatía parece del todo normal. Manifiesta sus emociones de manera equilibrada. No pierde nunca el control y su discurso resulta bastante ordenado, riguroso. Nunca errático ni... demasiado inconexo.

El doctor Nabiús, cuya cabeza acababa de surgir al otro lado de la costra de papeles, de modo tan perturbador y amenazante como la torreta de un submarino nuclear emergería en la fría calma del ártico, no parecía muy dispuesto a una rápida y fácil anuencia respecto de la opinión de su ex alumna y actual colega, la doctora Perea.

—Me sorprende que usted se sorprenda a estas alturas, querida mía, de la capacidad de un paranoico para construir un delirio perfectamente estructurado, irreductible por vía dialéctica. Me parece, doctora, que no es la primera vez que nos enfrentamos a eso, ¿verdad?

Era la segunda oportunidad, en muy pocos segundos, que su jefe de equipo empleaba la expresión «a estas alturas», lo cual no tendría por qué molestarla, desde luego, si no fuese porque sabía perfectamente que, en el fondo, esa insistencia en subrayar la extensión ya considerable de su experiencia profesional ocultaba una actitud marcadamente paternalista, así como una evidente incapacidad para dejar de verla como a su inexperimentada discípula. Y precisamente en aquel instante irrumpió en la sala el doctor Berenguer, quien se sentó enseguida junto a sus compañeros, abriendo su portátil y saludándolos con un risueño «Hola... ¿habéis empezado ya?», pregunta que fue absolutamente obviada por los otros dos.

—¿No te precipitas en tu diagnóstico? —nunca había quedado del todo claro en qué momento preciso había sido autorizada a tutear a su viejo maestro, pero llevaba algún tiempo haciéndolo con gran naturalidad, y, por otra parte, advertía perfectamente la ironía de él cuando solemnizaba el tratamiento llamándola «doctora»—. Además, lo que me sorprende no es, como tú crees, que sea comunicativo o... locuaz. Ni tampoco que su discurso resulte coherente en apariencia. Pero sí me llama la atención que de pronto se excuse por no poder contarme algo en particular. Un episodio concreto, ¿comprendes? Hay enfermos que colaboran y enfermos que no. Habladores y no habladores... catatónicos... da igual. No se trata de eso. Si ha forjado un delirio tan completo, tan sólido, tan... pormenorizado, con gran aparato pseudorracional, ¿qué explicación hay para que de pronto se calle y pida disculpas por no poder continuar? Eso no encaja mucho con un perfil... paranoide.

—A no ser —intervino el recién llegado—, a no ser que el umbral autocrítico sea muy variable, en función del estado de ánimo. Siempre en el caso, por supuesto, de que la responsable de ese delirio fluctuante o... vacilante fuera una personalidad no psicótica. Sugiero un trastorno bipolar.

Notaba cómo su mal humor iba en aumento, por el curso precipitado de la discusión.

Era su paciente, y no estaba dispuesta, en absoluto, a perder el control de aquella manera.

–Parad un momento. Estamos yendo muy deprisa. ¿No deberíamos empezar poniendo en orden lo que sabemos, desde el principio? Además, no tenéis idea de lo que me ha contado en las últimas tres sesiones. Creo que debería informaros.

–Te escuchamos, Ana –dijo inmediatamente el doctor Nabiús, con socarronería.

–Inmensa gratitud –replicó ella con sarcasmo–; bien... el paciente tiene cuarenta y nueve años –continuó, leyendo sus notas del cuaderno rojo–, ingresó en nuestro hospital el pasado día dos, por decisión judicial, tras haber protagonizado un altercado en la comisaría en la que había estado retenido, después de que el día treinta del pasado mes se autoinculpase del asesinato de su esposa. Sin embargo, aquí desde el principio mostró una conducta perfectamente ordenada, y no se ha podido detectar ninguna sintomatología clara. Nada que apunte a un trastorno psicótico. Y mucho menos a una personalidad antisocial que explique el episodio violento del que nos han informado. Cumple las normas, toma la medicación y no causa problemas.

»Bien... El asunto es que él asegura haber matado a su esposa. O, mejor dicho, haber organizado y pagado su asesinato, según un supuesto plan elaborado por cierto amigo suyo, el tal Amando, al que hacía mucho tiempo que no veía, y al que afirma haber matado también. Así que, en mi opinión, lo más urgente sería determinar qué hay de verdad... de posible verdad, en toda esta historia. Por una parte, la policía nos dice que no encuentra pruebas que vinculen a Julián Beltrán con la muerte de su mujer. Por otra parte, no cabe duda de que esa muerte se produjo en circunstancias bastante extrañas. Las cuales coinciden, por cierto, con los detalles que el paciente nos ha proporcionado. Eso es algo que habría que explicar, por supuesto, si verdaderamente no fuera el responsable... Como comentábamos después de la segunda sesión, relata detalles que no han trascendido a los medios... Claro que, en mi opinión personal, esto no demuestra nada. O demuestra muy poco. Aparte de la información difundida por la prensa, el paciente ha podido reunir otros datos de forma privada; a través de sus abogados, o de sus amigos y conocidos. Beltrán es, o ha sido, un hombre muy bien relacionado.

–Parece, querida mía –la interrumpió Nabiús–, que ya no sólo estás dispuesta a defender a capa y espada la cordura de tu paciente, sino también su virtud... y hasta su ejemplaridad.

La doctora Perea miró a su jefe con las mejillas incendiadas y una sonrisa más bien belicosa en sus labios delgados y descoloridos.

–Sabes de sobra que podrían ser dos cosas hasta cierto punto incompatibles. No... no voy a defender tan a capa y espada, como tú supones, su salud mental. Creo que hay un trastorno, pero quizá no demasiado grave si lo tratamos adecuadamente. Y, en cuanto a lo otro, pues tampoco voy a descargarlo de todas las culpas. No creas. Pero estoy segura de que no mató a su esposa.

–Ahora sí que me estoy perdiendo –dijo Berenguer, que parecía divertirse con todo

aquello.

–Si me lo permitís... intentaré explicároslo. La clave, por supuesto, hay que buscarla en la historia pasada y reciente de Julián Beltrán. Hemos podido confirmar la veracidad de gran parte de las cosas que nos ha ido contando. Sabemos, por ejemplo, que realmente pasó unos años en Venezuela. Unos cuatro o cinco años en total. Sabemos también que volvió de allí, pasados los treinta, con un capital bastante respetable, y que puso en marcha varios negocios... Pero desde hace dos o tres años, con la crisis económica, las cosas ya no le iban demasiado bien. Estas serían todas las piezas del puzzle. Por supuesto hay varias formas más o menos convincentes de armarlo. Pero yo creo que hay una que lo resuelve todo a partir de una única suposición relativamente simple...

–Ockham está encantado, querida, pero yo me impaciento –intervino agudamente Nabiús, que se había levantado y no dejaba de dar vueltas por la estancia buscando su cuentagotas–, ¿cuál es tu simple hipótesis, doctora?

Ana bajó los párpados y respiró hondo, para hacer acopio de paciencia.

–He partido del único móvil posible para su conducta. Posible y evidente, puesto que él mismo lo declara. Sea cual sea su verdadero estado mental, este hombre se ha entregado movido por la culpa. De eso estoy segura. Por un profundo y sincero sentimiento de culpa, opino yo. Luego, tenemos un extraño relato sobre la visita de un amigo, largo tiempo ausente, que de manera bastante inexplicable... lo ayuda a librarse de su mujer. Y eso sin que medie ningún aparente interés, ni tampoco un móvil lógico para esa ayuda. Recordaréis que, según él, Amando había sido su socio en Venezuela, en negocios bastante turbios. Y que asegura haberlo matado. Pero si creemos su historia, habría sobrevivido milagrosamente, y ahora estaría aquí, en este país, aunque nadie más que él parece haberlo visto. Nadie más que Beltrán.

»Bien... El caso es que, más tarde, a partir de la muerte de la esposa del paciente, la supuesta relación entre ambos se deteriora, se vuelve cada vez más extraña, más... irracional. Con episodios poco verosímiles, casi oníricos, diría yo. Según lo que me contó en la penúltima sesión, Amando desapareció unos días. Y después, se metió en su casa una noche, para... atemorizarlo y obligarlo a que lo acompañara a no sé qué lugar. Lo que pasó allí es justo lo que no ha querido revelar.

–Tu hipótesis, Ana.

–Ten paciencia... ¿Qué vemos si analizamos toda esa parte de la historia en que interviene su amigo Amando? Es decir... la mayor parte. ¿Qué es lo que vemos, realmente? A mí me parece que nos encontramos ante un fantasma. Una figura tenebrosa. Tal vez imaginaria. Así que por un lado tenemos la culpa. Una culpa real, o al menos percibida como real... e incluso asumida de una forma madura, serena, casi ejemplar... –y al pronunciar «ejemplar», la doctora Perea dirigió una mirada afilada al doctor Nabiús, quien se hallaba demasiado entregado todavía a su empecinada búsqueda como para llegar a notarla–, y, por otro, a un personaje muy dudoso, casi espectral. ¿Os

dais cuenta de que si consideramos a Amando, el Amando que se presenta por sorpresa en su casa y se inmiscuye en sus asuntos, como el producto de un delirio, lo demás encaja perfectamente? Mi interpretación sería ésta: Beltrán asesinó realmente a su amigo y socio, hace unos veinte años, en Venezuela. Ocurrió tal y como nos lo ha contado. Ahí tenemos la fuente originaria del complejo de culpa. Así que, varios años después, nos encontramos con un hombre de negocios de mediana edad, en plena crisis emocional y económica. Vive con una chica más joven que él, pero ella está a punto de abandonarlo. Aunque todavía goza de cierto patrimonio, los negocios no le van nada bien en los últimos tiempos. Además de eso, su esposa no para de complicarle la vida. Lo amenaza continuamente con sacarle más dinero, e incluso planea arrebatarse la custodia compartida del hijo que adoptaron juntos al principio de su matrimonio. Y esto no lo hace a humo de pajas, porque resulta que él tiene, desde años atrás, problemas con el alcohol, y sabemos, por su historia clínica, que hace pocos meses su médico de cabecera le diagnosticó una depresión severa. Todo esto lo ha confirmado la policía. Precisamente, su inestabilidad mental era uno de los argumentos que planean utilizar los abogados de ella... Entonces, Beltrán fantasea con matarla. Después de sus años en América, había intentado rectificar su vida enterrando el pasado. Había vivido muy cómodamente gracias a su fortuna. Pero de pronto, se siente amenazado. Por todas partes lo acecha el fracaso. Un fracaso total. Llevaba años conviviendo con sus remordimientos, con un soterrado sentimiento de culpa del que casi había conseguido desembarazarse... hasta que la hostilidad que le provoca la actitud de su mujer lo reactiva, y se ve obligado a enfrentarse a él... de nuevo.

–Sí... Ya sé por dónde vas... –intervino Berenguer, que estaba siguiendo con interés las explicaciones de su compañera–; partiendo del hecho de que todo le va mal, decide inconscientemente poner en orden su vida... buscando su castigo.

–Exacto –confirmó Ana Perea, estampando sobre el cuaderno abierto la palma de la mano derecha–; cuando se entera del accidente de su ex esposa, su cerebro, torturado, angustiado, sufre una grave crisis. Beltrán se culpa también de la muerte de ella... aunque realmente no ha tenido nada que ver. Y entonces se desencadena el brote psicótico. Su cerebro decide hacer las paces con su conciencia, zanjar el pasado, al margen de su voluntad. Es posible que sufra algún tipo de alucinación. Tal vez un sueño recurrente que se esfuerza en racionalizar durante la vigilia. Puede que sea así como a partir de la neurosis obsesiva originaria se desencadene la fase maníaca. Pero es más difícil precisar la génesis que la etiología. Aunque está claro que se trata de un delirio de carácter paranoide, muy complejo, en el que el socio al que asesinó vuelve para tenderle una trampa y arrastrarlo a su condenación. Supongo que incorporaría progresivamente a su relato una serie de... datos... elementos circunstanciales tomados de la realidad, de la actualidad, haciéndolo cada vez más y más complicado. Me parece muy posible que muchos de los detalles... por ejemplo los lugares que menciona, sus itinerarios, los desplazamientos, las indicaciones cronológicas, o... ciertas referencias a noticias de

prensa... todo eso podría muy bien ser completamente exacto. Un material empírico mezclado con antiguos temores, con revividas fobias. Un material elaborado en el curso de un largo proceso maniaco. En definitiva, algo que termina convirtiéndose en una historia completa. Una historia que, por supuesto, el paciente termina interpretando como un verdadero recuerdo. Y al final, durante una crisis de pánico, provocada por el alcohol o por el insomnio... decide entregarse a la policía. Éste sería el mecanismo, en líneas generales. Relativamente simple y convincente, me parece. La típica secuencia de pecado y expiación. Remordimientos desplazados en una memoria confusa. Una especie de fantasía morbosa elaborada en torno a la figura de un muerto, y desencadenada por los mecanismos insidiosos de la culpa. Bueno... es sólo una teoría... La verdad... resulta siempre elusiva. El mundo es misterioso, y el cerebro... (creo que esto ya lo sabéis) es el lugar más misterioso del mundo, ¿no?

Apenas había terminado de decir esto, cuando algo inesperado se desencadenó en aquella habitación. El doctor Nabiús, que todavía estaba de pie registrándolo todo y había permanecido en silencio durante aquellos últimos minutos, lanzó una especie de ronquido y dirigió una mirada asesina al doctor Berenguer.

–¡Tú! –rugió, y se lanzó hacia él, rodeando la mesa en tres zancadas, como disparado por un muelle–. ¡Eras tú!

–No... –alcanzó a responder Berenguer–. ¡Yo no! –antes de verse obligado a propinarle un manotazo en los dedos para apartarlos del bolsillo superior de su bata, del que sobresalía la pequeña caperuza de plástico de una botellita de colirio. El doctor Nabiús emitió entonces un extraño e inexplicable gorjeo, que hizo temer a la doctora Perea que se tratase del preludio de un desvarío todavía mucho mayor, y ya de imprevisibles consecuencias. Sin embargo, la cosa se resolvió con una simple aclaración de Berenguer que obligó a su jefe a deponer su actitud agresiva.

–¡Yo también uso colirio! –dijo, con una voz aflautada y contrita, como de monaguillo asustado–. Para mi conjuntivitis...

–¿Tú también usas... colirio? –tronó Nabiús, indignado por esa inesperada contingencia.

Ana Perea asistía incrédula al espectáculo que le ofrecían sus dos colegas. Conocía de sobra la fama de excéntrico de su antiguo mentor, que él mismo se encargaba de nutrir y fomentar, y de la cual se jactaba sin demasiados remilgos. Y estaba familiarizada, también, con su extraño sentido del humor; histriónico contrapunto de su incuestionable prestigio profesional. Pero aquello era demasiado, realmente infantil. Una verdadera situación de parvulario. Y de repente, por contraste, le parecía completamente infundado avergonzarse de albergar confusos sentimientos de afecto hacia uno de sus pacientes, como si ello fuese un síntoma de inmadurez. Pensó, en ese momento (en realidad lo había estado pensando a fondo aquella noche), que la madurez era algo tan extraño, al menos, como cualquier otro concepto humano. Dependía siempre, igual que el resto de los juicios, científicos y no científicos, de la situación del observador. Principio (se le

pasó entonces por la cabeza) que podía aplicarse también a cualquier diagnóstico psiquiátrico. ¿Dónde estaba el criterio último de verdad? ¿Dónde estaba la ansiada referencia inmutable? Y, sin embargo, asumiendo la falta de consistencia de todo, aparecía un cuadro completo y armonioso. Mientras que, *a contrario sensu*, los detalles en sí mismos parecían bastante consistentes. De alguna enigmática manera se podía hablar, sí, de madurez e inmadurez; lo mismo que de cordura y de locura. Pero la madurez verdadera debía de estar en otra parte, porque la mayoría de los seres humanos adultos que poblaban la tierra eran niños de un mismo curso fingiendo ser mayores que el resto de los niños de su clase.

—Perdona, Ana —el doctor Nabiús tenía ahora la cara de un adolescente que acabase de cometer alguna fechoría, y el doctor Berenguer, por su parte, parecía tan atemorizado como ofendido, al mismo tiempo que se esforzaba en aparentar que apreciaba las bromas de su superior jerárquico—, creo que has hecho un gran trabajo con este paciente. Estoy de acuerdo contigo en que se da cierto complejo de culpa, cuya etiología concreta tal vez no lleguemos a desentrañar nunca... Admito que tu teoría sobre el delirio desencadenado por la muerte de una esposa odiada, y por la necesidad de neutralizar una culpa más antigua, entraña cierta... coherencia. Incluso cierta belleza. Un hombre se culpa de un crimen reciente que no ha cometido para expiar otro, muy antiguo, que sí cometió. Es una posible explicación y no podemos excluirla. Me parece bastante sólida, pero también (y estarás de acuerdo, espero) completamente imposible de confirmar. La cuestión, ahora, es... ¿qué hacemos con este sujeto? ¿No tendríamos que hablar de esto con nuestros amigos de la policía?

Si tenía a Nabiús de su parte, no podía ya errar el tiro. Era el momento que había estado esperando. Sabía lo que debía decir y también cómo debía decirlo; sin embargo, los nervios podrían fácilmente traicionarla. Debía ser, al mismo tiempo, concisa y convincente en sus recomendaciones.

—Confío en la voluntad de regeneración de este paciente, de... este hombre. Hay un elemento clave: su hijo. Creo que ahora es lo único que realmente lo ata a la vida. Estoy segura de que, sea lo que sea lo que haya hecho, está profundamente arrepentido. Y me parece que será un buen padre. No debemos separarlos. Aunque, por otra parte, no podemos darle el alta, sin más. Él no lo aceptaría. Podría tener otra reacción parecida a la de la comisaría. Incluso podría sufrir un colapso. No creo que esté en condiciones de... de reintegrarse a una vida normal, sin más. Necesita hablar, vaciarse del todo. Necesita un diagnóstico más preciso, y una vida lo más ordenada posible. Y eso, me temo, es una cosa que sólo aquí podemos proporcionarle. Es posible que así llegue a asumir y a neutralizar completamente su conflicto interno, su culpa, la que tiene todavía dentro, proceda ésta de donde proceda. Creo que debemos tenerlo aquí algún tiempo más. Quizá unas semanas más. O unos meses. Hasta que esté preparado.

Hubiera querido mostrarse todavía más segura, claro... más vigorosa, más persuasiva; aunque en general estaba satisfecha de su actuación. Y el doctor Nabiús asentía, en un

claro gesto de anuencia; así que no debía de haberlo hecho demasiado mal. Probablemente, se saldría con la suya, y lo retendría allí por una buena temporada. Contaría con todo el tiempo necesario para meditar bien el siguiente paso. Un paso que podría llegar a ser bastante comprometido, desde luego. Personal y profesionalmente comprometido. Si es que por fin se decidía a darlo. Y era muy posible que sí. La madurez no la estaba volviendo más prudente. Casi al contrario. Había aprendido, a esas alturas, que el riesgo era sencillamente el precio de la vida. Si la vida tenía algún valor, no le importaba pagarlo. Y si no, todavía le importaba menos.

Memoria confusa (delirio, sueño)

Antes de empezar con el tratamiento, acariciarlo, hablarle con voz suave, procurar que se confíe

La crema depilatoria Hair No More es un inhibidor del vello que libera a hombres y mujeres del proceso doloroso y costoso de la cera, electrólisis o láser. El Hair No More detiene progresiva y naturalmente el crecimiento del vello a través de la tecnología de enzimas

Si no te gusta, Marian, ¿por qué no te encargas tú? Que prefieres ir a la montaña... pues nos vamos a la puta montaña. Te juro que me da igual. Pero entonces el crío se lo dejamos a tu madre. Porque ése no es un sitio para ir con el crío

La administración del dolor será progresiva, sistemática, utilizando las

El Hair No More remueve, de forma indolora, el vello facial y corporal y ayuda a prevenir su crecimiento. Está disponible en un kit completo que incluye: dos frascos de una crema depilatoria suave y aun así poderosa, y el spray inhibidor revolucionario que evita que el vello vuelva a crecer durante meses y meses

Según esto, lo «justo» y lo «injusto» sólo aparecen cuando se ha establecido la ley (y no, como pretende Dühring, a partir del acto ofensivo). No tiene sentido hablar de lo justo y lo injusto en sí. Ofender, forzar, expoliar y aniquilar no pueden ser «acciones injustas por naturaleza», dado que la vida actúa en esencia –esto es, en sus funciones fundamentales– ofendiendo, forzando, expoliando y aniquilando

progresiva y sistemática, utilizando las herramientas según los gráficos

del proceso doloroso y costoso de la cera

tu hermano se los deja continuamente, no sé por qué nosotros no podemos recurrir a

ella un fin de semana. No te inventes problemas donde no los hay

¡Oh! ¡Sagrado Dios jodido! –exclama–. ¡Cómo me vuelve loco esta criaturita! ¿Qué quieres hacer con ella, Juliette? ¿Llevarías tu imbecilidad hasta el punto de tener algún sentimiento... alguna consideración por ese repugnante resultado del bendito cojón de tu abominable esposo? Véndeme a esta zorra, Juliette, te la pago; quiero comprarla; manchémonos los dos, tú con el bonito pecado de vendérmela, yo con el más excitante todavía de no pagártela más que para asesinarla. ¡Oh!, sí, sí, Juliette, ¡asesinemos a tu hija!

siendo que el vello que vuelva a crecer se presenta frecuentemente más fino y más ralo que nunca

problemas donde no los hay

¡en muchos casos los pelos nunca más vuelven a crecer!

proceso doloroso y costoso de la cera

Antes de pasar al siguiente nervio dental, asegurarse de que el precedente está ya completamente muerto. Si el dolor le hiciera perder el sentido, las inyecciones de 0,2 mg de adrenalina

Yo no necesito ir a ninguna parte. Tú eres la que dice que se aburre, que nunca hacemos nada

no hay origen absoluto del sentido en general. La huella es la diferencia que abre el aparecer

Hay que aceptar algo más grave aún: y es que, desde la suprema perspectiva biológica, las condiciones de vida por las que se ejerce la protección legal no pueden ser nunca más que situaciones de excepción

Una primera clase incluye receptores de gran diámetro, mielinizados y de umbral elevado. Debido al gran diámetro del axón y a la mielinización, estas fibras informan con mucha rapidez

suprema perspectiva biológica

¡Haz lo que quieras de Marianne, jodido bribón! –digo llena de furia–, te la entrego

vello más fino y suave que hará recordar al de un bebé

Tan pronto oye estas palabras, desencoña, agarra a esta desgraciada niña y la tira, desnuda, a las llamas; yo lo ayudo y, como él, me armo con un hierro para rechazar los movimientos naturales de esta infortunada, a la que levantan y empujan hacia nosotros saltos convulsivos; se nos masturba a los dos, se nos encula

problemas donde no los hay

doloroso y costoso de la cera

se nos encula; Marianne está asada... está consumida

Una segunda clase de receptores del dolor en la piel consta de fibras finas y amielínicas que son de conducción lenta

no pueden ser nunca más que situaciones de excepción, que son restricciones parciales de la verdadera voluntad de vivir

El sistema Hair No More de retraso del crecimiento de los pelos, de larga duración, es el favorito de los australianos y ha sido reformulado para ser tan poderoso que los esteticistas ya se interrogan:

asada, consumida

¿Esto podría significar el fin de los tratamientos ofrecidos por los salones?

¡Que esta sólida, excesivamente sólida, carne pudiera derretirse y disolverse en rocío!

Por favor... ¡dibújame un cordero!

las neuronas postsinápticas absorben la sustancia P y empiezan a remodelar sus dendritas

quien se niega a creer en el Hijo no sabrá lo que es vida;

es el favorito de los australianos doloroso y costoso biológica de la cera suprema perspectiva

lleva encima la sentencia de Dios

La prueba de que el principito existió es que era encantador, que reía y que quería un cordero. Querer un cordero es prueba de que se existe

todos estos descoloridos ateos, anticristos, inmoralistas, nihilistas, escépticos, incrédulos y otros raquíuticos del espíritu

tú eres la que dice que se aburre

se creen de hecho extraordinariamente desvinculados del ideal ascético. Pero yo voy a descubrirles algo que no pueden ver porque lo tienen demasiado cerca: el ideal ascético
Diga adiós a la depilación, a las láminas, a la electrólisis, a la cera y al dolor...

es también su ideal

Orden de los asesinos

Por qué buscáis entre los muertos

Está disponible en un kit completo que incluye: dos frascos de una crema depilatoria suave

su más íntimo secreto: «Nada es verdad, todo está permitido»

al que está vivo

¡Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo! ¡Vergüenza de ello!

al que está vivo

En cuanto al suministro de Zyklon B, lamentamos no poder atender su petición, dadas las actuales dificultades de producción y transporte, pero debemos recordarle, a este respecto, las soluciones alternativas que el Alto Mando ha propuesto. (Usted, Heydrich, mejor que nadie, conoce las dificultades

Instrucciones, acariciarlo

a las que nos enfrentamos; pero la misión que el Führer le ha encomendado no es la de crear nuevos problemas, sino la de encontrar soluciones; y el gas –estará de acuerdo– resulta un procedimiento

hablarle con voz suave

demasiado piadoso para esos repugnantes judíos suyos)

instrucciones

diga adiós

para torturar

vergüenza de ello

a un niño

el favorito de los australianos

ideal ascético

tú eres la que se aburre

torturar

kit completo

el crimen no tiene nada

diga adiós

el crimen no tiene

kit completo

evita que el vello

por aquí se entra

vuelva a crecer

como pretende Dühring

ciudad del llanto

diga adiós

a un niño

ideal

asada, consumida

según tu voluntad

adiós

depilación

Dühring

adiós

Noche en el clínico (4) (Epílogo)

Y yo repuse:

–Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto?

A lo que me contestó:

–Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir; y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo, la misericordia y la justicia los desdeñan; pero no hablemos más de ellos, sino míralos y pasa adelante.

Dante, *Infierno*, Canto III

Lo despertó su teléfono móvil, a las cuatro y media de la madrugada. Lo cual era insólito, porque no recordaba haberlo recuperado. Y sin embargo, aquel sonido, aquella repetitiva y aguda combinación de notas, excluyó de su ánimo desde el primer instante cualquier clase de duda. Era su móvil, desde luego. Se levantó de la cama, abrió el armario, rebuscó en su equipaje. Y allí estaba, entre la ropa: su celular, con la pequeña pantalla iluminada. Ya no sonaba. Advirtió que en esa pantalla había una imagen. Y enseguida se dio cuenta de que esa imagen correspondía a un lugar conocido por él. Estaba junto a las cocinas. Era el corredor de la lavandería, en la parte de atrás del gran edificio. Lo reconoció por los contenedores de ropa. Había visto esos contenedores desde el parque, durante uno de sus paseos alrededor de la gran mole del clínico.

Permaneció allí, de pie, unos cuantos segundos, contemplando el móvil como si se tratase de un fetiche, y después decidió depositarlo de nuevo en su bolsa de viaje. Se vistió de prisa, procurando no hacer ningún ruido. Se puso el anorak encima de la camisola del pijama. Se calzó los zapatos, pero inmediatamente volvió a quitárselos y los sustituyó por sus deportivas. Antes de salir de la habitación, miró a un lado y a otro desde el umbral de la puerta. El corredor estaba desierto. Ni siquiera oyó el menor ruido procedente de la sala de control, algo verdaderamente extraño, puesto que allí la televisión o la radio solían funcionar durante toda la noche. Salió y cerró la puerta con mucho cuidado.

Se dirigió a paso rápido hacia el distribuidor. Pensó en utilizar el ascensor. Después de deliberar un instante se decidió por la escalera. A mitad de camino, se detuvo en uno de los rellanos. Miró por la ventana. En la oscuridad, sobre las copas de los árboles, suavemente agitadas por la brisa, distinguió una acumulación de plateadas nubes en

movimiento. Y entre ellas, vio aparecer y desaparecer un cuarto creciente delicado y cruel como una cimitarra. Continuó bajando por la escalera a gran velocidad. En su mente no había ahora otra cosa que la imagen de aquellos grandes contenedores color crema, repletos de sábanas arrugadas. Eso, y un miedo que no era miedo, porque lo anulaba, lo neutralizaba una especie de justificada furia. Una indignación pletórica y vibrante, tan cargada de razón, le parecía a él, que nada podría oponerle resistencia. Y era, desde luego, ese mismo sentimiento lo que le hacía recorrer sin titubeos los pasillos de aquel edificio aparentemente deshabitado, rodeado de vasta y espesa noche por todas partes, como un trasatlántico abandonado a causa de alguna infundada alarma de naufragio.

Al llegar al corredor de la lavandería, en el semisótano del clínico, notó cómo su seguridad cedía, flaqueaba. Notó cómo su determinación (sin verdadero objeto) menguaba muy deprisa hasta convertirse en apenas una queja impotente y muda. Una queja patética ante aquella presencia intuida. La presencia llena de hostilidad de alguien que venía a buscarlo, con toda la carga hiriente del brutal pasado.

«Ya he pagado», dijo, inmóvil en medio del ancho corredor, con un tono de voz firme y neutro. Ni muy flojo, ni muy fuerte. Le respondió el chasquido de alguna persiana golpeada por una ráfaga de viento, quizá en una estancia contigua. Nada más. Apenas le proporcionaban algo de luz los pilotos nocturnos que había en el distribuidor. Y ésa era una luz demasiado escasa para descubrir a quien sin duda se ocultaba allí, en alguna parte.

Una porción de aquella oscuridad se hizo más densa, se desgajó del resto conformando lentamente el relieve de una figura humana. Beltrán aguzó su vista todo lo que pudo, sin atreverse a respirar y con la sangre hormigueándole en las manos. Trató de reconocer a Amando en aquella delgada figura que tenía delante, pero no lo consiguió. Demasiado delgado. Demasiado bajo. No era Amando. Sólo necesitó una palabra para identificarlo:

—Papá.

Ahora lo entendía todavía menos. ¿Qué hacía Fabio allí, en el clínico, y a esa hora?

—Papá...

Seguía sin poder articular una sílaba, entre otras razones porque sus pulmones aún estaban vacíos. Entonces tomó aire, lo fundió con la burbuja de perplejidad que ocupaba su pecho y transformó la mezcla en una simple e inevitable pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —contestó el chico.

—A buscarme... —repitió Beltrán, incrédulo—. ¿Has sido tú el que ha llamado?

—Ha sido él —respondió Fabio, en voz baja—; está en la casa. También hay un niño. En la casa.

—¿Un niño?

—Tenemos que sacarlo de allí —explicó su hijo, con cierta reverberación de angustia en

la voz.

Sin preguntar nada más, Beltrán se dejó guiar hacia el exterior.

Atravesaron el parque sin intercambiar palabra. Pasaron entre los castaños, avanzaron por los senderos de grava entre los setos de evónimo. Cruzaron la pérgola y salieron sin dificultad al exterior. No había nadie en la garita y la verja estaba abierta.

Una gran avenida relucía delante de ellos bajo la luz cetrina de las altas y encorvadas farolas. El asfalto debía de estar húmedo, aunque no había ningún charco a la vista. No se distinguían tampoco edificios en las manzanas adyacentes, sino unas pocas casas aisladas, muy separadas unas de otras. Viviendas de dos o tres plantas, diseminadas entre los solares vacíos bajo el nublado cielo nocturno. Soplaban un viento suave y fresco. A lo lejos, se divisaba la silueta de lo que podría ser una fábrica.

Caminaron por el centro de la avenida durante unos diez minutos, alejándose del hospital. Luego, Fabio repentinamente cambió de rumbo, rebasó una acera jalonada por escuálidas acacias y se internó en una explanada de tierra agrietada y más bien blanda. A medio kilómetro, más o menos, se distinguía una solitaria casa de tres plantas, con tejados a distintos niveles y varias terrazas. Ninguna cerca o muro protegía el chalet. Cuando llegaron, simplemente empujaron lo que parecía ser una puerta lateral pintada de blanco y con un ventanuco redondo como un pequeño ojo de buey. Entraron.

–¿Ya estás aquí? –el hombre parecía realmente sorprendido–. ¿Es éste tu padre?

Era muy corpulento y vestía un mono de color pardo; llevaba puestas unas botas de jardinero. Su cara, por alguna vaga razón (tal vez, por el aspecto céreo de sus mejillas), sugería la de un muñeco. Habría resultado imposible establecer con alguna precisión su edad. Llevaba una gorra con visera. Sus ojos eran turbios, ausentes, soñolientos. Depositó en el banco de la cocina el cartón de leche que sostenía en la mano derecha y volvió a preguntar: «¿Es tu padre?». Entonces, Fabio asintió sin despegar los labios. «Bien...», dijo el desconocido mirando reflexivamente hacia el suelo. Luego levantó la vista («Bien...») y miró alternativamente a sus dos interlocutores: «Nadie debe veros, ¿está claro?». Durante un lapso indefinido, quedaron los tres paralizados y mudos en la cocina, envueltos en una especie de relámpago de unánime expectación. Llegaban voces desde algún otro punto de la casa. De pronto, como si hubiera recibido una orden telepática, el hombre dijo: «Vamos».

Avanzaron por un pasillo hasta una sala muy concurrida, pero no entraron. Se limitaron a observar desde la puerta lo que ocurría. Era un gran salón rectangular con un desnivel de medio metro, más o menos, a causa del cual la tercera parte de la estancia se encontraba a una altura mayor que el resto. Imposible saber cuánta gente había. Treinta, cuarenta personas, como mínimo, muchas de las cuales entraban y salían continuamente por las distintas puertas de la amplia sala. Parecían todos involucrados en algún complicado juego colectivo. Había un portátil en una pequeña mesa. Varias personas alrededor escrutaban con mucha atención la pantalla. Alguien, cadenciosamente,

anunciaba números en voz alta. Las cifras desencadenaban oleadas de rumores entre los participantes.

–Será mejor que subamos –dijo el improvisado guía–. Lo veremos todo mucho mejor desde arriba.

Después, condujo a Fabio y a su padre hacia una escalera y ascendieron a la planta superior. Desde una balconada, tal como el desconocido había anunciado, gozaban ahora de una panorámica completa de aquella gran reunión. La impresión general era la de una fiesta de alto standing en la que los invitados se entretenían con un juego semejante al bingo, aunque no era exactamente el bingo. El estuco de los corredores y el artesonado de los techos sugerían que la casa era antigua. Más antigua por dentro que por fuera. La decoración, al menos, resultaba de un lujo exótico y rancio. En un ángulo había una estatua de bronce de Shiva. En el otro, unas plantas de interior y un gran acuario. La concurrencia era diversa. Algunos conversaban animadamente. Otros, en actitud hierática, parecían directamente extraídos de un cuadro de Memling: una anciana con velo, sentada; y detrás de ella, un hombre vestido de chaqué, con aspecto de pájaro disecado. Gente rara, de muy diversas edades.

A la altura de los ojos de Beltrán, suspendida del techo, había una gran lámpara decorada con cristales de aguamarina. La luz, entre azul y verdosa, resultaba tétrica. Luz de penicilina. Toda la escena parecía un poco demencial.

El portavoz pronunció una cifra. Una mujer dijo algo en voz alta y en ese momento subió el tono general de las murmuraciones.

–Ahora sacarán una tarjeta –explicó el cicerone–, y leerán el castigo...

En efecto, el mismo que anunciaba los números (un tipo moreno, llamativamente bronceado y de mediana edad, que vestía un traje gris marengo, buenos zapatos y una camisa de rayas) se dirigió hacia una mesa de cerezo sobre la que había una urna de cristal, levantó la cubierta transparente y extrajo una tarjetita, cuya inscripción leyó en voz alta:

–Untarle la cara con chocolate –hizo una pausa y sonrió–, untarle la cara con chocolate mientras muerde un melocotón pelado con los dientes.

Risas generales. Revuelo de voces que repetían la prescripción. Ahora todos parecían divertirse mucho, incluida la propietaria del número agraciado. Después de un minuto o dos de confusión, apareció una joven obesa y sonriente, vestida de negro, con un frutero bien surtido. La seguía un chico, también de negro, con un cazo que previsiblemente contenía el chocolate líquido. Las instrucciones se cumplieron con exactitud y diligencia, entre frenéticas risotadas, palmas y gritos guturales. Pero un fenómeno imprevisto interfirió en el clima de diversión colectiva. Una bella mujer con lacia melena de platino y un flequillo perfectamente recortado sobre las cejas había empezado a emitir de forma incontrolada un llanto agudísimo. Era un gemido estridente y nasal que se repetía a intervalos regulares, marcados por dramáticos hipidos. Estaba de pie, junto al acuario. Otros invitados la rodeaban y trataban aparentemente de consolarla, aunque a Beltrán le

sorprendió el hecho de que lo hicieran entre ataques de risa que no se molestaban en disimular en absoluto.

–Lo que quiere –le explicó al oído el hombre con gorra y botas de jardinero–, lo que quiere es que le hagan lo mismo a ella. Siempre igual. No puede evitarlo...

En efecto, aquella mujer de apariencia elegante y madura no interrumpió su estridente gimoteo hasta que el tipo del traje gris marengo le deslizó por la cara, muy despacio, los dedos de sus dos manos completamente embadurnados de chocolate. Únicamente eso sirvió para calmarla. La gruesa portadora del frutero se acercó y le estampó un beso en la mejilla, mientras el director del juego se alejaba limpiándose las manos con una servilleta de hilo. Todos rieron cuando la obesa muchacha se volvió y les mostró sus labios manchados de chocolate.

–¿Qué significa todo esto?

Después de formular la pregunta, Beltrán se volvió hacia su acompañante, esperando algún tipo de explicación; pero el hombre, completamente absorto por los acontecimientos que tenían lugar en el salón, ni siquiera parecía haberlo oído.

–Tienen a un niño muy pequeño... en una de las habitaciones –susurró su hijo Fabio, con una expresión de urgencia y miedo.

–En general son divertidas –dijo inesperadamente el guía–, cosas sin importancia, como ésta... como untar la cara de alguien con chocolate, por ejemplo. Pequeñas tonterías así. Pero a veces, no con mucha frecuencia, sólo a veces, en las tarjetas hay escritas instrucciones muy, muy desagradables...

–¿Quiénes son? –preguntó Beltrán–. ¿Quién es toda esta gente?

–Son tramposos –explicó el guía–. Todos son culpables: traidores. Pertenecían a la misma organización, pero han sido descubiertos en sus mentiras. En sus manejos. Ahora lo están pagando.

–Una organización criminal, supongo –aventuró Beltrán, casi entre dientes, como si hablara sólo para sí mismo.

–Hace unos días –continuó el hombre–, en una de las tarjetas que se leyeron, alguien había escrito «Dar de comer su cuerpo a los peces del acuario», y eso es exactamente lo que hicieron.

Transcurrieron algunos segundos durante los cuales allí abajo, en la gran sala, se reanudaba el juego en los mismos términos en que venía desarrollándose antes del insólito episodio del chocolate. Beltrán no se atrevía a abrir la boca. Incluso evitaba mirar a su interlocutor. Entonces, el guía decidió dar una nueva vuelta de tuerca.

–Si quieres saber lo que eso significa, puedo enseñártelo...

Beltrán lo miró con una sonrisa inestable, nerviosa. No dijo nada, pero retiró los antebrazos de la balastrada disponiéndose claramente a seguirlo.

–¿Vamos?

–Quédate aquí, Fabio.

El chico lo miró con verdadero espanto, pero no dijo nada.

Beltrán y su acompañante descendieron por la misma escalera por la que antes habían subido y regresaron al pasillo que conducía hasta la cocina; pero doblaron un recodo y continuaron avanzando entre puertas cerradas. El pasillo volvió a girar y Beltrán se detuvo al pasar junto a una puerta entreabierta. Miró en el interior de la habitación y contempló una nueva escena indescifrable para él. Había un hombre sentado de espaldas a la puerta, con traje oscuro, rígido e inmóvil ante una ventana inundada de noche. Entre él y esa misma ventana Beltrán vio a una mujer. Estaba de pie y parecía taparse la boca. Pero había en todo ello algo que no encajaba. Algo fuera de lugar. La nariz de la mujer, uno de sus ojos y una de sus cejas parecían impropios: rasgos discordantemente varoniles.

–La prótesis facial de su esposo...

Beltrán se volvió hacia el cicerone con la boca entreabierta y los ojos como deslumbrados.

–Le gusta jugar con ella. Le gasta bromas, ¿comprendes? A él le quemaron la cara con ácido en Srebrenica, durante la guerra. Una historia muy lamentable. Pero ya lo tienen superado. ¿No lo ves?

Lo veía, sí. Pero ya no veía nada más, porque la mujer, notoriamente molesta, dio unos cuantos pasos rápidos hacia ellos y cerró la puerta.

Continuaron avanzando por el corredor y luego descendieron otro tramo de escaleras.

–Es aquí –anunció el guía, delante de una puerta con vidriera biselada, en un sótano iluminado por la cruda luz de una única bombilla desnuda–; puedes mirar... ahí dentro.

Beltrán empujó la puerta. La pieza resultó ser una especie de amplio cuarto de baño, algo mugriento, alicatado de azulejos verdes. Había un cuerpo en la bañera. Una mujer. El cuerpo estaba atado con gruesos cordones azules y tenía la cabeza vendada con un paño, o tal vez una toalla. Había sangre en la bañera. Y también algunos chafarrinones de sangre en los azulejos, junto a una grifería dorada.

–¿Por qué hacen esto? –preguntó Beltrán, intentando taladrar con la rabia de sus ojos la membrana de indiferencia que recubría los de su acompañante.

–¿Por qué lo hacen? –repitió éste, armado con una desafiante sonrisa–. ¿Por qué hace la gente lo que hace? ¿Es que puedes explicar todo lo que haces tú mismo, por ejemplo?

No podía creer lo que estaba oyendo y viendo en aquella casa, pero por lo visto ni siquiera se le pedía que lo creyera. El mismo aire que respiraba en ese momento estaba cargado de desprecio. Allí él no era más que un intruso.

–No es racional –se atrevió a protestar–. Si todos participan en el juego, si nadie sabe qué tarjeta podría tocarle, no es lógico que alguien se arriesgue a escribir una atrocidad. Podría tocarle a cualquiera. Incluso a él mismo, ¿no?

–Creo que sobrevaloras la lógica. Hay cosas más eficaces implicadas en nuestra naturaleza que lo que tú llamas «lógica».

–¿Qué? –preguntó Beltrán con avidez.

–El aburrimiento –respondió el guía, sin volver el rostro hacia él. Después le dirigió

una mirada fugaz e indolente y completó la información—. No puedes imaginar el tiempo que llevan aquí encerrados, entre los muros de esta casa. Cualquier cosa es mejor que el aburrimiento. Sin tarjetas atroces, como tú las llamas, el juego se vuelve muy pronto intolerablemente aburrido.

A través de su agónica renuencia, en contra de sus más esenciales impulsos y sentimientos, lo cierto era que Beltrán había empezado a entenderlo.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—No está muerta —explicó el hombre, volviéndose hacia él de nuevo, con una expresión de estupor—. Siempre hacemos exactamente lo que está escrito en las tarjetas. Lo que ponía, en este caso, era dar de comer su cuerpo a los peces. No especificaba que hubiera que matarla primero. Cada cierto tiempo vienen aquí y le arrancan un pedazo de carne con unas tenazas. Todavía está viva. Incluso le dan agua con azúcar. Y antibióticos. Los peces no pueden comerse su cuerpo entero de una sola vez...

Beltrán fijó la vista en el interior de la bañera y alcanzó a percibir el movimiento de unos dedos, de una mano, antes de que las náuseas lo obligaran a cerrar los ojos y a salir precipitadamente de aquella habitación, todo lo cual parecía divertir mucho a su guía. Consiguió reunir la energía que necesitaba para formular una petición que brotó de su garganta con tonos agudos y ahogados de súplica: «Llévame con mi hijo».

Deshicieron el camino en poco tiempo. Fabio los esperaba en el piso superior, junto a la balaustrada.

—Vámonos de aquí —ordenó Beltrán, e inmediatamente asió al chico por la muñeca y le dio la espalda al guía. Oyó cómo éste gritaba detrás de ellos: «Supongo que sabréis encontrar la salida, ¿eh?», soltando a continuación una risotada de burla. Fabio y él descendieron precipitadamente por las escaleras.

No les costó encontrar la cocina, pero cuando Beltrán estaba ya a punto de alcanzar el aire fresco y nocturno del exterior, advirtió que su hijo no lo seguía. «¿Qué pasa?», lo interrogó, volviéndose furioso hacia él.

—No podemos dejar aquí al niño. Tenemos que...

—¿De qué hablas! —avanzó hacia su hijo extendiendo a la vez un brazo hacia la puerta, como señalando el camino correcto—. ¿De qué niño me estás hablando ahora?

—Tenemos que llevárnoslo. Tenemos que llevarlo con nosotros... No lo podemos dejar aquí, con ellos.

De algún modo, Beltrán sabía que tenía razón. Así que no insistió.

—¿Dónde está? —se limitó a preguntar, dándose por vencido.

Fabio lo guió de vuelta por el corredor. Pasaron junto a la escalera y continuaron hasta un recodo. Aquel nuevo tramo, de pocos metros, terminaba en una puerta cerrada. Fabio se detuvo frente a ella: «Creo que está aquí dentro». Beltrán apartó a su hijo, empujándolo a un lado por el codo. Puso la mano en el pomo y abrió aquella puerta con decisión. La escasa luz que había allí dentro procedía del exterior. En efecto, sobre una cama de mediano tamaño, con un cabecero de hierro forjado, dormía un niño de unos

cuatro años. Yacía tendido de lado sobre un edredón. Estaba vestido, pero no tenía zapatos. Llevaba en los pies unos calcetines amarillos con un bordado infantil. Dormía profundamente. Beltrán tenía la certeza de que en cualquier momento serían descubiertos, pero era verdad que no podían dejarlo allí; de eso también estaba seguro. Por segunda vez aquella noche tuvo conciencia del terror que lo anegaba. Era evidente que Fabio también sentía miedo. «Cuanto más tiempo perdamos será peor», le dijo, sin apartar la vista del pequeño. «Vamos a sacarlo de aquí». Apenas habían comenzado a moverse hacia él, cuando un ruido los paralizó. «Alguien viene», susurró Beltrán, reteniendo a su hijo por el brazo y volviéndose hacia la puerta. En efecto, se oían claramente los pasos de alguien que se aproximaba; pasos que se detuvieron en el preciso instante en que ellos dos dejaron de hablar, quedando inmóviles y expectantes en la penumbra de la habitación.

Entonces, sabiéndose sin escapatoria, supuso que sería mejor afrontar lo antes posible cualquier amenaza. Avanzó deprisa hasta la puerta y se asomó al corredor. No había nadie. «Vamos», le dijo a Fabio, haciendo un gesto con el mentón hacia la cama.

Tomó en brazos al niño sin que se despertase, sosteniéndole con cuidado la cabeza, y al darse la vuelta comprobó que ya no estaban solos.

—¿Crees que vas a llevártelo? —preguntó su antiguo amigo con evidente sevicia. Comprendió entonces que desde que había despertado aquella noche en el clínico, hacía tal vez una hora, había estado intentando prepararse para afrontar su aparición. En vano, porque ahora que lo tenía delante notaba que el miedo se desbordaba en su pecho como la crecida inesperada de un río. El rostro de Amando irradiaba la fuerza latente de una segunda vida. Procuró no responder de inmediato. Intentó ordenar sus pensamientos y su respiración para no perder el control.

—Nos lo vamos a llevar, sí.

Fabio lo miraba con ojos de gacela asustada. Parecía a punto de salir corriendo, pero Amando bloqueaba ahora la puerta con una voluntad ofensiva más evidente y sólida que su misma presencia física.

—¿Quién es este niño y qué hace aquí, con vosotros? —lo interrogó Beltrán, buscando desbloquear de algún modo la situación.

—Es el hijo de una de nuestras amigas —explicó Amando, sonriendo con ironía al terminar la frase—; una amiga que, por desgracia, ya no se encuentra entre nosotros...

—Nos lo vamos a llevar —repitió Beltrán—, ahora.

—Te aseguro —advirtió Amando— que no tengo más que avisar a los otros. Los vuelve locos que alguien intente saltarse las reglas de la casa. Se convierten en una verdadera jauría. Creo que no te gustaría ver eso —miró un momento hacia Fabio, y añadió—: Ni a tu hijo tampoco.

Entonces Beltrán actuó llevado por una extraña inspiración. Puso al durmiente en los brazos de Fabio. (Aunque primero tuvo que decir «Tómalo» para que éste entendiera de qué se trataba y reaccionase en consecuencia.) Luego dijo en voz alta y segura: «Yo

tengo que quedarme. Vosotros podéis ir». Había una especie de verdad apodíctica en aquella declaración, que parecía dotada de cierta simetría. De hecho, Amando guardó silencio. Y ese silencio parecía la mayor expresión de anuencia que Beltrán podía esperar para su improvisada fórmula. A fin de cuentas, la presa seguía siendo él.

Después de entregarle el niño a Fabio, se volvió hacia Amando y añadió: «Voy con ellos... hasta la puerta».

*

Los débiles reflejos que despuntaban en la lejanía, sobre los hombros de Fabio, tal vez fuesen las primeras luces del alba, pero él no podía asegurarlo. No sabía qué decir, aunque deseaba decir algo que no sonase forzosamente a despedida. La ansiedad de sus propios ojos debía de ser idéntica a la que rezumaban los de su hijo adoptivo. Fabio sostenía al niño en brazos, en actitud claramente protectora.

–Si no volvemos a vernos...

–Volveremos a vernos –lo interrumpió el chico.

El miedo casi había desaparecido de su pecho, como la onda provocada por una piedra en un estanque. Al menos, las réplicas eran cada vez más débiles y en ese estanque interno se imponía de nuevo una calma hecha sobre todo de tristeza. Tristeza por una separación inevitable.

–Cuando despiertes.

Con más melancolía que sorpresa ante esas palabras intentó explicar lo que sabía que Fabio no podría entender.

–Por muy profundo, por muy oscuro que sea nuestro sueño, la culpa tiene siempre los ojos abiertos.

–Tú no eres culpable. Tú no mataste a mamá. Ella nos lo ha explicado.

–Maté a un hombre –dijo Beltrán con una fatiga que emanaba de las mismas fuentes amargas que su sangre–, y eso no fue un sueño. Ocurrió en Venezuela, hace mucho. Aún no habías nacido.

Ésa era la verdad, después de todo. No a un insecto ni a un escorpión: había matado a un hombre. Recordaba, con lancinante claridad, cómo el día anterior, en Ciudad Guayana, Amando visitó a un coleccionista amigo suyo y le compró varias figuras y miniaturas para la maqueta ferroviaria que tenía instalada en su casa de Caracas. Un jefe de estación vestido de azul. Un niño con un perro. Un depósito de agua. Una vieja locomotora de los ferrocarriles de Venezuela. A su socio le gustaban los juguetes. Tanto que, mientras preparaban el barco por la mañana, estuvo jactándose, ante Carlos y ante él, de haber conseguido aquella joya del modelismo, aquella pequeña locomotora Halcon, tan rara. Era un mal bicho, desde luego, pero le gustaban los juguetes igual que a un niño.

–Maté a un hombre. Y eso no se borra sólo con buenas intenciones, Fabio. Lo hecho

está hecho. Para siempre. Las buenas palabras no pueden cambiarlo, ¿sabes? No se puede jugar con un juguete roto, si no se es muy inocente.

(Beltrán los veía alejarse hacia la avenida y notó que el viento frío estaba a punto de hacerlo llorar, algo que a esas alturas no tenía ningún sentido. Aunque una voz protestase desde su pecho: «Es mi hijo».)

Fabio apretaba los labios.

–Si no volvemos a vernos...

–No he sabido ser tu padre. No he sabido ser nada. Nada de nada.

(Los veía alejarse, como un niño en brazos de otro. Y él ya no podría protegerlos. Y tampoco nadie lo protegería a él. El espectro que tenía a su espalda lo estaría mirando con un odio corrompido, y en su misma corrupción más vivo que nunca.)

Veía a Fabio alejarse, y un poco más allá, en la grisalla desnuda del descampado, se distinguía un coche. Imaginó que había una mujer dentro, aunque no la veía. Sí alcanzó a percibir, en cambio, que en el capó se había posado un pájaro. Tal vez una paloma. Y el cielo, más allá de los chalets y de los tejados metálicos de las últimas fábricas, se teñía de un incipiente resplandor rosado que señalaba límites a la noche. Sin embargo, de pronto ya no veía nada, excepto una nebulosa blanca que giraba despacio, disolviéndose como un remolino de harina. Y no recordaba tampoco nada. Sólo notaba una mano que le apretaba el hombro, que lo zarandeaba por el hombro con fuerza. Pero aún no sabía si era una mano amiga o enemiga. Si trataba de arrastrarlo al fondo o pretendía ayudarlo a alcanzar la superficie.

Reconocimientos

Para la sección que lleva por título «Memoria confusa (delirio, sueño)» he utilizado fragmentos de textos de muy diversa procedencia. Algunos de ellos los he tomado de obras clásicas de la literatura y la filosofía, tales como *Genealogía de la moral* de Nietzsche, *Juliette* de Sade, *Hamlet* de Shakespeare, *El principito* de SaintExupéry o *La Divina Comedia* de Dante. También puede reconocerse algún versículo del Nuevo Testamento, una frase incompleta de un texto del filósofo francés Jacques Derrida, e incluso retazos de un manual científico de neurología, así como otros extraídos de algún texto publicitario encontrado en Internet.

Por otra parte, no quiero ni puedo dejar de expresar mi gratitud a las personas que tras atenta lectura del original, o de alguna sección del mismo, realizaron aportaciones muy valiosas en el proceso de edición de la obra. Asumiendo el consabido riesgo de olvidarme de alguien (y rogando la indulgencia del agraviado, si se diera ese caso), tengo que citar inexcusablemente al abogado Juan Luis González Galilea, por su asesoramiento legal; al psicólogo y criminalista César Giner Alegría, por las observaciones relativas a los aspectos de psicología clínica del libro; así como a mi editora Ofelia Grande de Andrés, a mi compañera y amiga Cristina Herreros y a todos los que desde la editorial formularon comentarios y observaciones útiles en orden a mejorar la consistencia de la trama.

Finalmente, debo dar las gracias, una vez más, a Manuel Moyano por su temprana lectura de este texto, por sus acertadas sugerencias y, sobre todo, por su paciente y constante amistad. En cuanto a Amelia, mi mujer, ella no ignora (teóricamente, al menos, no lo ignora) cuál es la medida de mi gratitud y de mi amor. De lo que no tiene la menor idea es de hasta qué punto estoy empeinado en mantener mi cruzada diaria para que lo crea.

Edición en formato digital: julio de 2011

© Rafel González Balanzá, 2011
© Ediciones Siruela, S. A., 2011
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-772-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Sesión segunda	7
Sesión segunda	10
Conversación con Fabio (dos días antes)	23
Noche en el clínico	26
Sesión tercera	28
Sesión tercera	31
Noche en el clínico (2)	40
Noche en casa	42
Sesión cuarta	44
Sesión cuarta	47
Los problemas de Fabio	60
Noche en el clínico (3)	66
Sesión quinta	73
Sesión quinta	76
La visita sorpresa	80
Una vuelta por el centro	82
Reunión del equipo médico	85
Reunión del equipo médico (13 de noviembre de 2010)	88
Memoria confusa (delirio, sueño)	96
Noche en el clínico (4) (Epílogo)	102
Reconocimientos	112
Créditos	113